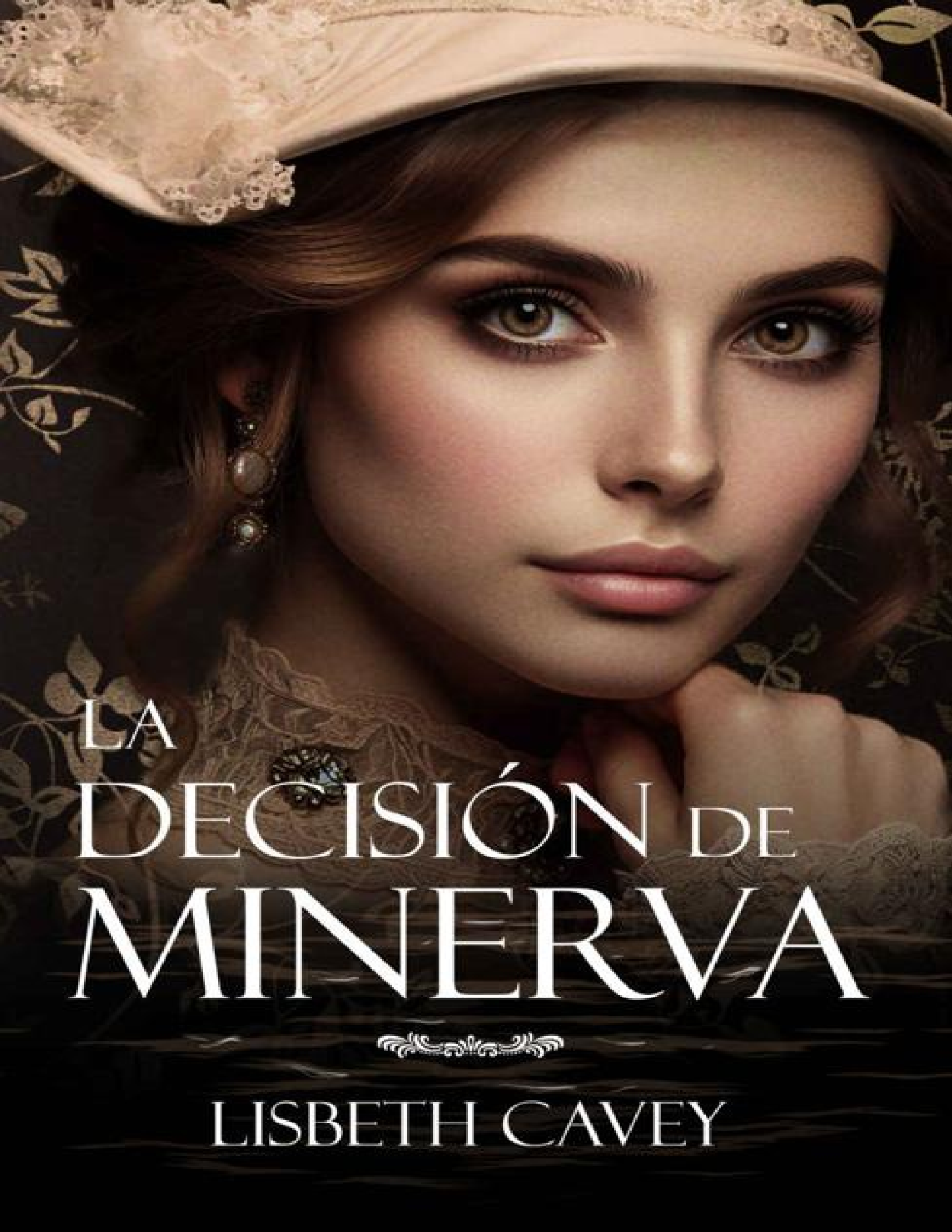

LA
DECISIÓN DE
MINERVA
LISBETH CAVEY

Título original: La decisión de Minerva

© Lisbeth Cavey 2022 1ª edición Los elegidos de Winterlove
2024 2ª edición
Diseño de portada y maquetación: Lisbeth Cavey

Corrección: Sonia Martínez Gimeno

Imágenes portada:

Bing Image Creator

VictorianLady - Pixabay

Número de registro: 2207301698082

La decisión de Minerva

Lisbeth Cavey

Contenido

Deslealtad
La fiesta
El paseo
Segundo encuentro
La vida cuando descubres que no eres feliz
El Minerva
El inicio del viaje
Traición
Enfrentarse a la realidad o esconder la cabeza
La tormenta
La verdad
Amanecer después de la tormenta
Una dura realidad
Muerte en vida
La cara oscura de la luna
El sueño ajeno no es tu sueño
La última noche
Traspasar la línea
Las heridas del tiempo
Renacer de las cenizas
Miracle
La decepción y el olvido
Selter Wallace
Reencuentro
Certezas innegables
Dime la verdad
Visitas indeseables
Arrancar las raíces
Culpable
Odio
Cambio de vientos
La piel del cordero
El dolor más grande
La bruja con cara de ángel
En llamas
La muerte no tiene preferencias
Valentía y coraje
Epílogo
NOTA DE LA AUTORA

Deslealtad

Una palabra demasiado escandalosa, demasiado abstracta, hasta para ella, reina de la opulencia a la que nada parecía alterarla. Sin embargo, en esta ocasión, había sido incapaz de controlarse a sí misma y se había abandonado a la pasión más descarnada.

Ella, Minerva Vanderlight, esposa de un magnate de la construcción que se había hecho de oro con sus edificios palaciegos que adquirían los ricos de siempre. Lo que por aquel entonces se consideraba una nueva rica, incluso una mujer ordinaria por la muestra continua de su derroche, tanto en su atuendo como en su forma de vida.

Ocho años de matrimonio con el metódico William Vanderlight la habían transformado. Ya no era la niñita tímida y recatada de antaño, la que entró a servir en una casa nueva y esplendorosa que había construido su ahora esposo para los padres de este.

Por el contrario, ahora vivía sin freno, sin mirar cuanto costaba ese par de zapatos de ensueño o el vestido más impresionante. Sin privarse de nada y abriendo la boca una y otra vez para pedir más y más, como un pequeño pajarillo desvalido que nunca se sacia.

Y Will, Will se lo consentía todo, si ella así se mantenía en calma y dejaba que él viviera en paz, haciendo y deshaciendo sin escuchar reproches. Will era la madre de ese pajarillo hambriento y no dejaba de proporcionarle el alimento que tanto necesitaba.

Pero volvamos al asunto, al yate Minerva, último capricho satisfecho por el generoso esposo de nuestra protagonista.

Ella entró en el camarote con la respiración entrecortada y el miedo a que sus labios enrojecidos la delatasen frente a su esposo, si es que a él le daba aquella noche por visitarla, pues dormían en camarotes separados, según él, porque le molestaban los supuestos ronquidos de su mujer.

Se apoyó en el tocador, de pie, con ambas manos, mientras observaba su imagen en el espejo, despeinada y con el vestido demasiado arrugado como para que lo sucedido no fuese evidente.

Pero quizá tengamos que remontarnos un tiempo atrás para poder explicar lo ocurrido con todo lujo de detalles.

Nueva York, primavera de 1876

Una fiesta, la más grande que se hubiera conocido jamás, a la que solo podrían asistir Los Elegidos de la implacable Caroline Winterlove, la guardiana del decoro y el buen hacer de la sociedad.

La invitación había llegado a la casa, a su casa y, por ello, Minnie se sintió triunfante, pues siempre la habían excluido del círculo por ser la esposa de un nuevo rico y por su pasado de sirvienta en casa de los padres de su marido.

Sin embargo, su popularidad había hecho claudicar a la férrea Caroline, que echaba chispas por tener que invitar a su fiesta a semejante mujer, por la que no tenía ni un ápice de simpatía.

Caroline se encontró entre la espada y la pared, si no la invitaba, quizá la repudiada acabaría siendo ella, ya que, para la sociedad neoyorquina, Minerva Vanderlight era un icono, un modelo de elegancia a imitar y el equivalente a «clase».

—¿Clase?, menuda patraña, la clase de Minerva Vanderlight debe estar oculta en algún lugar, mas yo no la he visto todavía —había dicho Caroline a una de sus mejores amigas, la señora Oldfort.

—Pero es mejor que le envíes la invitación, Caroline, las nuevas generaciones la adoran y ya sabes que se guían por el brillo de un buen atuendo, mientras que tú, querida amiga, ya eres una vieja conocida y tienes una edad, no eres un referente para nuestras jóvenes, como ella.

Caroline se enfureció ante las palabras de su amiga.

—Por Dios, Myriam, sé que ya no soy tan joven y quizá tampoco tan bella como esa mujer, pero nadie puede negar que siempre he sido un ejemplo a seguir.

Myriam Oldfort hizo rodar los ojos y le sonrió a su amiga.

—Nadie te dice lo contrario, querida Caroline, pero haz caso a tu vieja amiga, invita a los Vanderlight a tu fiesta. Esa aversión tuya por esa familia ya es demasiado evidente y ellos ahora están en la cima, no será difícil que te hagan caer, créeme.

—¡Tonterías! —exclamó Caroline.

Sin embargo, en su fuero interno sabía que su amiga tenía razón, que la popularidad de los Vanderlight había ido creciendo a medida que sus casas poblaban Nueva York y que muchas familias respetables habían acudido a William Vanderlight para que se hiciera cargo de la construcción de sus mansiones en medio de la ciudad.

Tras sopesar los pros y los contras, Caroline ordenó que enviaran dicha invitación, eso sí,

rezando para que Minerva Vanderlight no la recibiera por alguna causa de fuerza mayor, de lo contrario, sabía que jamás declinaría.

Puede que si nuestra protagonista no hubiera asistido a aquella fiesta, los acontecimientos acaecidos un tiempo después jamás se hubieran producido. Puede, o quizá no, pues el destino se empeña en encontrarnos y en aquella ocasión no fue una excepción.

La fiesta

La casa de los Winterlove se alzaba en el número trescientos cincuenta de la Quinta Avenida y era un lugar habitual de reunión de la alta sociedad neoyorquina. Allí se celebraban las fiestas más exclusivas a las que acudían solo los elegidos por Caroline Winterlove. Casi todos, personas respetables y ricas que tenían a sus espaldas varias generaciones de dicha condición.

El cometido que se había impuesto Caroline era velar por la continuidad de las cosas tal cual eran y no dar paso a una era dominada por la ordinariez y opulencia de los nuevos ricos.

Pero su control era cada día más débil y aquella clase venida a más a la que ella tanto odiaba crecía como la mala hierba y con la rapidez de un parásito se colaba en su mundo creado a su imagen y semejanza.

Aquella fiesta era un reto y había tenido que invitar a su mayor enemiga, que en aquel momento cruzaba el umbral acompañada de su orgulloso esposo.

En cuanto la vio tuvo que contenerse para no llevarse las manos a la cabeza, ¿cómo una mujer podía tener tan mal gusto a la hora de vestir?, pensó para sus adentros.

—Querida Myriam, he dejado que esos dos acudieran a mi fiesta, pero ni hablar de acercarme a ellos a saludarlos ni agasajarlos, aquí son personas de segunda categoría, ¡qué digo de segunda!, de ninguna… —masculló Caroline subiendo en demasía su tono.

—No hará falta, querida, vienen para aquí —dijo Myriam entre dientes esbozando una sonrisa que a todas luces podría decirse que no era falsa, hecho que irritó a Caroline.

—¡Señora Winterlove! —exclamó Minerva con efusividad—, no sabe lo emocionada que estoy porque nos haya invitado a su gran fiesta, nos sentimos halagados.

—Señora Vanderlight, ¿qué más podía hacer?, disfrute de la fiesta —dijo Caroline sin poder disimular su antipatía hacia sus invitados no deseados.

Sin querer seguir la conversación repleta de halagos de su invitada, Caroline saludó a William

y se disculpó con la excusa de atender a una familia que acababa de hacer acto de presencia.

—¿Has visto, William?, no se puede ser más desconsiderada. Ni siquiera la amabilidad conmueve a esta harpía —dijo Minerva mientras observaba a los asistentes buscando caras agradables con menos prejuicios que la anfitriona y su falsa amiga.

—No lo pienses, Minnie, y disfruta de la ocasión. ¿No tenías tantas ganas de acudir a una de sus fiestas? —preguntó su esposo con una sonrisa de medio lado que le recordó a Minerva al hombre que conoció antaño, ese del que poco ya quedaba.

—Solo quería que no me excluyera, por ello hablé con todas sus amigas, esas que cada vez se acercan más a mí, y les mostré mi descontento por la desconsideración de Caroline Winterlove al no invitarnos a la fiesta. Ahora que ya estoy aquí y he conseguido lo que quería, bien podría irme a casa, pero no le daré ese gusto a semejante harpía, me voy a quedar aquí hasta que no haya nadie más a quien despedir.

—Eres terrible, Minerva —dijo William con una amplia sonrisa y antes de disculparse con su mujer, pues había visto a un conocido y quería saludarlo.

Minnie se quedó sola, buscando un grupo al que unirse sin ser la nota discordante.

En ocasiones sentía que no era escuchada, que sus palabras se quedaban en el aire y que eran ignoradas deliberadamente y eso le producía tristeza. Necesitaba la aceptación de aquellas personas que, como ella, vivían en la cresta de la ola, solo que ella llevaba menos tiempo y había subido quizá mucho más que ellas.

Sabía que la llamaban «la sirvienta», y que se rumoreaba que había pescado a su marido con malas artes, nada más lejos de la realidad.

En su día se había enamorado profundamente del que hoy era su esposo, pero el tiempo y las constantes infidelidades de este habían acabado por dilapidar la relación que mantenían y que, ocho años después, era prácticamente inexistente.

A William la unía una sed constante por tener más, la ambición desmedida de ambos, pues él también luchaba por sobresalir y lo había conseguido a base de trabajo duro. Hecho que no gustaba a muchos de sus detractores, los cuales criticaban sus edificios con saña.

Mansiones sin pies ni cabeza.

Rezaba un titular en un periódico cuando inauguró su actual residencia en Murray Hill.

Decían que era una mansión sobre otra y que aquello era una gran patada a la arquitectura. Sin embargo, William estaba orgulloso de la casa que había creado para su recién estrenada esposa entonces.

Ambos se amaron mucho, pero ese fuego se extinguió el día en que William conoció a Lucía.

Lucía era su amante, quizá mucho más que eso, pues con ella tenía una segunda residencia y

un hijo de tres años al que había puesto el nombre de su padre, Arthur.

Con Minerva no había conseguido tener descendencia y eso siempre fue un obstáculo para que la felicidad junto a ella fuera plena. Quizá por ello se embarcó en la búsqueda de otro puerto en el que atracar y que este le devolviera ese fruto que tanto anhelaba. O no, puede que William fuese infiel por naturaleza, incapaz de amar a una sola mujer. Esa segunda teoría era la más acertada con respecto al flamante esposo de Minerva Vanderlight.

Ella había vivido en la inopia hasta que los rumores se hicieron demasiado evidentes como para obviarlos. Fue entonces cuando encaró a su marido y este ni se molestó en negarlo, aunque siempre le dijo que eran aventuras pasajeras, por lo que había mentido con el fin de seguir su doble vida sin más incidentes.

Minerva no sabía de la existencia de su otra mujer, ni mucho menos del hijo que ambos tenían. Por suerte, Lucía llevaba muy bien su mentira ante la sociedad.

Era viuda y tuvo la fortuna de que su hijo naciera unos meses después de la muerte de su esposo. Por ello, el pequeño llevaba el apellido del difunto y era mantenido por su padre biológico. El niño desconocía este dato, pues siempre le habían dicho que su padre estaba en el cielo por expresa petición de Vanderlight.

La fiesta se desarrolló con la habitual actitud comedida de los invitados de Caroline Winterlove. No se oía una palabra más alta que otra, y todos comulgaban con una actitud contenida, no era de recibo hacer el ridículo y sabían de la férrea moral de su anfitriona.

Siempre había sido así, claro está, jamás Minerva Vanderlight había acudido a uno de sus eventos, por lo que aquella noche todo podía convertirse en un desastre. Fue ese el motivo de que Caroline le encomendara a su sobrino una misión, la de vigilar de cerca a la indeseable invitada.

En esas andaba cuando ambos tropezaron y la copa de vino que sostenía Minerva acabó en la blanca camisa del señor Lester Winterlove.

—¡Oh!, disculpe mi torpeza, señor —se excusó Minerva.

Lester observó su atuendo manchado del exquisito líquido carmesí y no pudo menos que echarse a reír.

—¿De qué se ríe, señor? —preguntó Minerva extrañada por las estridentes carcajadas de su interlocutor.

—No es nada, disculpe, señora —dijo para quitarle importancia y no revelar el motivo de su risa, que no era otro que el recuerdo del encargo que le había hecho su tía.

Lester era un sobrino de Caroline que había viajado desde Escocia unos meses atrás.

Tenía ya treinta y dos años, pero todavía gozaba de la protección de sus padres y estos habían muerto, por lo que Caroline cumplió con la promesa que le hizo a su moribunda cuñada, la de velar por su descarriado Lester, que todavía no había encontrado un lugar en el mundo y

necesitaba su ayuda cuando ella y su marido faltasen.

Para Caroline, Lester era un quebradero de cabeza, una obligación bastante molesta, fue por ello que le encargó la vigilancia de su enemiga, era su forma de sacarle provecho al desaprovechado muchacho, que ya no lo era tanto.

Caroline le había facilitado un trabajo en los negocios de su difunto esposo, pero este no tenía dotes para las finanzas y había ido pasando por diferentes puestos sin éxito en ninguno de ellos.

—Es un bueno para nada, como ya lo era su padre —solía decir Caroline.

Sin embargo, Lester tenía otra visión sobre sí mismo. Se veía como un hombre todopoderoso que podía desempeñar cualquier labor con pericia. Creía en él, aunque el resto del mundo dijera que era torpe e inútil, incluso vago.

Sus manos valían oro cuando de inventar artilugios se trataba, y tenía un talento especial para el arte y la música. Pero eso a su estricta tía le traía sin cuidado. El arte y el ingenio no le darían jamás beneficios, le había dicho en más de una ocasión.

Caroline, al escuchar las risas de su sobrino, se giró alarmada. Vio la escena y entrecerró los ojos con malicia antes de dirigirse a donde se encontraba este junto a Minerva Vanderlight.

—¿Qué ha hecho, señora Vanderlight?, creí que, si la invitaba a mi fiesta, tendría el suficiente juicio como para comportarse como es debido —espetó ante la atónita mirada de su enemiga.

—No, tía, no le eche la culpa a la señora Vanderlight, ha sido culpa mía, ya sabe, de mi torpeza —dijo guiñándole un ojo a su tía.

Caroline apretó los puños, aquel inepto le estaba fastidiando una oportunidad de oro, pues si se hubiera mostrado disgustado, hubiera sido motivo suficiente como para expulsar a Minerva de su fiesta.

Solo tenía que insistir en que había sido adrede, que la alocada y caprichosa Minerva Vanderlight no sabía comportarse como dios manda en ninguna situación.

—No la excuses, Lester. Por todos es conocido el comportamiento tumultuoso de esta señora, por lo que quizá sea mejor que usted y su esposo se marchen antes de que todos los invitados se den cuenta de su desaire, señora Vanderlight.

—Pero, tía, ella no ha hecho nada malo, solo ha sido un tropiezo y le repito que se ha producido por mi culpa —insistió Lester con firmeza.

—Y yo digo, querido sobrino, que me complace el modo en que defiendes a la señora para que no tenga un perjuicio, pero insisto, será mejor que ella y su esposo abandonen la fiesta por las buenas, aquí no queremos personas conflictivas.

—¡Señora Winterlove! —exclamó Minerva que hasta ese momento no había participado en la conversación.

Caroline le dedicó una mirada inquisitoria.

—No levante la voz en mi casa —espetó alzando la barbilla.

—¿Ese era el motivo de su invitación?, ¿ponerme en evidencia ante todos?, le diré una cosa, señora Winterlove, ya que parece que nadie se la ha dicho jamás. Odio a los que son como usted, que miran por encima del hombro a los demás porque se creen superiores.

»Si es por dinero, querida señora, creo que yo tengo mucho más que usted y ya ve que es evidente —argumentó mirándola de arriba abajo y mirándose luego ella misma, en señal de que su atuendo era mucho más lujoso que el de su anfitriona, más austero y sencillo.

—No se trata de dinero, señora Vanderlight, se trata de clase, eso de lo que usted carece —dijo Caroline con un tono cargado de inquina y una sonrisa ladina.

—Se equivoca, señora Winterlove, quizá su espejo no la muestra tal cual es, pero el resto del mundo tiene ojos y, como yo, aunque no se lo digan a la cara, solo ven a una vieja harpía amargada, a la que todos halagan por delante y despellejan por detrás. Y ahora, señora, será mejor que me vaya, cuide para la próxima vez con más detalle su lista de elegidos.

Tras decir esas palabras, sentencia de piedra para Caroline, que no era tan dura por dentro como por fuera, Minerva se dirigió con paso decidido hacia el exterior de la casa de los Winterlove, necesitaba salir de allí, pues la situación bochornosa que había vivido momentos antes había hecho que tuviera ganas de llorar y no quería darle el gusto a su rival.

De pronto, alguien tiró de su brazo.

—Señora Vanderlight, no se vaya así. No le haga caso a mi tía, en ocasiones puede ser insufrible, pero no es mala. Se lo digo de veras —dijo Lester, que la había seguido hasta la calle.

—Es usted familia de esa condenada mujer, la ve con buenos ojos. Pero usted no sabe lo que me ha hecho sufrir con sus desaires y su odio insano hacia mí —dijo Minerva sin poder evitar que las lágrimas afloraran de sus ojos.

—No llore, señora —la consoló Lester mientras con su dedo pulgar intentaba despejar el rostro de Minerva de lágrimas—, venga conmigo, demos un paseo, le vendrá bien.

Lester le ofrecía un brazo, un brazo al que agarrarse para dar un paseo a la luz de la luna. Si alguien los veía podría ser todo un escándalo, pero en aquel momento Minerva no pensaba en eso, solo quería salir de allí y se olvidó del resto del mundo, en especial de que tenía un marido que la estaba buscando en el salón, ya que alguien le había ido con el chisme del encontronazo con la anfitriona.

Minerva agarró aquel brazo que le ofrecía lo que necesitaba, un soplo de aire fresco.

El paseo

La Quinta Avenida, tan diferente a como es en el futuro, con aquel encanto de lo nuevo y sus casas de reciente construcción, algunas de ellas con el sello de los Vanderlight por bandera. A esas horas no estaba muy transitada, solo pasaba algún carruaje de vez en cuando.

El silencio se hacía eco de los pasos de Minerva y Lester. Pero no era incómodo, más bien reconfortante. Un lugar diferente, un brazo desconocido de un hombre apuesto que curiosamente era el sobrino de su archienemiga social.

¿Cómo había llegado a aquella situación?

—¿Se encuentra mejor, señora Vanderlight? —preguntó Lester.

Ella asintió con la cabeza.

—Pero no me llame señora Vanderlight, me llamo Minerva y para los amigos soy Minnie —dijo con una timidez impropia de ella.

—Está bien, Minerva, porque no sé si puedo considerarme todavía un amigo, pues nos acabamos de conocer.

Minnie sonrió.

—Me ha sacado del atolladero, créame cuando le digo que puede usted ser lo más parecido a un amigo que ahora mismo poseo.

—¿Tan sola está?, perdone si me meto dónde no me llaman —se excusó él.

—No estoy sola, bueno, más bien sí lo estoy, aunque rodeada de multitud.

—Conozco esa sensación, la he vivido durante mucho tiempo, de hecho, sigo afectado por ello —admitió Lester.

—Por cierto, señor, no me ha dicho su nombre —dijo ella para cambiar de tema, pues no quería que la conversación fuera por derroteros más profundos.

—Me llamo Lester y mi apellido, imagino que ya lo sabe —apuntó esbozando una media sonrisa.

Minerva rodó los ojos.

—No tengo nada en contra de la familia Winterlove, es más, creo que su tío era un pobre hombre dominado por una mala mujer —declaró con firmeza.

—Mi tía es una mujer peculiar, pero le repito que no es mala. Solo está demasiado obcecada en que las cosas no cambien y se cree la guardiana de la sociedad neoyorquina.

»Es más, podría decirse que yo también soy una de sus causas perdidas.

—¿Y eso por qué? —preguntó Minerva con el ceño fruncido.

—Porque ella piensa que soy un bueno para nada y que solo soy una carga, un dolor de cabeza y un favor que les debe a mis padres.

—No termino de comprender.

—Déjelo, es largo de explicar y tampoco quiero aburrirla con mis quebraderos de cabeza.

—En fin, señor Winterlove, parece que no es el mejor día para ninguno de los dos —apuntó Minnie.

—Yo no diría eso, la he conocido y créame que, aunque las circunstancias hayan sido accidentadas, me alegro de que me haya manchado mi mejor camisa y el odioso chaleco que me ha obligado a ponerme mi tía —dijo Lester divertido.

Minerva no sabía si sentirse halagada o avergonzada por su torpeza. Por primera vez en aquel paseo improvisado sintió que no estaba actuando correctamente, que su esposo la estaría buscando y que si alguien llegaba a verla del brazo de otro hombre, y para más inri, del sobrino de Caroline Winterlove, podían correr ríos de tinta al día siguiente. No era de recibo aparecer en un titular de alguna publicación de cotilleo. Lo que menos necesitaba era un escándalo de esa índole, pues de creerse tamaña falacia, todos le darían la espalda y le había costado demasiado llegar a dónde había llegado.

—Quizá será mejor que volvamos a la fiesta, mi esposo ha de estar preocupado por mi ausencia —dijo Minnie con firmeza.

Lester asintió un poco decepcionado. Le agradaba la compañía de Minerva, tan distinta a como la había descrito su tía.

«Un ejemplo de ordinariez y mal gusto».

Había dicho ella. Aquellas palabras volvieron a su cabeza y no pudo evitar soltar un suspiro de hastío.

—En fin, me apena tener que volver, solo puedo decirle que me ha encantado conocerla y espero que nos volvamos a ver —confesó Lester mirándola con intensidad a los ojos.

«Me gustaría verte, me gustaría poder conversar contigo de nuevo, pero es mejor que no, hay demasiado en juego», pensó Minnie, mas no dijo nada.

Caminaron en un silencio, ahora sí, incómodo, hasta que se hallaron lo suficientemente cerca como para no ser vistos juntos.

—Lo dejo aquí, Lester, es mejor que vuelva sola a la casa, de lo contrario podríamos meternos en serios problemas —dijo Minerva consciente de lo incómodo de sus palabras.

Lester asintió, le dedicó una sonrisa irresistible y se dio la vuelta para perderse en la noche neoyorquina.

Minerva se quedó allí, en soledad, viendo como su nuevo amigo se alejaba y con un torrente de sentimientos encontrados en su mente.

—Adiós, Lester —susurró.

∞∞∞

A la mañana siguiente, despertó con la visión de William, observándola, sentado en la cama.

Conocía aquella mirada, la del hombre que solo se acercaba a ella con el fin de tener relaciones sexuales de vez en cuando.

Aquello la entristecía, entre otras cosas, porque quería sentirse amada aparte de deseada. Hacía mucho tiempo que no tenía pistas de lo primero.

La relación con su esposo era efímera, carente de sentimientos. Eran como dos viejos amigos que siempre tenían de qué hablar, pero no había gestos de cariño por parte de ninguno de los dos.

Hacía dos meses que William no la miraba así y, posiblemente, su ausencia de la noche anterior hubiera desencadenado el deseo de posesión de este.

Recordó entonces lo que ocurrió cuando entró de nuevo en la casa de los Winterlove y su marido la localizó entre la multitud.

—¿Se puede saber dónde estabas?, me tenías preocupado —dijo este con evidente enfado.

—Salí a que me diera el aire y ahora he venido a buscarte para que volvamos a casa. Aquí no somos bienvenidos, la señora Winterlove así me lo hizo ver hace un rato —dijo Minerva con palabras atropelladas.

—Me han dicho que te habías marchado del brazo de un hombre, no sabes la cara de imbécil

que se me quedó cuando ese inútil de Hunt me lo contó —espetó William.

—Tonterías, ¿cómo puedes creer las palabras de ese estúpido de Hunt?, sabes que me odia y diría cualquier cosa con tal de dejarme mal ante ti —se defendió Minerva.

—Tienes razón, querida. No sé cómo he podido pensar que habías sido capaz de ponerme en ridículo de esa manera. Lo siento —se disculpó William tomando la mano enguantada de su esposa.

Minerva se enfureció hasta que sus orificios nasales se abrieron cual alitas, como siempre le pasaba cuando era presa del enfado. Su esposo estaba disgustado ante la posibilidad de haber sido el hazmerreír de la velada, no porque ella se hubiera marchado con otro hombre. ¿Qué había sido del amor que antaño decía tenerle?, todo se había esfumado, ahora era una mujer carente del sentimiento más puro que tiene un ser humano y lo echaba de menos, pero era imposible dar marcha atrás, demasiadas infidelidades, demasiadas mentiras, demasiada frialdad.

Volvió a la realidad, la de su esposo deshaciéndose de su sedoso camisón y se sorprendió, estaba tan inmersa en su recuerdo que ni cuenta se había dado de que este ya había comenzado con su ritual.

Ella, como había venido haciendo desde que su amor por él se murió, se dejó hacer, siendo manipulada cual títere y dejando que su marido la poseyera sin tener en cuenta que ella era una persona con sentimientos y que también estaba en ese baile de cuerpos desnudos.

Podía dejarse llevar por la pasión, por las caricias en lugares íntimos que producían placer, quizá sí, si no fuera porque no sentía nada. Su cuerpo se tornaba una piedra sin vida y sus terminaciones nerviosas dejaban de hacer su función.

William la embestía cada vez con más fuerza y ella fingía…, sí, fingía que el placer la embriagaba, pero todo era una función, un teatro sobreactuado.

Deseaba que él acabara ya, que se derramara en su interior y se diera la vuelta para marcharse y dejarla en soledad, lo deseaba aquel día más que nunca.

Sin embargo, hubo algo que la hizo prenderse en llamas, y no fue otra cosa que el recuerdo de la intensa mirada de Lester Winterlove. Fue entonces cuando ella, cual animal, y por instinto. Se quitó a su marido de encima y se subió a horcajadas sobre él, para cabalgarlo y sentirse dichosa por hacerle el amor al recuerdo del hombre que había conocido la noche anterior. Y enloqueció, porque sintió que su interior se rompía con el orgasmo más devastador que había sentido jamás.

Cuando sació su ardor, volvió a la realidad. La tediosa realidad.

—¡Por Dios, Minnie!, ¡hacía tanto tiempo que no te veía tan entregada! —exclamó William entre jadeos.

Minerva se sintió avergonzada y rápido se cubrió con la sábana. Acababa de serle infiel de pensamiento a su esposo.

—No te tapes para mí, es obvio que lo nuestro todavía vive en algún lugar y que me estás perdonando —dijo él retirándole la sábana y acariciándole un pecho.

Minerva se llevó la mano a la cabeza.

—Necesito que te vayas, William —anunció.

—¿Por qué, amor? —Hacía tanto tiempo que él no la llamaba así.

—No me siento bien, ahora vete, por favor —ordenó Minerva.

William se levantó y se vistió mientras su rostro mostraba una gran decepción. De pronto, se detuvo y dijo:

—¿Es que nunca me vas a perdonar?, solo fueron deslices sin importancia. Soy un hombre, por Dios, no somos como vosotras las mujeres, necesitamos una vía de escape, algo que nos dé un poco de aliciente. Vosotras podéis vivir una vida rutinaria y sois más constantes que nosotros —argumentó William.

—Claro, William, nosotras somos de piedra y tenemos que tragar todo lo que vosotros, los hombres, queráis hacer. Pero dime una cosa, esposo, ¿me perdonarías tú si fuese yo la que hubiera tenido esos deslices?

—Lógicamente no…

—¿Por qué no?, ¿por qué entonces debo yo perdonarte a ti?

—Porque no permitiría que ningún individuo me quitara lo que es mío.

—Yo no soy de nadie, en todo caso me pertenezco a mí misma, William —espetó ella, furiosa.

—Sí lo eres, Minnie. Recuerda que el mundo está dominado por el hombre desde el inicio de los tiempos, por algo debe ser, ¿no crees?

—Márchate, vete y déjame en paz. No puedo razonar contigo, puede que eso también sea por algo, quizá por mi minúsculo cerebro de mujer —dijo Minerva con sarcasmo.

William, negando con la cabeza, abandonó la habitación.

Minerva se quedó sola de nuevo, pero ansiaba esa soledad, porque lo que ahora necesitaba era averiguar qué la había llevado a imaginar con tal nitidez un encuentro carnal con Lester Winterlove.

Segundo encuentro

No estaba de humor para recibir invitados, pero William, como siempre, había decidido que era el mejor momento para dedicarse a uno de sus pasatiempos favoritos, el póker.

Las esposas de sus invitados se quedarían con Minerva tomando el té y explicándose chismes, algo que normalmente hacía con gusto, pues la divertían cuando no iban dirigidos a ella, claro está. Sin embargo, aquella velada, que en cualquier otro momento podía apetecerle, no le hacía ningún favor a su embotada mente. No obstante, no podía desairarlas, aunque estuvo tentada a fingir una enfermedad para quedarse en su habitación, pero aquello hubiera sido demasiado descarado, cuando por la mañana había paseado junto a su esposo gozando de una salud espléndida y alguna de ellas la había visto y saludado.

Debía hacer acto de presencia y mostrarse como la gran anfitriona que era, aunque desde hiciera unos días la trajera sin cuidado su posición en la sociedad neoyorquina. Todo había empezado a cambiar para ella.

Maldijo su flaqueza frente a la presencia en su pensamiento de aquel hombre que ni siquiera conocía. ¿Qué había pasado para que todo su mundo casi perfecto se derrumbase de la noche a la mañana por un simple paseo?

Puede que el sentirse atendida por Lester tuviese mucho que ver, sí, solo podía ser eso. La falta de calor en su casa había hecho que ella lo hallase fuera de esta. Pero no iba a tirar por la borda todo lo que había conseguido por unos pensamientos que no iban con ella. Por ello, se recompuso y se vistió para la ocasión con un hermoso vestido que, si bien no era el idóneo para recibir a sus amigas de afiladas lenguas, le pareció divino para acallar su voz interior que clamaba por ser escuchada.

Los invitados llegaron a la hora acordada y uno a uno fueron entrando a la casa y, como siempre, dejaron que el servicio se encargara de guardar la ropa y los sombreros que a estos les sobraban.

La señora Perc, Madisson Hillwater, Violette Albright, junto a sus flamantes esposos de bigotes prominentes y abultadas tripas, los saludaron a ella y a William con su acostumbrada manera exagerada de mostrar amistad.

Minerva respiró profundamente y pensó para sí misma, «muy bien, Minnie, hoy representarás tu papel en este teatro en el que se ha convertido tu vida». Sonrió y condujo a sus amigas al

pequeño y confortable salón en el que despachaba aquellos asuntos. El salón del chisme, lo llamaba William, por cierto.

De pronto, tras de sí, una voz le heló la sangre. «Dios mío, es él», masculló sin poder evitar que las palabras escaparan de su pensamiento.

¿Qué hacía Lester Winterlove en su casa?, ¿quién lo había invitado?

Minerva volteó la cabeza y lo vio, tan apuesto y atrayente como en sus ensoñaciones.

Lester le devolvió la mirada y se quitó su sombrero antes de saludarla con una sonrisa encantadora.

Ella no le devolvió el saludo, por el contrario, sintió como sus mejillas enrojecían sin poderlas controlar y decidió seguir su camino hacia su lugar de ocio favorito en la casa, allí estaría segura y lejos de los tentáculos de Lester Winterlove.

Cuando estaba a punto de alcanzar la puerta de su oasis del chisme, escuchó como William saludaba a su invitado, porque sí, él fue quién lo invitó. ¿Cómo había ocurrido?, lo desconocía. Pero la vida privada de su esposo era un misterio para ella, no era ninguna novedad.

Un rato después, tras tomar el té y deleitarse con las pastas que había hecho su cocinera con su acostumbrado mimo, Violette casi hizo que dichas pastas regresaran de su estómago para salir en forma de vómito putrefacto por su boca.

—¿Sabéis que el sobrino de Caroline Winterlove tiene fama de canalla? —dijo con malicia.

—¿En qué sentido, querida? —preguntó la señora Perc.

—Dicen que tiene una vida, digamos…, agitada. Desde que llegó a la ciudad ha roto más de un corazón, no es un hombre muy recomendable para nuestras jóvenes e inexpertas debutantes —argumentó Violette.

Minerva sintió que bullía en su interior. Un sentimiento nuevo se apoderaba de ella, era un arrebato de posesión, de envidia, de todas las emociones tormentosas que pude tener una mujer cuando le hablan de que otras pueden tocar lo que ella anhela en secreto. Mas no podía decir nada sin que se notara lo alterada que estaba, incluso sus manos, delatoras, sudaban sin que nada pudiera hacer sin que sus amigas se dieran cuenta.

—Ese hombre es un seductor nato, ¿habéis visto qué porte y qué mirada?, por no hablar de su sonrisa… —dijo Madisson entre risas, para disgusto de Minerva.

—¡Por dios, Madisson, que eres una mujer casada! —exclamó la señora Perc.

—Lo sé, señora Perc, pero no se puede negar que ese hombre es un aliciente para la vista, además, fantasear no es malo —apuntó Madisson encogiéndose de hombros.

La señora Perc negó con la cabeza y Violette asintió a todo lo que decía Madisson, pues ella

pensaba exactamente lo mismo, aunque tuviese claro que Lester Winterlove era un hombre prohibido para ella.

—¿Y tú qué piensas, querida Minnie? —preguntó Madisson entrecerrando los ojos y extrañada por el mutismo de su amiga.

Minerva, totalmente enervada, sacando fuerzas de flaqueza, contestó:

—La verdad es que ni siquiera me he fijado en el atractivo de ese señor.

«Mentirosa, es el protagonista de tus noches y sueñas con que te haga el amor», pensó.

—No es eso lo que se dice, querida —contestó Madisson con malicia.

—¿A qué te refieres? —preguntó Minnie a punto del infarto.

—A que todos hablan del incidente que tuviste en la fiesta de los Winterlove y de que su tía está tan indignada que no volverá a invitarte a su casa jamás.

Minerva respiró aliviada, por un momento pensaba que alguien la había visto paseando con Lester por la quinta avenida y el chisme iba de boca en boca sin que pudiera evitarlo.

—Me trae sin cuidado, querida —dijo Minerva recomponiéndose y diciendo su primera verdad en toda la noche.

Era cierto, por alguna causa desconocida, había dejado de importarle ser invitada a las fiestas en las que acudían solo Los Elegidos de los Winterlove.

Aquella gesta había quedado reducida a cenizas y ni siquiera ella lo entendía.

El reloj de pie la avisó de que había llegado el momento más temido para Minerva, la cena.

Hasta el momento había podido eludir la cercanía de Lester, aunque sabiéndolo en el mismo techo que ella no dejara de pensar en ello. Pero ya no podía evitarlo, tendría que enfrentarse a aquella mirada enigmática que podía darle más problemas que otra cosa.

Minnie no tardó en escuchar las risas y la algarabía de los caballeros que salían del salón donde su esposo tenía su mesa de juego y toneladas de alcohol y habanos.

Su corazón comenzó un galope incesante, iba a tenerlo tan cerca, pero a la vez tan lejos. ¿Qué podía hacer?, su esposo la conocía en demasía y la descubriría. Por ello, optó por mostrarse seria y distante con él. Aunque en su fuero interno anhelara su sola compañía.

Las damas se dirigieron al comedor, donde la mesa estaba totalmente ataviada para sentarse y disfrutar de una magnífica velada.

William tomó asiento en un extremo de la mesa y Minnie en el opuesto. Las parejas no se sentaron juntas y el soltero, como atraído por una luz incandescente se sentó lo más cerca de ella que pudo.

Minerva sentía que estaba a punto de gritar, su corazón y el temblor de sus manos no dejaban lugar a duda, estaba tan agitada que pensó incluso en excusarse y fingir una repentina jaqueca.

—Señora Vanderlight, está usted bellísima. Espero que disculpe mi atrevimiento —dijo Lester mirándola intensamente a los ojos.

—Gracias, señor Winterlove —contestó apartando la mirada, avergonzada.

Madisson se hallaba frente a Lester, por lo que no estaban solos y si alguien podía poner de los nervios a nuestra protagonista, esa era ella.

—¿A mí no me dice nada, señor Winterlove? —preguntó ella, coqueta.

—Por supuesto, señora, está usted preciosa, pero dejémonos de formalismos y hablémonos de tú, al fin y al cabo, estamos entre amigos, ¿cierto? —dijo Lester dando muestra de su forma desenfadada de ser en realidad.

—Pienso que dichos formalismos son necesarios, señor Winterlove, está usted ante mujeres casadas y eso no hay que pasarlo por alto —apuntó la señora Perc, que estaba junto a Lester y había escuchado la temeraria conversación.

—Los tiempos cambian, señora Perc, y es muy frío hallarse en una cena entre amigos y hablar como si fuésemos auténticos desconocidos —se excusó Lester.

—Entienda, joven, que esos cambios no implican perder la educación que se nos ha dado desde niños. Existen las normas sociales y han de ser cumplidas para que la nueva generación tenga valores a imitar —argumentó ella.

—Tranquila, señora Perc, no llegará la sangre al río, aquí todos somos adultos y no vamos a dejar de lado la educación que nos dieron nuestros padres, ¿no es así, Lester? —preguntó ella entre risas.

La señora Perc, dejando como siempre por imposible a Madisson, negó con la cabeza y la giró para hablar con el esposo de Violette, que tenía una conversación más adecuada a sus gustos.

—Desde luego, querida Madisson —respondió Lester, divertido.

Minerva estaba a punto de levantarse y agarrar a la atrevida Madisson por el cabello y enzarzarse en una pelea que la desterraría para siempre del círculo social al que pertenecía y que tanto cuidaba para no ser excluida; mas no lo hizo, por el contrario, empezó a comer en silencio, mirando su plato para no ver las sonrisas y coqueteos que Madisson Hillwater le dedicaba al objeto de sus desvelos.

Se concentró para no escuchar el parloteo de esta y los halagos de él para con ella, la situación le provocaba náuseas y, de nuevo, la tentación de abandonar la estancia volvió a pulular por su mente.

«No los escuches, aguanta, Minnie…, esto pasará pronto y te olvidarás de Lester Winterlove para siempre, a decir verdad, ya lo estás olvidando, es un seductor, un liante», pensó para sus adentros mientras terminaba el primer plato.

En un momento en el que Madisson hablaba con Violette, que estaba algo lejos, pero no lo suficiente como para impedir que ambas interactuasen, Lester se dirigió a nuestra cabizbaja protagonista.

—¿Se encuentra usted bien, Minerva? —preguntó Lester con expresión de verdadera preocupación.

Minerva, al escuchar la voz de su martirio hecho hombre, no pudo resistir el impulso de subir la cabeza y atender a su reclamo.

—Sí, señor Winterlove —dijo Minnie haciendo caso omiso a la petición de tuteo de Lester—, solo es un poco de cansancio.

El mostró su magnética sonrisa y Minerva ya no pudo desairarlo. Sería demasiado evidente.

—Lo siento, Minnie, no obstante, me alivia saber que tu rostro de disgusto no es motivado por mi presencia en esta casa —dijo Lester apenas en un susurro para no ser oído.

—¿Por qué ha venido? —preguntó ella de la misma forma.

—Quería verla una vez más.

Aquellas palabras hicieron que Minerva, prácticamente, se atragantara con el sorbo que le estaba dando en aquel momento a su copa de vino.

Todos dirigieron la mirada hacia ella y su marido le preguntó:

—¿Estás bien, querida?

Minerva asintió con la cabeza, aquella cena estaba siendo un verdadero desastre. ¿Es que acaso Lester se las había ingeniado para propiciar un encuentro?, no, aquello no podía ser cierto, debía averiguarlo, preguntarle a William con disimulo para saber cómo ese hombre había conseguido asistir aquella noche a su casa.

Madisson volvió a centrar su interés en Lester, por lo que no volvieron a intercambiar palabra alguna durante el resto de la cena, ya Madisson hablaba por los dos.

Puede que la actitud de nuestra protagonista fuese hostil, fruto del instinto, porque no soportaba que Madisson pusiera sus zarpas ficticias encima de aquel individuo que tanto la atraía. Puede que este pensara incluso que sus palabras habían desordenado su mundo. Lo habían hecho.

La vida cuando descubres que no eres feliz

Cuando no eres feliz y esa infelicidad te la provoca tu propia vida, siempre buscas algo que te la dé, ya sea comprar sin parar o intentar ser la abeja reina de la sociedad neoyorquina. Pero a Minerva ya no le interesaban sus, hasta hace poco, aficiones, sus caminos para escapar de su realidad desprovista de amor.

En aquel momento tenía algo nuevo por lo que sentirse feliz, y es que las palabras de Lester Winterlove habían hecho mella en su oxidado corazón.

Soñaba con ellas y, una y otra vez, él se las decía en su pensamiento. Sin embargo, cuando lo meditaba con detenimiento, se daba cuenta de que fantasear con Lester Winterlove no podía traerle nada bueno, por el contrario, caminaría por una rama de la que cualquier momento caería, porque estaba segura de que quería más. Más encuentros, más palabras y algo más, algo inconfesable…, un beso.

Tanto tiempo hacía que no sentía en sus labios el calor de un beso de amor, tanto…, que hasta tenía ganas de llorar. ¿Cómo había podido vivir sin algo tan indispensable, sin el combustible para la dicha, para el amor y la felicidad?

Había pasado una semana desde la cena y no había dejado de pensar en él. Quería hacer algo, dar un paso para propiciar un acercamiento, iba a ser muy difícil lograrlo, tenía que ir con pies de plomo para hacerlo bien, por ello, trazó una estrategia que seguiría con cuidado para no ser descubierta, y todo pasaba por William, debía conseguir su objetivo y, tras pensarlo durante dos días enteros, se presentó en el despacho de su esposo.

—Hagamos algo grande, algo que la sociedad no olvide de la noche a la mañana —dijo con ímpetu.

William, que se hallaba en su mesa con la cabeza gacha y redactaba una carta para uno de sus acreedores, levantó la mirada y observó a su esposa con curiosidad. ¿Qué nueva locura se le habría ocurrido?, pensó.

—Sí, William —prosiguió—, hace tiempo que no damos de qué hablar a esos buitres que vuelan sobre nosotros y que Caroline Winterlove llama «sus elegidos».

—Dime, Minnie, ¿en qué habías pensado? —preguntó él con curiosidad.

Las ideas alocadas de su esposa eran del todo extravagantes, pero ponerlas en práctica siempre habían ayudado a su negocio y le habían hecho conseguir nuevos clientes. Siempre, en ese grupo de personas que podían seguir a Minnie, había alguno que necesitaba una casa nueva, una casa que fuese la envidia de la alta sociedad neoyorquina y copara las páginas de la prensa.

—Hagamos un viaje e invitemos a personas afines a Caroline Winterlove, estoy segura de que no podrán negarse —soltó Minnie de carrerilla.

—¿Un viaje? ¿A dónde, querida?

—Recorreríamos el mar Caribe y podríamos atracar en alguna de sus islas. Dicen que son hermosas. Además, Caroline jamás ha hecho algo parecido y estoy segura de que sus elegidos no se negarán a viajar con nosotros —explicó Minnie.

—Definitivamente, te has vuelto loca, Minnie —dijo William apoyándose en el respaldo de su silla y cruzándose de brazos.

—Quizá sí, William, pero sabes los beneficios que ello podría comportar —justificó Minnie.

—Y gastos, querida, también muchísimos gastos. El Minerva es el yate más grande de South Street Seaport, pero también el más costoso de mover. No lo olvides.

—Y ¿qué son esos gastos para nosotros, William?, tenemos dinero, y tendremos más. Este viaje será la comidilla de la sociedad y una excelente propaganda para que nuestro apellido aparezca una vez más en las páginas de la prensa. ¿Qué me dices?, ¿nos vamos al Caribe?

William sopesó los pros y los contras de la última locura de su esposa.

Tenía entendido que había guerra por esos lares, pero no tendría que afectar a todas las islas, ya que, tras su descubrimiento siglos atrás, los colonos se habían repartido el pastel cual buitres con el fin de quedarse el trozo más grande.

De todas formas, aquello sería más bien un recorrido en barco, no tenían por qué encontrarse en medio de una batalla. Puede que su esposa tuviera razón, que ese loco viaje fuese todo un evento que les trajera lo más importante, fama y más clientes.

—De acuerdo, Minnie. Haremos ese viaje.

Minerva abrió mucho los ojos y dio pequeños saltitos en el suelo mientras daba palmas. Esa actitud de niña que en su día había cautivado a William y que tantos quebraderos de cabeza le habían dado. Porque su esposa era eso, una niña caprichosa encerrada en el cuerpo de una escultural mujer a la que ya no amaba como lo hacía antaño, pero cuya cabeza e ingenio le servían para lo que más cuidaba, su negocio.

—Tenemos mucho que organizar…, ponernos en contacto con la prensa, enviar las invitaciones. Pero ¿a quiénes vamos a invitar?, a nuestros amigos de siempre y a gente cercana a Caroline Winterlove, qué digo cercana, a lo más próximo que tiene —dijo Minnie entre palabras atropelladas y teñidas de un deje sobreactuado que esperaba que su marido no notara.

—¡Lo dejo en tus manos, querida! —exclamó William, en un intento de huida, pues a él no le gustaban esos quehaceres y pensaba que eran más propios de mujeres.

Minerva salió del despacho de su marido esbozando una sonrisa triunfal, ¿qué habría más cercano que el sobrino de su enemiga?, su esposo lo atribuiría a un desplante a la señora Winterlove, jamás pensaría en que invitar a Lester sería debido al más puro interés amoroso por su parte.

Las siguientes semanas fueron ajetreadas para nuestra protagonista. confeccionar la lista de invitados fue un arduo trabajo. Casi todos eran miembros de Los Elegidos de Winterlove, y también amigos de siempre de los Vanderlight, aunque no pudiera obviar el invitar a Madisson Hillwater, su esposo John era uno de los mejores amigos de William, sería cuando menos sospechoso.

Tuvo que invitar a alguien que le desagradaba en demasía, se trataba de Clyde Wild, un supuesto amigo de William que lo que más admiraba de él era ni más ni menos que a su esposa.

Era tal su descaro, que Minerva inventaba mil excusas cuando aquel individuo visitaba su casa, para no tener que coincidir con él.

Cuando ya tuvo la lista a punto, se encargó de que las invitaciones llegaran a sus destinatarios, y se aseguró que la de Lester Winterlove le fuese entregada personalmente a él.

El muchacho a quien encomendó tan farragosa tarea le dijo que el mayordomo de los Winterlove no transigía con su insistencia en entregársela al sobrino de la señora en persona, pero al fin, y por suerte, Lester entraba en la casa en ese momento y pudo recibir tan tentadora oferta sin más incidentes.

Ya todo estaba a punto, solo faltaban unos días que a Minerva se le hicieron interminables.

Ocupó su tiempo dedicándose a sí misma, a su belleza y a elegir toda la ropa, joyas y zapatos que iba a lucir en el yate, pues quería destacar entre todas las mujeres que hubiese en el navío, ninguna tenía que hacerle sombra y Lester la vería como la abeja reina del lugar. Sí, así sería.

Se acostó la noche antes de la partida con ese pensamiento: brillar, lucir muy bella para atraer la atención del hombre que le quitaba el sueño, ¿qué pretendía?, ni ella misma lo sabía, únicamente se dejaba llevar como una hoja mecida por el viento, pero tenía que ser cauta, si la hoja no estaba bien sujeta al árbol podía acabar arrancada por una fuerte ráfaga.

¿Tendría ella la suficiente fuerza?

El Minerva

Era el yate más grande de South Street Seaport y también el más lujoso. Desde luego que ninguna invitación fue rechazada, ni la de la gran amiga de Caroline, Myriam Oldfort; ni la de su sobrino, para suerte de Minerva.

Lo que ella no sabía es que, a esas horas, Caroline no estaba enfadada por la traición de sus más queridos amigos, no era ese su sentimiento, por el contrario, el pilar más fuerte de la sociedad Neoyorquina se había derrumbado y no era capaz de salir de su habitación.

La rabia que sintió al principio se había transformado en una tristeza enorme, la de saberse vencida, derrotada por lo que ella más odiaba, los nuevos ricos.

Al enterarse de que también habían invitado a Lester y que este ya había visitado la casa de los Vanderlight con anterioridad, le advirtió:

—Todo lo malo se contagia y acercarte demasiado a la suciedad hará que tú también te manches.

—No voy a mancharme con nada que no quiera, querida tía. Solo acepto una amable invitación de magníficas personas, debería darles una oportunidad, no son como usted las describe.

—Créeme, sobrino, ya soy lo bastante mayor y experimentada como para saber a qué calaña pertenecen esos Vanderlight.

Lester se encogió de hombros y agarró su maleta para salir de la casa, pues un tiempo en alta mar, posiblemente despejara su embotada mente de inventor frustrado y protegido de su tía.

Era casi media mañana cuando todos los pasajeros aguardaban delante del Minerva, para embarcar. Todos ataviados con ropa clara, pues hacía bastante calor y la primavera era más bien como un verano anticipado.

Se habían puesto sus mejores galas teniendo en cuenta el contexto.

Sobre todo las damas, que lucían hermosos vestidos de día y se cubrían con parasoles.

Los caballeros también se habían engalanado, con toda probabilidad, animados por sus esposas, pues aquello era como una carrera para ver quién destacaba entre el resto.

Minerva se hizo de rogar y llegó la última en su carruaje. Quería ser observada únicamente por una persona, que destacaba entre la multitud por su traje de color oscuro.

Un lacayo la ayudó a bajar del coche y esta dirigió la mirada al objeto de sus desvelos, mirada que, para su disgusto, no fue devuelta, pues Lester hablaba animadamente con, ni más ni menos, que los Hillwater.

—Señora Vanderlight, está usted más hermosa que el sol que, dicho sea de paso, luce castigador esta mañana, aun siendo tan temprano —saludó su peor pesadilla, Clyde Wild.

—Señor Wild… —Se quedó pensativa y observó de nuevo al animado trío que formaban los Hillwater y Lester—, es un honor que nos acompañe a este viaje tan especial.

Minerva elevó el tono de voz con el fin de ser oída por Lester, pero este no parecía inmutarse.

—¡Señores, ya que creo que estamos todos, será mejor que embarquemos, o de lo contrario acabaremos derretidos con este espléndido sol! —exclamó William, que había desembarcado un momento antes.

Él había salido por la mañana muy temprano para supervisar que todo estuviera en condiciones para zarpar.

Todos fueron subiendo por la pasarela preparada para embarcar con comodidad. Dejando primero paso a la anfitriona, que se reunió con su esposo en cubierta.

Una vez en el barco, y tras saludar a su esposo, se apoyó en el pasamanos y observó uno a uno a los invitados a su extravagante viaje. Fue entonces cuando sus miradas se cruzaron por primera vez esa mañana.

Estaba nerviosa, muchísimo, los ojos ambarinos de Lester podían embriagar a cualquier criatura que habitara la tierra. No había visto que fuesen tan claros, entre otras cosas, era la primera vez que lo veía a la luz del día.

Pensó que era hermoso, que su masculinidad afloraba por cada poro de su piel, que sus facciones angulosas eran perfectas y que daría la vida por besar aquellos labios.

Se sorprendió a sí misma manteniéndole la mirada, mirada que él tampoco retiró. En ese juego permanecieron durante los segundos que él necesitó para subir al barco. Segundos que a Minerva le parecieron eternos e intensos.

«¿Dónde te has metido, Minnie?», pensó.

Aquel hombre era una tentación y ella no sabía si iba a ser capaz de tener la voluntad de serle fiel a su esposo.

Se estremeció tras pensar aquello. Estaba actuando sin razonar, se estaba dejando mecer como aquella hojita con la que se comparaba y si nada lo remediaba, acabaría volando sin rumbo. Tenía que poner los pies en la tierra.

Jamás había hecho tanto por nadie, ni siquiera por William cuando lo conoció, es más, aquello fue tan fácil, tan ágil, que no sabía lo que era enamorarse y anhelar el calor de unos labios.

Quizá había perdido la cabeza o, simplemente, el instinto marcaba sus pasos.

En esta vida todo pasa por algo y cada acción tiene una consecuencia, ¿qué consecuencias tendría aquel loco viaje para Minerva Vanderlight?

El inicio del viaje

Demasiada gente, fue el pensamiento de Minerva cuando se dio cuenta de la realidad, que era imposible tener un hueco para acercarse a Lester. Además, este estaba demasiado solicitado, era tal su atractivo que todas las damas del barco querían entablar conversación con él.

Por otra parte, los caballeros también tenían la vista puesta en el apuesto soltero que tenía tanto que contarles.

Todos a su alrededor reían y comentaban lo agradable del trato del sobrino de Caroline Winterlove.

Incluso escuchó algún que otro comentario, o más bien chisme, sobre él.

—Caroline lo tiene bajo su protección. Al parecer, ese hombre es un bueno para nada y no es capaz de mantenerse a sí mismo. Dicen que es inventor, no sé yo que haya podido inventar, lo que está claro es que es muy apuesto y tiene un talento especial para distraer a las damas —soltó la señora Sawyer, una de las cotillas por excelencia del grupo de Elegidos.

Minerva estaba en aquel corro de mujeres y no dijo nada, prefería no meterse en aquellas aguas turbulentas. Si era cierto lo que decía aquella mujer, Lester no era más que un parásito. Debía tener aquello en cuenta, pero ¿para qué?, ¿es que acaso él le había pedido relaciones?, ¿es que tenía intenciones románticas con él?, ni ella lo sabía, solo actuaba una y otra vez con el fin de propiciar un acercamiento que nunca llegaba.

Comidas, cenas, diversión, descanso…, tal parecía que todos estaban disfrutando del viaje excepto nuestra protagonista.

Llegó a arrepentirse de su descabellada idea y una noche, cuando todos dormían, subió a cubierta a llorar, sí, a llorar como una niña.

Lloraba por la impotencia, por no haberse salido con la suya, por ser invisible para Lester Winterlove, por serlo incluso para su esposo, que parecía tenerle demasiada simpatía a una tal Lucía Sánchez, que había embarcado con su pequeño de tres años para trabajar en el barco como camarera.

Cuando William se lo dijo, Minerva no estuvo de acuerdo.

—El pequeño será un estorbo, William, además, ¿cómo trabajará esa mujer con un hijo de tan

corta edad a su cargo?

—Le hace falta el dinero, Minnie, y no tiene donde dejar a su hijo. Fue Allbright el que me pidió encarecidamente que ayudara a esa pobre mujer, y ya sabes cómo soy, no fui capaz de negarme. Además, el pequeño estará cuidado por la madre de la señora Sánchez, que también nos acompaña.

—¿La abuela también?, dios mío, William, hay veces que te pasas de compasivo.

—¿Y tú no tendrías compasión, Minnie?, una madre sola, viuda, con un niño pequeño que tiene que sacar adelante ella sola…, en fin, no todos tenemos las mismas oportunidades y una buena obra siempre es un bien para todos.

En fin, allí estaba ella, apoyada a la baranda de estribor, preguntándose una y otra vez el porqué de su amarga existencia. Lo tenía todo, absolutamente todo, pero le faltaba lo más importante, lo que todo ser humano necesita para vivir plenamente, sentirse amada.

—¿No puedes dormir, Minerva?

Esa voz melodiosa y varonil no podía provenir de otra persona, era él.

Se secó las lágrimas con celeridad e intentó recomponerse, su talento para interpretar un papel era bien conocido, sabía presentarse como la mujer mas glamurosa de la tierra cuando era menester.

Lester se apoyó en el pasamanos, junto a ella, estaba tan cerca…

—¿No son maravillosas las estrellas?, están ahí, brillantes y hermosas, ajenas a todo lo que ocurre en el mundo… —dijo ella para evitar revelar la verdad. Que estaba totalmente frustrada.

—Sí, son maravillosas y observarlas aquí, en medio de la inmensidad y de la calma del mar, es aún mejor —apuntó él.

—Está usted muy poético, señor Winterlove.

—Recuerda que puedes llamarme Lester, además, estamos solos, no hace falta que nos hablemos con formalismos.

Minerva esbozó una tímida sonrisa y se sonrojó. La presencia de Lester tan cerca de ella la abrumaba.

—He esperado pacientemente este momento —dijo Lester, y luego añadió—: Quería quedarme a solas contigo, necesitaba preguntarte algo.

—Usted…, digo, tú dirás —intervino Minerva.

—¿Por qué me has invitado a este viaje? —preguntó él dedicándole una sonrisa de medio lado, esa que la había encandilado desde que lo conoció.

Minerva estuvo a punto del infarto, ¿qué podría decirle?, ¿que había montado todo aquello por él?, ¿que soñaba con él todas las noches y que veía su cara cuando hacía el amor con su esposo?

—¿Y por qué no iba a invitarlo?, es amigo de mi esposo y fue él quien insistió en que lo hiciera —mintió Minerva volviendo a los formalismos.

—¡Ah!, me apena tu respuesta, pensé que el motivo era otro.

—¿Qué otro motivo podría ser?

—El más obvio, sueñas conmigo cada noche, eres incapaz de quitarme de tu cabeza, me buscas con la mirada, me deseas —dijo él como si sus palabras fueran música.

El corazón de Minerva, ya desbocado, enloqueció del todo, sí, esa era la verdad, ¿cómo lo sabía él?, era algo desconocido para Minnie, pero su orgullo y su falsa dignidad hablaron por ella.

—¡¡No!!, señor Winterlove, es usted muy presuntuoso como para pensar que yo hago o siento todo eso que dice, ¿cómo se atreve? —espetó ella.

Lester levantó ambas manos mostrándole a Minnie sus palmas, en señal de rendición.

—Tranquila, no pretendía ofenderte, no soy presuntuoso, no es eso. Si te he dicho esas palabras era para probarte.

—¿Y qué se supone que quería probar, señor Winterlove? —preguntó Minnie enfurecida.

Lester volvió a sonreír.

«Cierra esa boca de diablo tentador, ciérrala o no respondo de mis actos», pensó ella.

—Quería saber si sientes lo mismo que yo. Todo lo que te he dicho, absolutamente todo, es lo que me pasa a mí contigo.

Aquellas palabras, salidas de la boca de Lester, encogieron el corazón de Minerva, era correspondida. Lo intuía, sabía para sus adentros que aquello era mutuo, pero la actitud de él era tan ambigua que las dudas laceraban su alma, atormentada por saberse enamorada de un completo desconocido de dudosa reputación.

Un cúmulo de emociones y sentimientos encontrados acudieron a su mente y se proyectaron en su organismo hasta hacer que este se sintiera bloqueado a la vez que feliz, porque había comprendido que no estaba loca, que aquel viaje era un acto de amor, y ya se sabe lo que dicen, en el amor y en la guerra…

Traición

Despertó con la sensación de no haber dormido en toda la noche, recordó que Morfeo la había abrazado más bien tarde.

Fue entonces cuando los recuerdos volvieron a su mente.

—Quería saber si sientes lo mismo que yo. Todo lo que te he dicho, absolutamente todo, es lo que me pasa a mí contigo.

Aquellas palabras se reproducían una y otra vez en su cabeza, pero luego estaban las otras, esas que ella había dicho:

—No, señor Winterlove, no albergo ningún sentimiento distinto a la amistad hacia usted. Si le he dado una idea equivocada de mis intenciones, ruego que me perdone, nunca fue mi propósito. Y, ahora, le ruego que me disculpe, he de regresar con mi marido.

Agarró la almohada y la mordió sin compasión para ahogar un grito de rabia.

¿Qué la había impulsado a responder aquel montón de falacias?, si lo que quería decirle era que sí, que sentía lo mismo, que había organizado el viaje por él, para sentir su cercanía, para oír su voz, para quién sabe qué más, pero aquellas mentiras, incluso la de volver junto a su esposo, que ni siquiera dormía en el mismo camarote de ella, eran eso, meros embustes que se le habían ocurrido quizá por esa carga de orgullo que no la dejaba vivir en paz.

Debía buscar la ocasión de sincerarse, de decirle a Lester la verdad, que ella le correspondía, que todo lo que había dicho la noche anterior era mentira, debía hacerlo sin demora.

Por ello, salió de la cama de un salto y se puso una bata con celeridad. Era muy temprano, con seguridad todos estarían durmiendo todavía. ¿Y si se presentaba en su habitación?, si la descubrían sería todo un escándalo, pero correría el riesgo, ya más tarde pensaría en las consecuencias.

Salió del camarote con sigilo, pero hay ocasiones en las que todo se derrumba, quizá, ese día era una de ellas. Porque del camarote donde dormía William al otro lado del pasillo, salía una mujer de pelo negro y piel canela, una mujer que su esposo decía ayudar, Lucía Sánchez.

Ahora lo entendía todo. ¿cómo había sido tan tonta?, por ello la insistencia en que esa mujer embarcara. Tenía intenciones más que reprochables con ella.

Por ello se adjudicó un camarote no habitual, pues siempre dormía en el contiguo al suyo. Dijo que había humedades y por esa causa nadie lo había utilizado. Todo era una vil mentira para llevarse a esa mujer a su cama sin ser oído por ella.

¿Y los Allbright?, ¿qué tenían que ver en aquel asunto?, Violette tendría que darle muchas explicaciones, ya que, con seguridad, al tener el matrimonio el camarote junto al de William tendrían que haber escuchado algo.

En aquel momento no podía enfrentarse a Lester. Se sentía demasiado asqueada y traicionada, de nuevo.

Sabía que su marido le había sido infiel muchas veces, pero ella nunca vio nada, más allá del olor a perfume femenino en sus camisas y lo que él había confesado cuando estaba ebrio y su lengua se disparaba.

En esta ocasión se las había ingeniado para llevarse de viaje a una mujer, ¿por qué había hecho tal cosa?, ¿o quizá había sido casualidad?, lo desconocía, lo que estaba claro es que él había tenido el atrevimiento de acostarse con otra mujer mientras viajaba con ella.

¿Es muy distinto a lo que tú pretendías hace un momento, Minnie?

Le dijo una voz interior.

Entró de nuevo en su camarote y se tumbó en la cama bocabajo, de nuevo, las lágrimas copaban sus ojos.

∞∞∞

Subió a cubierta al punto del mediodía. Allí, sus invitados disfrutaban de bebidas preparadas con mimo para ellos por un camarero habitual en el Minerva.

Minnie se acercó al hombre, que ya peinaba canas, y la saludó dedicándole una afable sonrisa.

—¿Qué se le ofrece, señora Vanderlight? —preguntó solícito.

—Un *whisky* doble —contestó ella.

El camarero la miró extrañado, no obstante, obedeció a su jefa.

Minerva se lo bebió de un trago, hecho que la hizo toser de manera abrupta.

—Lo siento, Tom —se disculpó, pues había manchado el uniforme del camarero con el *whisky*

proyectado desde su boca.

—No se preocupe, señora Vanderlight, ¿todo bien? —preguntó, extrañado por la actitud de Minnie.

—Todo bien, Tom, ¿por qué tendría que ir mal? —dijo Minerva en tono desafiante.

—Lo siento, señora Vanderlight, disculpe mi atrevimiento.

—Discúlpeme usted a mí, Tom, he sido un poco desconsiderada.

A Minerva no le gustaba hablarle de malos modos a ninguno de sus empleados, pero aquel día tenía la cabeza embotada y una tristeza enorme en el corazón. No tenía claro cual era el motivo, si las mentiras que le dedicó a Lester o la traición de William. Solo sabía que hubiera preferido hallarse en Nueva York, en su mansión de Murray Hill.

Tras su interacción poco acertada con el camarero, se dirigió hacia la proa del yate, donde no había nadie en ese momento.

Observó el horizonte y divisó a los delfines que acompañaban al barco, dando saltitos y zambulléndose de nuevo.

—¿Son hermosos, cierto? —preguntó ni más ni menos que Lester.

De nuevo, el corazón de Minerva se aceleró.

—Siento mis palabras de anoche, me dejé llevar por el momento. Te aseguro que jamás volverá a ocurrir —dijo él con pesar.

—Discúlpame a mí, fui demasiado tajante en mi respuesta —intervino Minnie con un deje de amargura en su voz.

Quizá debería haberle confesado la verdad, que todas aquellas palabras que él le había dicho eran ciertas, que ella también sentía lo mismo. Pero optó por callar, por aceptar sus disculpas y mantenerse a una distancia prudencial de la tentación.

—Si te parece bien, podemos empezar de nuevo. Entiendo que eres una mujer casada con mucho que perder y yo un pobre diablo que vive debajo del ala de su tía. Algo así jamás podría funcionar.

—Exacto, no funcionaría y en esta vida hay que pensar cada paso que se da, pisar en falso puede representar la pérdida total del control de uno mismo —argumentó Minnie.

—Entonces, ¿amigos? —preguntó él.

«Yo no puedo ser tu amiga cuando deseo fundirme contigo en un abrazo eterno», pensó ella.

Sin embargo, asintió y le dedicó una tímida sonrisa a Lester, una sonrisa de velada amargura.

—Esta mañana vi salir a una mujer del camarote de mi esposo —confesó Minerva.

—Quizá era una sirvienta, ¿no crees?

Minerva negó con la cabeza.

—Es una camarera, que salía en bata del camarote —admitió ella con pesar.

—¿Y si William necesitó de sus servicios con urgencia y a la mujer no le dio tiempo de ponerse el uniforme? —preguntó él.

—No lo había pensado, ¿pero qué urgencia podría ser esa?, además, adentrarte en la habitación de un hombre a horas intempestivas y con un atuendo inadecuado, da que pensar, ¿no crees?

Lester se encogió de hombros.

—Quizá deberías preguntarle a él. Seguro que hay una explicación lógica.

—¿Tú crees? —preguntó incrédula.

—En esta vida no todo es lo que parece. Aunque la experiencia me ha demostrado que hay apariencias que no engañan, en contra de lo que suelen decir.

—¡Minnie, querida!, estás aquí, llevo un buen rato buscándote, tienes a tus amigas abandonadas —dijo con efusividad Madisson y luego añadió—: Señor Winterlove, nos roba usted la compañía de esta increíble mujer, es el hombre más canalla que conozco, además, me pondré celosa si le dedica atenciones a otra mujer que no sea yo —rio a carcajadas.

Definitivamente, no la soportaba. Minnie se imaginó cómo agarraba a su amiga por el cuello y la empujaba hasta tirarla por la borda.

—Querida, únete a nosotras, tenemos una conversación de lo más interesante y nos falta una pieza indispensable —la animó Madisson, agarrándola por los hombros y llevándosela consigo.

—¿Ya me abandonan?, me hundiré en la más absoluta soledad —bromeó Lester.

—Tranquilo, señor Winterlove, no será por mucho tiempo. Más tarde nos vemos —dijo Madisson con palabras cargadas de intención.

Cuando caminaban hacia la popa, donde estaban gran parte de los invitados, Madisson le susurró a Minnie:

—Ten cuidado con ese hombre, dicen que seduce a las mujeres para quedarse con su fortuna, y tú, querida, eres un blanco fácil y rico.

—No veo por qué debería tener cuidado, el señor Winterlove es solo un amigo de mi esposo.

—Yo solo te aviso, querida amiga —dijo Madisson con fingida preocupación.

Minerva rodó los ojos, mas no dijo nada más.

Enfrentarse a la realidad o esconder la cabeza

Se hallaba en el grupo de mujeres cuyos chismes tanto le interesaban en un pasado cercano, pero ahora se le antojaban repugnantes.

Las veía como un corro de gallinas insatisfechas con su vida y destripando la de los demás para sentirse plenas. Ella había sido una de ellas y también había despellejado a más de una persona, sintiéndose por ello saciada y poderosa.

En su interior se había apagado la sed de chisme, claro está, si estos no tenían que ver con Lester Winterlove.

—Me ha dicho mi Randolf, que el sobrino de Caroline tiene un pasado escabroso —intervino la señora Perc bajando la voz a un tono apenas audible.

—¿Escabroso?, cuenta, cuenta… no nos dejes con la intriga —la animó Madisson frotándose las manos.

—Veréis, mi marido lo ha investigado, ya que ahora es un habitual del club donde van nuestros esposos, él, como tiene tantos contactos, ha hablado con varias personas que conocen su pasado —dijo la señora Perc esbozando una sonrisa ladina.

—Haz el favor de hablar ya, Rose, deja de hacerte la interesante —soltó Madisson llamando a la señora Perc por su nombre de pila.

—Tranquila, querida, que enseguida lo explico todo, he de tener cuidado, porque ese hombre está en todas partes. Es como una presencia constante que parece observarnos continuamente y se pasa el día hablando con toda incauta que se le pone a tiro —apuntó la señora Perc.

Rose Perc se aseguró de que los oídos indiscretos no la escucharan, bajó más el tono de voz y empezó a hablar:

—Lester Winterlove es conocido en su Escocia natal como un maleante que seduce a mujeres y les saca hasta las tripas. Las enamora, se adueña de su patrimonio con malas artes y, por último, las desengaña y abandona. Quedándose ellas sin fortuna y con la reputación hecha añicos.

A Minerva le apareció un hipo repentino, no sabía si provocado por el *whisky* o por las palabras de Rose Perc.

—¿Y no cree que si ese chisme fuera cierto, el señor Winterlove nadaría en la abundancia en lugar de vivir a expensas de su tía? —preguntó Minnie concediéndole a Lester el beneficio de la duda.

—Querida, ese hombre no deja de crear inventos inútiles y para ello hace falta capital. Al parecer, se aprovecha de su atractivo físico para engañar a las mujeres con el fin de conseguir dinero para financiar sus proyectos que nunca van a parar a buen puerto. Fue por ello por lo que cruzó el océano y empezó una nueva vida en Nueva York, pues en su tierra ya es un viejo conocido.

A Minerva se le aceleró el corazón de nuevo, la sola mención del nombre del objeto de sus deseos la alteraba en demasía. Pero todo aquello podría tener sentido. Quizá él la estuviera intentando embaucar para dejarla sin nada.

—Estoy algo mareada, os ruego que me disculpéis, voy a descansar en mi camarote —anunció Minnie antes de abandonar a sus amigas y alejarse de ellas con celeridad.

Entró en su camarote y se tumbó en la cama bocarriba.

Le apenaba…, le apenaba que Lester solo la quisiera utilizar. Además, pensar que ella había caído en sus redes sin que la probabilidad de ser engañada se le pasara por la cabeza le producía nauseas.

«¿Cómo he podido ser tan tonta?, ¿cómo he mordido el anzuelo que ese mal hombre me ha dejado tan cerca?, pero no, no voy a dejarme atrapar tan pronto. Lo olvidaré, dejaré que pasen los días y evitaré encontrarme con él. Cuando regresemos a Nueva York no volveré a verlo y hablaré con William para que jamás vuelva a invitarlo a nuestra casa, estoy segura de que en cuanto se entere de la verdad, él mismo lo considerará una persona *non grata*.

Sí, eso haré», pensó.

∞∞∞

Se había pasado el día entre pensar en el camarote e intentar disfrutar de la compañía de sus invitados, para mantenerse a salvo y lejos del influjo de Lester Winterlove.

Retomó su antigua rutina, la de comportarse como la perfecta anfitriona y la mujer alegre que todos conocían, aunque para sus adentros se estuviera muriendo de la tristeza y la rabia.

Anochecía cuando su esposo se acercó a ella, pues a él también lo había evitado.

—¿Cenarías conmigo esta noche? —le preguntó él mostrándole una increíble sonrisa, y luego añadió—: a solas.

Minerva sabía a ciencia cierta lo que se proponía William, acostarse con ella.

—Tengo el estómago algo revuelto, ya sabes que el mar, en ocasiones, no me sienta bien —se excusó ella, que se arreglaba el recogido en el tocador de su camarote.

—No me hagas el feo, querida. Me encantaría que tuviéramos una noche para nosotros, lejos de los invitados, estos días están siendo de locos —dijo él aproximándose a Minnie y besando su cuello.

—No insistas, William, no es el mejor momento.

—¿Por qué no lo es?, creo que no pido tanto, solo tener un poco de intimidad con mi esposa, además, es tu deber complacerme…

Minerva se enfureció, le desagradaban demasiado las palabras posesivas de su esposo.

—¿Y no puede complacerte la tal Lucía? —preguntó levantándose con ímpetu y enfrentándolo.

William perdió el color de la cara.

—¿A qué te refieres?, esa mujer es una empleada…

Minerva había decidido no decirle nada a William tras la conversación con Lester, conversación que la había tranquilizado, pues cierto era que si aquella mujer era una camarera, podía haber entrado en el camarote de su esposo con el fin de atender una petición de este, pero ¿en bata?

—Pues deberías decirle a esa empleada que, si ha de entrar en un camarote, lo haga con la ropa adecuada.

—¿Qué estás insinuando, mujer? —preguntó William enfurecido.

—La vi, William, hace unos días salía de tu camarote al amanecer. Y no vestía su uniforme, por el contrario, esa mujer iba ataviada con una bata.

William, que había recuperado el color y cuyo rostro había enrojecido considerablemente, estalló en carcajadas.

—¡Ah!, así que era eso…, es que la señora Sánchez estaba de guardia esa noche para lo que pudiera necesitar cualquiera de los invitados, piensa, Minnie, que somos muchos en este barco.

»Me sentí indispuesto y toqué a su puerta. Dada la urgencia, no se molestó en vestirse, para atenderme con la mayor premura.

—¿Y por qué yo no sé nada de esas supuestas guardias? —preguntó Minerva, enfadada.

—Lo siento, Minnie, se me olvidó comentártelo, ya sabes que soy muy despistado.

Minerva, aunque seguía sin tenerlas todas consigo, porque tenía un pálpito y su instinto no fallaba, aceptó la explicación.

—¿Y ahora, querida, cenarás conmigo? —preguntó con un brillo especial en sus ojos.

Minerva aceptó y ambos se fundieron en un beso largo e inesperado. Quizá fuera el momento de aferrarse a su esposo para olvidar a Lester Winterlove.

La tormenta

Minerva se hallaba sentada en la cubierta del yate, el día se había despertado nublado y una brisa fresca azotaba su rostro.

Casi todos los invitados permanecían en el salón o en sus camarotes. Para ellos el día era desapacible, pero Minnie adoraba los días que amenazaban lluvia, aunque en alta mar no fuesen alentadores.

El capitán Bradley la había saludado momentos antes y la había advertido de la proximidad de una tormenta, por lo que era mejor que no permaneciera en cubierta, no obstante, Minerva había hecho caso omiso a las advertencias del capitán de su barco. Se sentía tan a gusto en soledad…

De pronto, algo se le agarró a la falda de su vestido, era el pequeño de Lucía Sánchez. Que reía y se escondía de su madre, que justo venía hacia ella.

—Disculpe, señora Vanderlight, mi pequeño no entiende de formalismos todavía —dijo ella aparentemente nerviosa.

El niño observó a Minerva y balbució:

—Wapa. —Y tiró de nuevo de su falda.

—Arthur, deja en paz a la señora y volvamos con la abuela —le ordenó Lucía a su hijo.

—¿No cree que el niño es demasiado pequeño para un viaje tan largo? —preguntó Minerva entrecerrando los ojos.

—Soy consciente de ello, pero soy incapaz de pasar un solo día lejos de él.

Minerva observó la carita del chiquillo, que lucía unos preciosos ojos azules que le eran del todo familiares.

Un pensamiento fugaz cruzó su mente, pero lo desterró de inmediato.

«Este niño se parece a William, pero no puede ser, no puedo obsesionarme con las invenciones de mi caótica mente».

—Será mejor que se lo lleve, el capitán me ha informado de que se acerca una tormenta —dijo Minnie en tono autoritario.

Lucía le dedicó una tímida mirada y cogió a su hijo en brazos, antes de despedirse de ella y volver al interior.

La brisa se transformó poco a poco en un viento racheado que hacía que las gotas de agua golpearan el rostro de Minnie, pero ella seguía allí, mirando al horizonte sin pensar en nada más, disfrutando del momento.

Un marinero le insistió en que abandonara la cubierta, pero nuestra protagonista seguía sin dar su brazo a torcer.

Incluso William la llamó al orden, pero sus reprimendas no llegaron a buen puerto, pues su esposa era terca como una mula cuando algo se le metía entre ceja y ceja.

De pronto, todo se oscureció y las nubes, de color violáceo, comenzaron a mostrar su furia. Relámpagos, truenos, fuerte viento y lluvia, mucha lluvia.

—¡Señora Vanderlight!, ¡por el amor de dios!, ¡¿qué hace ahí?! —gritó Lester, que la observaba desde la puerta que conducía al interior.

Ella, simplemente, giró la cara, negó con la cabeza y ni se inmutó.

¿Por qué se estaba comportando de modo tan infantil?, ni ella lo sabía. Quizá el escuchar tantas advertencias la hacía rebelarse. Todo era posible cuando Minerva Vanderlight se empecinaba en algo.

Pero las imprudencias se pagan y Minnie tuvo que su escarmiento por ello.

El navío comenzó a tambalearse mientras el agua se colaba en la cubierta con una brutalidad nunca vista por Minnie.

Había vivido alguna que otra tormenta en el Minerva, pero siempre habían sido rápidas y sin incidentes, por ello se había confiado y pensó que todos los que no dejaban de advertirle del peligro que corría eran unos exagerados.

Se levantó de su hamaca e intentó llegar a la puerta, pero el barco, que parecía a punto de zozobrar, la embestía de un lado al otro sin que esta pudiera casi mantenerse en pie.

De pronto, un rayo alcanzó uno de los mástiles e hizo que este se incendiara. El trueno que resonó casi inmediatamente fue el más fuerte que había escuchado en su vida.

Por suerte, llovía a cántaros y con tanta fuerza que el débil incendio se apagó muy rápido.

—¡¡Ayuda!! —gritó Minerva, que, llegados a ese punto, estaba aterrorizada.

Nadie acudía en su auxilio, pensó que se lo tenía merecido por haber hecho caso omiso a las advertencias, sin embargo, estaba segura de que todos adentro sabían que se hallaba en peligro, todos, incluido su esposo, ¿por qué entonces este no la ayudaba?

De pronto, unos fuertes brazos la agarraron por detrás y su salvador la tomó entre sus brazos, luchando con las rachas violentas de viento, el bamboleo frenético del barco y la lluvia cegadora.

Reconoció su voz, era él. Lester.

Minerva se sintió reconfortada y cerró los ojos, el miedo la había paralizado, sin embargo, sentía que tenía un tronco al que agarrarse para poder sobrevivir, pero ese tronco no era tal, era un hombre frente a una tormenta de dimensiones descomunales y que, de seguir así, podría hacer naufragar al barco.

Sintió un golpe seco contra el piso, ambos habían caído a plomo.

Lester intentó levantarse, pero estaba herido, al parecer, alguna pieza del barco arrancada por el viento le había golpeado, por ello había perdido el equilibrio.

Él se sintió mareado por el dolor y aunque intentó ponerse en pie, su vista ennegrecida y la sensación de que iba a desmayarse de un momento a otro se lo impidieron.

Fue entonces cuando Minnie, tuvo que vencer al pánico e intervenir.

Por alguna razón desconocida, fue dotada de una fuerza que jamás había tenido. Ayudó a Lester a levantarse e hizo que este se apoyara en su hombro. Poco a poco, sorteó los artefactos que se proyectaban por la fuerza del viento y caminó hacia la puerta, esa puerta que parecía estar tan lejos y de la que nadie salió en ningún momento para prestar su ayuda.

—No puedo andar, Minerva, el dolor es insoportable —balbució Lester.

Minerva observó la pierna de Lester que, a la altura del muslo, tenía una aparatosa herida sangrante. En el suelo, los ríos carmesíes se fundían con el agua de la lluvia y Minnie tuvo claro que Lester se estaba desangrando.

—Solo un poco más, Lester, ya no falta nada —dijo ella para infundirle ánimos.

—No, sálvate tú, acabaremos cayendo por la borda si seguimos juntos —dijo él.

—No, Lester, no te dejaré solo. Eres el único que salió a ayudarme, no podría perdonarme que, por mi inconsciencia, acabaras perdiendo la vida.

Minerva respiró profundamente, y armándose de valor, emitió un alarido mientras agarraba con fuerza a Lester y tiraba de él hasta alcanzar su meta, la férrea puerta, la salvación.

La verdad

Todos parecían esperarlos en el interior. Todos, excepto William, que quién sabe dónde estaría, desde luego, preocupado por ella, no.

Por suerte, entre Los Elegidos de Caroline Winterlove había un doctor, uno de los más afamados de Nueva York, el doctor Smith, a quien había invitado sin pensar en que alguien pudiera precisar de sus servicios.

Su esposa, que era su enfermera, trajo su maletín y ambos se dispusieron a socorrer a Lester, de cuya herida brotaba sangre a borbotones.

—¡¡Apártense todos y déjennos trabajar!! —gritó el doctor, al ver a la muchedumbre agolpada en torno al herido.

Ni siquiera pudieron trasladar a Lester a su camarote, pues su vida corría peligro.

Minerva no dejaba de llorar. Todo aquello había sido culpa suya. Se había empecinado en llevar la contraria. ¿Por llamar la atención?, puede ser, aunque a ella le agradaba más la idea de que no pensó en ningún momento que la inminente tormenta pudiera tomar el cariz que tomó.

Ella se ofreció a ayudar a los Smith en lo que les hiciera falta, pero el doctor declinó su oferta, lanzándole una mirada reprobatoria, al fin y al cabo, Lester no estaría herido si no hubiera acudido en su ayuda.

De todas formas, Lester comenzó a llamarla y ella, desoyendo las órdenes del doctor, se arrodilló junto a él y le tomó la mano.

—Tranquilo, Lester, vas a salvarte —susurró.

—Señora Vanderlight, haga el favor de alejarse —gruñó el doctor.

—Déjala, Gordon, le hará bien una mano reconfortante —dijo la señora Smith, conciliadora.

Minerva le dedicó a la mujer una sonrisa de agradecimiento. Por nada del mundo quería dejar a Lester solo.

La culpa golpeaba su corazón sin piedad, pero no solo era culpa lo que sentía, también el miedo se había aliado con la culpa para mortificarla. El miedo a perder al hombre que amaba, porque ahora lo sabía a ciencia cierta, lo amaba. Aunque las circunstancias estuvieran en su contra y dijeran de él que era un vividor. Todo aquello no importaba en aquel instante, solo que Lester sobreviviera a aquel fatídico incidente.

El doctor Smith intentó parar la hemorragia y, en cuanto pudo contenerla, pidió una camilla para llevar al paciente a su camarote. Al parecer, un trozo de hierro se le había clavado en el muslo y tenía que extraerlo.

Minerva siguió a la comitiva que llevaba a Lester a su camarote, mas no la dejaron entrar. El mismo doctor Smith le cerró la puerta en las narices.

Pasaron horas hasta que el doctor Smith se presentó en el salón, donde los pasajeros esperaban noticias de Lester.

Tenía la ropa manchada de sangre y su rostro era la viva imagen de la consternación.

—Señor Smith, dígame que Lester está a salvo, dígamelo —imploró Minerva sin tener en cuenta protocolo alguno y con los ojos anegados de lágrimas.

—Por favor, muchacha —dijo el doctor dirigiéndose a Lucía—, sírveme un *whisky*.

Lucía se afanó en atender la petición del doctor y le entregó la bebida con celeridad.

El doctor se lo bebió de un trago y, antes de hablar, se secó el sudor de la frente con un pañuelo manchado de sangre.

—No ha sido fácil, la señora Smith y yo hemos vivido momentos muy tensos ahí adentro, pero hemos conseguido contener la hemorragia del todo y extraer el trozo de hierro que el paciente tenía incrustado en su pierna. Las próximas horas serán cruciales.

—¿Quiere decir que la vida de Lester corre peligro todavía? —preguntó Minerva con el rostro congestionado.

—Así es, señora Vanderlight, el señor Winterlove todavía no está fuera de peligro, aunque hay posibilidades de que pueda salvarse y salvar con ello su pierna. Si la infección no remite y va a más, quizás tengamos que amputar.

Minerva abrió los ojos, sorprendida.

Amputar, aquella palabra resonó en sus oídos de tal modo que Minerva pensó que iba a desfallecer en ese mismo instante por el impacto que tenía. Lester era un hombre enérgico que se hundiría si se viera impedido por la falta de una pierna.

Por un momento, Minerva se puso en su lugar. No, el doctor debía hacer lo que estuviera en su mano por salvar la valiosa extremidad de Lester, y así lo manifestó ella en voz alta, estaba tan nerviosa que no se percató de que las palabras salían de su boca sin intención.

—Señora Vanderlight, no le consentiré que me hable de ese modo y mucho menos que me diga lo que he de hacer o no como médico. Además, si el señor Winterlove ha llegado a esta situación ha sido por su inconsciencia y capricho. No lo olvide —espetó el doctor antes de abandonar la estancia con la intención de volver junto al enfermo.

Todos la miraban y cuchicheaban a su alrededor. Ella sabía de lo que hablaban, mas no le importaba el veneno que se estuvieran inoculando unos a otros, solo pensaba en Lester y en su situación.

Con ímpetu siguió al doctor, pero se detuvo en la puerta de su camarote. Tras cruzar el umbral y hallarse en soledad, dio rienda suelta a sus sentimientos y lloró sin contención.

Se arrodilló e hizo algo que ya apenas recordaba. Rezar.

∞∞∞

Unos toques en la puerta la sacaron de su letargo. Después de implorarle a Dios que salvara a Lester, se había quedado dormida.

El barco ya no se movía frenéticamente. Tras el incidente en cubierta, se había olvidado de la tormenta y de que todavía el capitán y su tripulación se afanaban en mantener el navío a flote.

Acudió a abrir sin tener en cuenta su aspecto, algo realmente extraño si de Minerva Vanderlight se trataba. Tras la puerta estaba su esposo, que la observaba con un rictus serio.

—¿Puedo pasar? —preguntó entrecerrando los ojos.

Minerva asintió con la cabeza y le franqueó el paso. No era habitual en William llamar a la puerta, por regla general, la abría y entraba sin permiso donde fuera menester.

—¿Me puedes decir por qué demonios te quedaste en cubierta cuando te habíamos avisado de la proximidad y la posible fiereza de la tormenta? —preguntó visiblemente enfadado.

—No lo sé, William. En ocasiones, ni yo misma me entiendo —fue su respuesta.

—Pues tu falta de entendimiento hacia ti misma ha provocado que un hombre se debata a estas horas entre la vida y la muerte —espetó.

—No me lo recuerdes, William. Soy consciente de ello y no me siento orgullosa —admitió Minnie con pesar.

—¡Faltaría más que tu proeza te produjera orgullo, mujer!, es innegable lo evidente y lo que todos dicen en este barco. ¡¡Que eres una maldita loca!!, ¿y sabes qué?, yo les doy la razón, porque es la verdad. No estás bien de la cabeza.

»Llevo años aguantando tus excentricidades, tus ansias desmedidas por llamar la atención y por escalar peldaños para convertirte en la abeja reina de la sociedad neoyorquina. Pero esto ya traspasa límites y yo ya estoy cansado de nadar contracorriente.

—¿Qué quieres que te diga, William?, ¿que sí?, ¿que tienes razón?, ¿que acepto que me insultes en lugar de buscar el origen de ese comportamiento?, pues, de acuerdo, lo acepto todo, absolutamente toda la porquería que quieras verter sobre mí —dijo Minnie enervada.

—¿A qué te refieres con que busque el origen de tu comportamiento, Minnie?, yo no tengo que buscar nada en una persona tan hermética, que lo único que hace es mostrar una cara falsa y sobreactuada.

Minerva esbozó una sonrisa cargada de sarcasmo.

—Yo no soy la única culpable, William. Tú has contribuido a mi causa, entre otras cosas, porque te interesaba que estuviéramos continuamente en boca de todos. Tu negocio ha crecido gracias a ello y lo sabes —le reprochó ella.

—Querida, puede que lo haya impulsado, pero no olvides que ya me había labrado un futuro cuando te conocí, no me has levantado del fango. Es más, he trabajado muchísimo para llegar donde estoy —se defendió William.

—Vete, William, me duele la cabeza.

—Siempre que no te interesa mi conversación o mis atenciones, sales con que te duele la cabeza —respondió él.

Era cierto, la cabeza le ardía y sentía que estaba a punto de desbordarse. Aquella conversación no contribuía a que encontrara la calma que necesitaba.

—Necesito descansar, por favor, déjame sola, luego hablaremos de lo que quieras —dijo Minerva, conciliadora.

—Siempre igual, escondes tu cabeza como si fueras un avestruz, y así piensas que no te ven, porque no ven tu falta de sesera.

Minerva se enfureció, no soportaba a su esposo cuando la ofendía y la hacía sentir insignificante.

—¡Cállate y vete de aquí!, no me vengas dando lecciones. Quizás deberías responderme a una cuestión que no hace más que rondarme por la cabeza —espetó Minnie señalando a su esposo con el dedo.

—¿A qué cuestión te refieres? —preguntó él cruzándose de brazos.

—¡¿Por qué acudió a rescatarme un hombre que apenas conozco y mi marido no fue capaz de prestarme la ayuda que necesitaba?!

—La respuesta es simple, querida. Yo te avisé y desoíste mis advertencias. Necesitabas una lección.

—¿Una lección?, casi pierdo la vida, ¿es que querías llevar tan lejos tu supuesta lección? —preguntó ella aterrada.

—Yo mismo animé a nuestros invitados, mientras decían que debíamos sacarte del atolladero, a que no hicieran nada —dijo William con una frialdad impropia de él.

—¿Y por qué hiciste tal cosa?, es horrible, William. ¿O es que acaso deseabas mi muerte? —Minerva, no dando crédito a lo que sus oídos escuchaban, rompió a llorar.

—Porque estoy cansado, Minnie, estoy agotado, no puedo seguir adelante con este matrimonio que me hace del todo infeliz —admitió al fin William.

Minerva abrió mucho la boca, sorprendida.

—¿Y tenías que dejarme morir para librarte de mí? —preguntó superada por las palabras de su esposo.

—Eres una exagerada, mujer. Yo mismo te hubiera sacado si ese mequetrefe de Lester Winterlove no se hubiera empeñado en ser el héroe del momento.

—¡¡Ese mequetrefe me salvó la vida y ahora puede perder la suya!!, yo me culpaba de mi inconsciencia, pero veo que no soy la única culpable. No era mi intención causar ningún daño, ¿pero tú?, tú eres un monstruo.

—Puede que lo sea, querida, pero tú no eres muy diferente.

Tras verbalizar lo que tanto lo carcomía, William abandonó el camarote de su esposa.

¿Realmente quería ponerle fin a un matrimonio que le convenía sobremanera?, no lo tenía del todo claro, aunque en su fuero interno supiera que amaba a Lucía y a su pequeño, y que su vida sería plena si fueran ellos quien vivieran en su impresionante casa en lugar de Minerva.

Por otro lado, se arrepintió al momento de haberle dicho aquellas palabras. Sabía que Minnie no lo perdonaría, que la mera insinuación de divorcio sería suficiente como para que ella le tomara la palabra.

Porque él no era tonto, se había dado cuenta de cómo su esposa y el sobrino de Caroline se miraban. Conocía a su esposa en demasía para saber qué ocultaba esa mirada. La verdad, la triste verdad. Que ella se había enamorado de otro hombre y no quería ser abandonado, antes lo haría él.

Amanecer después de la tormenta

La calma tensa que precede a la tormenta sorprendió al Minerva aquella mañana.

El navío tenía las huellas que había dejado a su paso aquel coloso de lluvia y viento racheado. Un mástil y partes de la cubierta dañados. Dos botes salvavidas perdidos y mucha, pero que mucha desolación. Era como si hubieran pasado años en una sola jornada, pues se asemejaba a un barco fantasma que vagaba por el mar en busca de leyendas.

Lester amaneció preso de la fiebre, pero, por suerte, su herida parecía cicatrizar con buen pronóstico, según el doctor Smith.

En cuanto le fue posible, le pidió encarecidamente a su enfermera que avisara a Minerva, pues deseaba verla.

La señora Smith, no muy convencida, se encaminó al camarote de Minerva y llamó a la puerta.

Esta se sorprendió sobremanera al abrir la puerta y hallar a la esposa del doctor esperándola al otro lado.

—¿Qué ocurre?, ¿está bien Lester? —preguntó Minnie con ansias de saber.

—El señor Winterlove desea verla, señora Vanderlight —fueron sus únicas palabras.

Suficientes como para que Minerva saliera a la carrera hacia el camarote que ocupaba Lester.

Lo halló abierto y entró sin pedir permiso.

—Lester, ¡oh, Lester!, he estado muy preocupada, pensé que te perdería y jamás me lo hubiera perdonado —soltó Minnie de carrerilla.

—Como ves, no estoy mal del todo. Yo tampoco me hubiera perdonado perderte, mucho menos después de que ese malnacido que tienes por esposo me prohibiera expresamente que te

prestara la ayuda que necesitabas.

Minerva agachó la cabeza.

—Lo sé, anoche me lo contó. No puedo entenderlo, William no es así —lo justificó ella.

—Lo sabe…

—¿Qué sabe?, no puede saber nada, pues no ha habido nada —dijo ella encogiéndose de hombros.

—Sabe que nos amamos, lo sabe desde el principio. Por ello me invitó a vuestra casa, por ello se acercó a mí. Quería que cayeras en la tentación, que trastabillaras para quedar él como un señor y tú como una adúltera.

—¿Cómo sabes todo eso? —preguntó Minerva, alejándose de él.

—No importa cómo lo sé. Te he pedido que vinieras porque necesitaba decírtelo, abrirte los ojos. Eres demasiado buena, Minerva y ese hombre no te merece.

—Creo que soy lo suficientemente mayor como para saber lo que merezco y lo que no —espetó Minerva.

En su fuero interno se sintió decepcionada. Esperaba un reencuentro lleno de confesiones y sentimientos revelados. Sin embargo, Lester solo la había hecho llamar para despotricar sobre William.

—No te enfades conmigo, pero lo que hizo ese hombre ayer es aberrante. No permitió que nadie te ayudara, amenazó con dejar a su suerte a todo el que se aventurara. Pero conmigo no pudo, y lo haría una y mil veces, aunque ello me costara una pierna o las dos.

—No digas eso, Lester. No me perdonaría que quedaras impedido por mi causa.

—Recuerda, Minerva, que al final tuviste que salvarme tú, de no ser por ti, ahora estaría muerto. Así que no te culpes por mi estado. Yo salí a cubierta por mi propia voluntad, no es culpa de nadie.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Minerva con los ojos anegados de lágrimas, sentándose en la cama con timidez y tomando la mano de Lester con dulzura.

—Porque sé por la señora Smith lo que se va diciendo en este barco, y creo que es injusto.

—Fui una inconsciente y eso es innegable —admitió Minerva.

—Puede que lo seas, pero ¿quién no lo es alguna vez? —preguntó Lester dedicándole una preciosa sonrisa.

Las palabras de Lester tranquilizaron a Minerva sobremanera. ¿Cómo unas palabras tan simples habían tenido tal efecto en ella?, lo ignoraba. Sin embargo, eran el bálsamo que

necesitaba nuestra protagonista en aquel momento. Porque su interior era carcomido por la culpa, culpa que tal vez sí fuera suya, pero lo cierto era que Minerva no había pretendido en ningún momento dañar a nadie, ni siquiera a sí misma.

—¿Te cuento un secreto? —preguntó ella entrecerrando los ojos.

Él asintió con la cabeza y dijo:

—Adelante.

—Solo pretendía llamar tu atención. Como ves, es cierto que soy como una niña caprichosa —confesó ella haciendo rodar los ojos.

—Cierto, pero eres mi niña caprichosa —dijo él deslizando el dedo por la nariz de Minerva, en un gesto cariñoso.

Ella abrió sus llorosos ojos y los posó en los hipnóticos y ambarinos de él.

Minerva se aproximó, casi sin darse cuenta, hasta que su rostro estaba a escasos milímetros del de él. Su corazón palpitaba, sus mejillas ardían. Iba a ocurrir.

—Ejem…, ejem… —carraspeó la señora Smith, que había vuelto al camarote para atender a su paciente.

Minerva dio un respingo y se levantó de la cama, soltando a la vez la mano del hombre que amaba con gran pesar.

—He de irme —anunció, antes de dedicarle una sonrisa cómplice a Lester y salir del camarote.

Había estado a punto de besarlo…

Una dura realidad

Minerva no había hecho nada de lo que avergonzarse, ni siquiera sus labios habían rozado los de Lester, sin embargo, había estado a punto de ocurrir. ¿Quería que la besara?, la respuesta era afirmativa. Hasta el último poro de su piel clamaba por un beso, por una caricia, por un poco de atención y cariño. Porque no era sexo lo que en verdad quería, aunque tuviera claro que deseaba a Lester Winterlove, no estaba entre sus prioridades el acostarse con él.

Era algo extraño, algo incluso mágico. Amaba cada uno de los gestos del objeto de sus desvelos. Su voz, incluso su aire canalla. Tenía algo aquel hombre que la atraía de modo abismal.

Sus amigas no dejaban de preguntarle si le ocurría algo, porque su comportamiento e intereses parecían haber cambiado demasiado para ellas. Y era cierto. El pajarillo hambriento había cambiado de menú y ahora no se alimentaba de opulencia y de chisme, por el contrario, su hambre voraz era más visceral, más pura. Era una necesidad intensa de sentirse querida, y ahora que tenía alguien que podía saciarla, ¿por qué no habría de probar esas mieles?

Porque no podía, porque estaba casada y el peso de la sociedad y la reputación eran enormes para ella. Además de pensar en un futuro que, si se dejaba llevar y probaba el fruto prohibido, era del todo desolador.

—Minnie, estás ausente —dijo, de pronto, la voz de Violette.

Minerva se sobresaltó, estaba tan inmersa en sus pensamientos que había olvidado dónde se encontraba, sentada en cubierta con su grupo de amigas, hablando de todo lo que ocurría en aquel barco, ¿de todo?

—Te decía, querida Minnie, que Lester Winterlove se está recuperando, según me ha dicho la señora Smith. Es más, no va a perder la pierna. Y queríamos saber qué te parecía la noticia —le repitió Madisson de manera más lenta, ya que la primera vez que se lo había dicho, Minnie no se había enterado.

—¡Ah!, bien…, bien, me parece bien —balbució Minerva, que ya lo sabía a ciencia cierta, ya que no había dejado de preguntarle a la señora Smith por el paciente.

—¿Solo bien?, deberías estar cuando menos aliviada, querida. Ha estado al borde de la muerte por salvarte la vida —dijo Madisson con un deje de inquina.

—No seas tan dura con nuestra querida Minnie, Madisson. Ella también estuvo a punto de morir, el mar se la podría haber tragado, ¿o es que no recuerdas la magnitud de la tormenta? —replicó Violette, conciliadora.

—Claro que la recuerdo, Violette, por ello no alcanzo a comprender cómo Minerva no obedeció al capitán ni a Will cuando le pidieron que se refugiase en el interior del barco —apuntó Madisson.

—Déjalo ya, Madisson, hacer leña del árbol caído no es plato de buen gusto para nadie —dijo Violette, en un intento de romper una lanza en favor de Minnie.

Minerva cruzó una mirada con Violette y negó con la cabeza, para mostrar su agradecimiento e instarla a que no siguiera dándole carnaza a la implacable Madisson.

—Creo, Madisson, que he pagado con creces mi total falta de juicio. Soy consciente de mi error y no hay nadie más consternado que yo misma por lo acaecido en la tormenta. Pero los milagros existen y Lester, como bien has referido, se está recuperando, por ello, dejemos el tema y hablemos de algo frívolo y dañino, como siempre —sentenció Minnie en tono desafiante.

—¿A qué te refieres, querida? —preguntó Madisson con el rostro enrojecido por las últimas palabras de Minnie.

—No sé de qué te sorprendes, Madi. Es lo que siempre hemos hecho, despellejar a los pobres incautos que pasan delante de nosotras, ¿o es que ahora eres un alma cándida que solo lucha por la justicia? —respondió Minerva, haciendo uso de su actitud más altanera.

Por primera vez desde que conocía a Madisson Hillwater, la había dejado si palabras.

La señora Perc les lanzó a ambas una mirada reprobatoria antes de seguir con su labor.

Minerva se excusó con el grupo de mujeres y se alejó de este, con el fin de no seguir escuchando más reproches. Ya tenía claro que había actuado de modo temerario, no hacía falta que se lo recordaran una y otra vez, en un soniquete machacante que era imposible de soportar.

Violette la siguió.

—Minnie, amiga. No le hagas caso a Madi, ya sabes cómo es —le dijo agarrándola del brazo.

—Me saca de quicio, Violette. Es como una sanguijuela con ansias de sangre fresca para corromperla.

—No todas pensamos lo mismo, Minnie. Yo te conozco y no creo ni por asomo lo que dicen las malas lenguas —soltó Violette.

—¿Y qué es lo que dicen? —preguntó Minerva, arrepintiéndose al instante de haberlo hecho.

—Que Lester Winterlove está enamorado de ti y que tú le correspondes, que William se enteró y por ello se negó a salvarte y le dijo a todo el que lo intentó que se atuviera a las consecuencias.

Minerva alzó la barbilla para mostrar un falso desdén.

—¿Quién ha podido llegar a semejante conclusión?, es tan absurdo que no merece la pena darle crédito, y no se lo pienso dar —dijo Minerva disfrazando su nerviosismo de indiferencia.

Era la dura realidad…, ¿quién la difundía?, estaba segura de que Will tenía mucho que ver. Si las palabras de Lester eran ciertas, él quería demostrar que era una adúltera y no cejaría en su empeño hasta lograrlo.

—Quiero que sepas, amiga, que yo no voy a juzgarte. Pero ¿en verdad sientes algo por Lester Winterlove? Es que te conozco demasiado bien como para saber que no te es indiferente, he visto cómo cruzáis miradas furtivas y luego está tu actitud, ha cambiado. No eres la Minnie que conozco, por el contrario, te pasas el día suspirando y mirando a la nada con aire evocador.

Minerva dudó un instante entre contarle la verdad o no a Violette. Confiaba en ella, pero ¿y si luego se lo contaba a Madisson o a la señora Perc?, no, no podía abrirle su corazón en canal para que luego le clavaran una lanza.

—¡Qué tontería!, ¿qué iba a sentir yo por ese adulador?, por ese hombre que engaña a mujeres para sacarles hasta la sangre, por un bueno para nada que, con toda probabilidad, ha aceptado la invitación para buscar una nueva víctima para sus tropelías entre las pasajeras de mi barco.

De pronto, a Violette le cambió el color de su rostro, y Minerva, extrañada, le preguntó:

—¿Qué ocurre?

—Buenos días, señoras… —Lester estaba ante ellas, acompañado de la señora Smith y apoyado en un palo improvisado a modo de muleta. Era la primera vez que salía a cubierta desde su accidente y tenía ganas de ver a Minerva para decirle que por fin ya lo habían dejado respirar aire puro.

Minerva, con el corazón encogido por la sarta de mentiras que acababa de soltar por la boca, se quedó petrificada, muerta de la vergüenza y aterrada por que Lester no volviera a dirigirle la palabra en la vida.

Sin embargo, él les habló a ambas en tono cordial y sin perder la compostura en ningún momento.

Minerva no fue capaz de alzar la cabeza, quería que el mar la engullera por haber sido una absoluta cobarde.

La señora Smith instó a Lester a que prosiguieran con su camino y le ordenó a un marinero que le echara una mano para acomodar a su paciente en una hamaca. Él se dejó guiar, amenizando el momento con su buen carácter y ocurrencias.

Minerva sintió que rompería a llorar en cualquier momento y se alejó del lugar a la carrera, sin despedirse siquiera de su amiga.

Cuando estuvo a salvo de miradas indiscretas, en su camarote, la emprendió a golpes con el mobiliario.

—¡¡Estúpida…, estúpida cobarde!!, ¿por qué niegas lo evidente?, ¿por qué abres tu maldita boca para destilar tanto veneno?, ¡¡te lo mereces, te mereces todo lo que tienes!! ¡¡Te mereces no ser querida, te mereces estar sola, te mereces toda la ponzoña que cargas a tus espaldas… te lo mereces, Minnie!! —dijo a gritos.

—¡¿Qué demonios te pasa?! —preguntó William alzando la voz, desde el umbral.

Su esposo estaba ante ella, había acudido alertado por los gritos y los golpes.

—¡Estamos en boca de todos, William!, ¡este viaje ha sido una pésima idea y quiero volver a casa, no puedo permanecer ni un segundo más metida en este barco! —bramó.

De nuevo mentía descaradamente, había improvisado para salir del atolladero y le había salido a las mil maravillas, o al menos, era lo que ella pensaba.

Muerte en vida

William se acercó a ella y la agarró con fuerza por la cintura, para que dejara de destrozar los muebles y de lanzar objetos contra las paredes.

—¡¡Déjame en paz, eres un monstruo!!, querías dejarme morir, ¿para qué?, ¿para tener vía libre con tus amantes?, ¿para deshacerte de mí? —le reprochó ella mientras intentaba zafarse sin suerte de los fuertes brazos de su esposo.

—Por favor, Minnie, mi Minnie, ¡escúchame! —suplicó él apretando el cuerpo de ella contra el suyo.

Minerva dejó de moverse y lo observó con curiosidad/fiereza.

—Perdóname, perdóname por todo lo que te dije, no lo pensaba, actué por mera furia. Por celos, mi amor. Porque vi cómo lo mirabas a él y me pregunté por qué nunca me miraste a mí así.

»Y sí, tienes razón, actué como un monstruo. No me lo perdonaré en la vida y sé que tendré que vivir con esta vergüenza, pero no sueltes mi mano, Minerva, no te alejes de mí, quédate conmigo, porque te amo.

William la abrazó con fuerza hasta que su esposa se relajó, luego, con la fiereza que le caracterizaba, enmarcó el rostro de ella con sus grandes manos y la besó con pasión.

Ella tenía hambre, sí, estaba hambrienta de amor, pero de amor. Aquello era puro instinto, él no la miraba como el ser que amaba, si no como un objeto, un pedazo de carne que quería lucir ante los demás y eso le daba asco.

Pero su cuerpo reaccionaba de otra manera, se dejaba llevar por las caricias, por el calor del momento y se deshacía como si fuese mantequilla. Por ello, Minerva se abandonó a la pasión y dejó que, una vez más, su esposo tomara su cuerpo, pero no su corazón, pues ya pertenecía a otro.

Minerva lloró por dentro mientras Will devoraba sus pechos, mientras sus manos recorrían su cuerpo y se colaban en su centro de placer. Gritó sin emitir sonido alguno mientras él la embestía y mientras se deshacía en un orgasmo devastador.

Cuando el fuego se apagó se quedó consternada y un sentimiento nuevo la poseyó. Un

sentimiento tan extraño que fue incapaz de alcanzar a entender. ¿Por qué si se acababa de acostar con su legítimo esposo, tenía la impresión de haberle sido infiel al otro, a Lester?

Era algo incomprensible para ella, que se sentía sucia, muy sucia.

Se dio la vuelta en la cama, dándole la espalda a su esposo que, por suerte, no tardó en vestirse para marcharse a su camarote a dormir solo.

Quizá en otros tiempos habría deseado que él se quedara a su lado, pero en aquel momento quería que se alejara, que no la mirara y ni siquiera se atreviera a tocarla.

Estaba muerta en vida. Era una muerte dulce y amarga a la vez, dulce porque no era consciente de esta y amarga porque le dolía estar viva mientras su alma se descomponía y era devorada por insectos imaginarios.

Cuando se quedó sola, en contra de lo que creía, no lloró. Quizá se le hubieran acabado las lágrimas, o bien estaba cansada de tanto derramarlas. ¿Tenía que sufrir tantísimo por su secreto amor?, era injusto, demasiado injusto.

El rostro le ardía, señal inequívoca de que le había subido la fiebre. Pero ella no estaba enferma, ¿habría enfermado de amor?, quién sabe…

Sin ser muy consciente de ello, se durmió y el amanecer la sorprendió como si no hubiera pasado el tiempo, había dormido durante horas y horas, sin tener consciencia del movimiento del reloj. Su vida se había transformado en una verdadera pesadilla.

Decidió que debía presentarse ante Lester y decirle la verdad, que era demasiado cobarde como para aceptar lo obvio, pues todos se habían dado cuenta de lo que ocurría en aquel barco y era ya una estupidez negarlo y disfrazarlo de falacia.

Se vistió y adecentó, salió del camarote en dirección al de Lester, pero al llamar a su puerta nadie contesto.

—¿Busca al señor Winterlove? —preguntó una voz tras ella, era el doctor Smith.

Minerva asintió con la cabeza, algo avergonzada.

—Está en cubierta, ese hombre no es capaz de estarse quieto y eso atrasará su recuperación —espetó el doctor, mirándola con recelo.

Estaba segura de lo que pensaría el doctor, «Una mujer casada visitando el camarote de otro hombre, vergonzoso», pero estaba tan harta de vivir de cara a la sociedad, que ya no le importó lo que ese hombre pensara de ella.

Minerva le dio la espalda y se encaminó a cubierta, por suerte, no había casi nadie y encontró a Lester solo, en una hamaca, mirando al horizonte.

Ella se presentó delante de él y solo fue capaz de decir:

—Lo siento, Lester.

—Las mañanas son el mejor momento del día. En ocasiones, nos perdemos momentos por andar ajetreados de un lado a otro, y las mañanas deberían ser aprovechadas siempre. Tienen una brisa especial y una música divina —dijo él sin apartar la mirada del mar.

Minnie entrecerró los ojos, no sabía muy bien a lo que se refería Lester con lo de música divina. Aguzó sus sentidos y lo comprendió, era el trino de los pájaros y el sonido del mar a lo que se refería.

Le daba la razón, las mañanas eran diferentes, como un nuevo comienzo cada día, una nueva oportunidad, todo se veía diferente al amanecer.

Minerva tomó asiento en la hamaca contigua y, percatándose de que su interlocutor no quería hablar de lo ocurrido el día anterior, se quedó en silencio.

—Es mentira —soltó él de pronto.

—¿A qué te refieres? —preguntó ella con tiento.

—No soy ese bueno para nada que todos predican, tampoco embauco a mujeres para quitarles lo suyo, todo eso es falso y son rumores inventados por personas que quieren dañarme —apuntó Lester.

—Yo tampoco pienso que eso sea cierto, es solo que…

—Sí lo piensas, porque los rumores malintencionados han hecho mella en ti, y lo comprendo, el influjo del chisme es demasiado intenso como para no sembrar la duda. Pero si me lo permites, puedo hacer que la visión distorsionada que tienes en referencia a mi persona, cambie.

«No lo he hecho nunca, cuando alguien habla así de mí, lo ignoro, me doy media vuelta y me alejo, ni siquiera me molesto en dar explicaciones. De hecho, intenté hacerlo contigo. Pensé que no merecías la pena, que alguien que tenía la osadía de soltar tanto veneno por la boca no era digna de que yo limpiara el suelo por donde ella pisa. Sin embargo, no pude hacerlo…, no pude o no quise, qué más da.

«Por ello, pensé que era hora de defenderme, de decir la verdad y de dejar de ser ese vividor que todos dicen que soy, al menos ante ti, los demás me traen sin cuidado.

—Habla, te escucho.

La cara oscura de la luna

Inverness, enero de 1862

La conocía desde que era una niña, sin embargo, al convertirse en toda una mujer, sus sentimientos de amistad se transformaron en algo más, algo puro y divino. Lester y Davina se amaban.

El padre de Davina, cuyos antepasados fueron miembros importantes del clan Fraser, no quería para su hija un hombre de orígenes humildes y, para más inri, con raíces inglesas.

Se opuso a su matrimonio desde un principio.

Además, Lester tenía una afición casi enfermiza por inventar artilugios que no servían para nada, bajo su criterio, claro está.

Sin embargo, Davina compartía esa ansia por cambiar el mundo y apoyaba a su enamorado en todas sus locuras y proyectos de joven inexperto.

Ambos se encerraban durante horas en el granero de los Winterlove y daban rienda suelta a su inventiva, pero también a una pasión temprana que acabó por arrollarlos a ambos el día en que Davina le comunicó a Lester que estaba encinta.

Eran muy jóvenes, tanto que no supieron qué hacer con el peso de un embarazo, sin embargo, y a sabiendas de lo que haría su padre si se enteraba de que Lester la había dejado embarazada, Davina le propuso a su enamorado que se escaparan juntos para iniciar una nueva vida, lejos de su rígido padre y sus férreos obstáculos.

Se escaparon y vivieron su amor en otro lugar durante meses. Meses en los que el vientre de Davina crecía y crecía, a medida que lo hacía la felicidad de ambos.

Pero la felicidad es en ocasiones tan efímera… que se desvaneció de un plumazo.

Davina comenzó a sentirse mal y a sangrar, el parto se adelantó muchísimo y su bebé murió.

A partir de ese momento, ella se convirtió en otra persona, obsesionada con trabajar de sol a sol en inventos absurdos, que ni Lester comprendía, pero la acompañó en todo momento en su dolor, porque así lo destilaba su amada, refugiándose en sus locas ideas y fantaseando con ser

reconocida a nivel mundial por destacar en un campo negado a las mujeres.

El dolor de Lester tuvo que ser engullido y escondido en su interior, pues era más fuerte emocionalmente que Davina. Eran jóvenes y tenían todo el tiempo del mundo, algún día tendrían hijos que los colmarían de dicha, con ese pensamiento lograba sobrellevar el golpe que la vida le había dado a tan temprana edad.

Davina se había llevado dinero, mucho dinero, de su casa. Pero ese dinero se acabó y Lester decidió buscar trabajo en una imprenta.

Su esposa, porque, aunque no estuvieran casados, para él lo era con todas las de la ley, seguía inmersa en su mundo de imaginación desmedida y se gastaba hasta la última moneda que Lester ganaba en sus proyectos sin sentido.

A Lester le costó darse cuenta de una obviedad, o quizá no quería aceptarlo. Su esposa estaba desconectada de la realidad, el dolor la había enloquecido hasta transformarla en una desconocida para él.

Aquella mujer emprendedora e independiente se había convertido en una sombra de sí misma. Tanto así, que un día la encontró sin vida.

Lo podría haber impedido, quizá. Le podría haber quitado esa loca idea de volar, puede ser. Pero no lo hizo, se limitó a decirle que tuviera paciencia, que en cuanto volviera del trabajo, él mismo probaría aquel artilugio infernal, pues esperaba poder disuadirla, pensó que se le pasaría. No fue así.

Davina se despeñó por un acantilado, con sus endebles alas construidas a base de dolor.

Cuando su padre se enteró, le echó la culpa a Lester y se propuso hundirlo a todos los niveles.

Fue despedido de su trabajo, se le negó todo puesto al que se presentó como candidato, le cerraron las puertas y tuvo que marcharse a otro lugar, lejos de los largos dedos del señor Fraser y sus allegados.

Londres fue el lugar elegido, allí un escocés con malas pulgas no podría con él, pero se olvidó de que él era también un escocés, y además pobre como una rata.

Trabajó de sol a sol y la llamita que prendía en su interior, los recuerdos de su esposa muerta y su vocación continuaron vivos en él. Siguió con el legado de Davina Fraser, lo hizo por ella.

Aunque se sintiera tan culpable por su muerte que sufriera lo indecible cada vez que se encerraba en el cuchitril donde vivía a construir de nuevo artilugios que podrían cambiar el mundo en un futuro.

Hazlo tú por mí, Lester, haz que mi muerte sirva de algo.

Le susurraba el viento con la voz de su esposa.

El influjo de Davina y su perturbado comportamiento ahora eran suyos. ¿Estaría enloqueciendo él también?, dos muertes a sus espaldas eran demasiado peso para su alma. No obstante, él lo intentaba una y otra vez, pero siempre caía para levantarse de nuevo más erguido, aunque las marcas del paso del tiempo fueran haciendo mella en sus sueños.

Pasaron los años, años perdidos buscando algo que nunca encontraba, quizá intentando aplacar su dolor más intenso, sus remordimientos, su culpa.

Fue entonces cuando conoció a Madame Dubois, una acaudalada viuda de origen francés que rozaba la cincuentena y que, atraída por el atractivo físico de Lester, que ya era todo un hombre apuesto y varonil, se erigió como su protectora y mecenas.

En un principio, aquella relación era estrictamente profesional. Ella se mostraba atenta y solícita. Decidió financiar los proyectos de Lester, cuando él mismo ya estaba a punto de claudicar en sus intentos fallidos. Le dio la energía que necesitaba para continuar, lo animó en demasía.

Pero las verdaderas intenciones de Dubois eran otras, si no obtenía beneficio económico se cobraría sus atenciones en carnes.

Lester rechazó sus intenciones amorosas y ella comenzó una campaña de desprestigio contra él.

Lo había ensalzado, había sido invitado a las fiestas más selectas de Londres, había conocido muchísimos contactos que se interesaban por sus inventos. De la noche a la mañana se convirtió de nuevo en un paria. Todo se terminó, pero no el acoso de Madame Dubois, que no cejó en su empeño hasta ver de nuevo a Lester hundido en la miseria.

Fue entonces cuando recibió una carta, su madre había fallecido y su tía le ofrecía su casa y una nueva vida. Hacía tanto tiempo que no veía a su madre… y a su tía la recordaba de cuando era muy pequeño, para él sería una auténtica desconocida.

No le agradaba la idea de vivir a costa del único familiar vivo que le quedaba en el mundo, pero decidió aceptar la propuesta, quizá él podría emprender su vuelo en un nuevo lugar y conseguir por fin hacer realidad el sueño de Davina.

El sueño ajeno no es tu sueño

Cuando Lester terminó con su relato, se quedó en silencio, mirando al horizonte sin mirarlo. Estaba en otro lugar, en otra época y los recuerdos lo habían engullido, pues era la primera vez que exteriorizaba sus sentimientos y aquella historia que atormentaba su alma se convertía en palabras.

—Oh, Lester…, ahora me siento una persona horrible, ¿cómo pude juzgarte sin conocer tu historia? —preguntó ella con los ojos hechos un mar de lágrimas.

—No llores, Minerva. No te lo he contado para que compartas mi dolor. Es más, no he sido capaz de derramar una lágrima en toda mi vida, ni siquiera por ellos, por mi esposa y mi hijo.

—Quizá deberías dejar que el dolor salga de ti, pero, Lester, no puedes seguir con el legado de otra persona. Ella ya no está y tú mereces ser feliz —dijo Minnie posando su mano sobre la de él.

Lester la retiró como si esta le quemara la piel.

—No, Minerva, no voy a permitir que me digas lo que he de hacer con mi dolor. Es solo mío. Además, siento que le debo a mi esposa demasiado y he de cumplir con sus deseos. ¿O es que la última voluntad de un difunto no tiene importancia para ti?

—Ella te condenó a una vida de miseria, Lester.

—Yo decidí vivir así, no voy a cambiar, Minerva. Además, lo nuestro no tiene futuro, eres una mujer casada y yo un hombre que no te conviene. Estoy muerto, Minerva, muerto en vida y no puedo ofrecerte más que locura y miseria. Tú no estás acostumbrada a vivir al día, no como yo —sentenció Lester con dureza.

—Sería capaz de dejarlo todo atrás por estar a tu lado, Lester. No soy feliz, nada me hace feliz. Ni la opulencia, ni esta sociedad y mucho menos mi matrimonio —dijo ella con pesar.

—No, mi niña caprichosa, no es agradable probar el sabor salado del mar cuando se ha vivido rodeada de panales de miel —sentenció Lester con firmeza.

—No me digas eso, Lester. No me cierres así las puertas de tu corazón.

—No, Minerva, no puedo cerrarlas porque jamás las abrí para ti —espetó él.

Minerva se levantó de la hamaca y se alejó con el dolor del rechazo clavándose en sus entrañas.

Lester se quedó allí, impasible, sin soltar una lágrima porque no tenía, había nacido sin ellas. Al menos eso era lo que él pensaba.

Era lo mejor para ambos, no podía condenar a Minerva a una vida de miseria y rechazo de la sociedad.

Lester sabía que su tía le dejaría una sustanciosa herencia, pero él no sabría sacar provecho, aquella voz interior que lo impulsaba a probar suerte una y otra vez se encargaría de dilapidar hasta la última moneda. Seguiría toda su vida atrapado en el sueño de otra persona, de su esposa muerta que enloqueció a causa del dolor. Se lo debía por haberla dejado sola en aquel estado lamentable de perturbación, por no haberse dado cuenta del peligro que corría Davina.

Seguiría escuchando comentarios malintencionados, pero había comprendido que la estela del pasado lo perseguiría hasta la muerte y que cruzar el océano no había servido de nada, pues su mala fama había viajado con él, como equipaje invisible y traicionero.

Y Minerva…, Minerva había supuesto para él una pequeña llamita de esperanza. Ella era especial, diferente.

Su aparente frivolidad era eso, aparente. Una fachada hecha de lujo y lágrimas, porque como ella misma había confesado, no era feliz.

La había tenido que dañar para alejarla, era lo único que podía hacer por ella, para salvarla de su influjo y de la mala suerte que lo perseguía desde que era prácticamente un niño.

Pero había algo más…

Recordó entonces como William lo había abordado el día anterior.

—Mi esposa es una mujer respetable, la amo y ella me ama a mí. No desperdiciará el tiempo con alguien como usted, señor Winterlove.

»Sé por mis contactos que no tiene donde caerse muerto y Minerva es una mujer que adora la opulencia y el dinero, no sabe cuánto.

»En cuanto sus necesidades no sean cubiertas lo aborrecerá y llorará noche y día por lo que perdió.

»Hágale un favor, aléjese de ella.

Aquellas palabras golpeaban su mente una y otra vez. ¿Por qué entonces había decidido sincerarse con ella?, ni él mismo lo comprendía. No obstante, el motivo podía ser su orgullo herido al oírla hablar de semejante manera sobre él.

Se sentía demasiado insignificante.

Solo quedaban tres días para atracar en Nueva York. Tras la tormenta y el aparatoso accidente que sufrió él, William y el capitán habían decidido volver a casa, no era seguro alejarse más y aquel viaje se había convertido en un infierno para al menos tres de sus pasajeros. Minerva, Lester y William.

Lester, como cada día desde la noche de la tormenta, no bajó a cenar, aunque pudieran ayudarle, todavía no estaba lo suficientemente recuperado para sentarse en una silla. Además, no quería verla a ella, necesitaba evitarla hasta llegar a puerto. Solo así conseguiría que la despedida fuese más liviana.

Había tenido mucho tiempo para pensar durante su convalecencia. No seguiría viviendo con su tía. Se marcharía de nuevo y emprendería una nueva vida alejado de la estricta sociedad con la que siempre se topaba.

Quizá se cambiaría el nombre, de esa forma, su fama dejaría de perseguirle como si fuera una sombra pegada a sus pies.

Puede que el sueño de su esposa pudiera hacerse realidad en otra parte.

Sería maravilloso poder volar, Lester, ¿no te lo parece?

Llegó a sus oídos en forma de susurro, de recuerdo casi desdibujado.

Por un momento sintió que una lágrima furtiva amenazaba con salirse de sus ojos, pero no, ni siquiera llegó a emerger de su lagrimal, se quedó escondida en su interior, oculta a los ojos de todos y a los de sí mismo.

No claudicaría, no se dejaría vencer por los sentimientos que sí habían emergido, al contrario de aquella lágrima, por Minerva. Los mataría y los sepultaría para no dejarse llevar por su influjo.

Desaparecería sin dejar rastro.

∞∞∞

Era muy tarde, el reloj del comedor había dado las tres. A aquellas horas de la madrugada todos estarían durmiendo. No obstante, ella era cuidadosa para no ser descubierta, ya la esposa de su amado la había visto saliendo de la habitación de este una vez y él se había enfadado con ella. ¿Por qué?, solo él lo sabía.

Lucía estaba enamorada, demasiado. Su personalidad dependiente la hacía intentar complacer a William una y otra vez, pisoteando en ocasiones su propia dignidad.

Había llorado lo indecible por él, por saberlo en brazos de otra mujer, porque a ella no la

engañaba por mucho que le dijera que entre Minerva y él no había nada, que ya no la amaba.

Lo había visto entrar en su camarote y se había quedado a escuchar tras la puerta. Gemidos, gemidos que delataban lo contrario, que William sí tenía relaciones con su mujer, que disfrutaba cuando estaba con su rival al igual que cuando estaba con ella.

Lo sabía, claro que sí, sin embargo, callaba e intentaba aprovechar aquellos momentos clandestinos como si fueran los últimos que viviera en su vida junto a él.

Tenían un hijo, un precioso niño que creía que su padre estaba muerto, cuando estaba más cerca de lo que él pensaba.

Para Arthur, su padre era un extraño. Pues siempre que Lucía y William se veían, el pequeño permanecía con su abuela.

¿Cómo un padre podía ignorar a su hijo de aquella forma?

Era como si no sintiera nada por el pequeño, solo vio emoción en su cara el día que este nació y William lo tomó en sus brazos.

—*Se llamará Arthur, como mi padre —dijo entonces.*

Y ella simplemente aceptó sin rechistar, como siempre hacía.

Minerva no le había dado ningún hijo, según él, su esposa era una mujer fría que no podía albergar vida en su interior, porque la culpa se la echaba a ella, siempre era de ella.

Había observado a Minerva, sus gestos, su manera de hablar. Deseaba ser como ella, tan elegante y distinguida. Es más, por alguna razón que no entendía, lejos de odiarla, le tenía simpatía.

Podía ver en su interior algo que quizá los demás no veían, en aquellos ojos había una mujer atrapada, una mujer triste.

Lucía se sentía incluso culpable por la mirada de su rival, porque ella desconocía que su esposo vivía una vida paralela junto a ella.

Dio tres toques en la puerta de William y este la hizo pasar, como siempre, la esperaba ansioso por desnudarla y hacerla suya.

—Mi diosa, acércate a mí, no tengas miedo —le dijo en cuanto la vio en el umbral, tan hermosa como siempre.

—William… —balbució.

—¿Qué ocurre, amor mío? —preguntó él tomando su mano y tirando de ella para que se sentara en su cama.

—¿Te sientes bien con lo que le hacemos a la señora Vanderlight? —preguntó ella, con la

mirada llena de tristeza.

—¿A qué viene eso ahora, Lucía?, es nuestro momento, no quiero desperdiciarlo hablando de mi esposa —espetó él, enfadado.

—Disculpa, Will. Tienes razón, pero no puedo evitar sentirme mal por ella, no parece una mala mujer —apuntó Lucía.

—No te sientas mal, amor mío. Te aseguro que Minerva se contenta con tener dinero suficiente como para cubrir todos sus caprichos, lo demás la trae sin cuidado —se excusó William besando el cuello de su amante.

Lucía, como siempre había hecho, dejó que William la tomara. Lo amaba tanto que hasta le dolía. Pero ella era una mujer de buenos sentimientos que cuando lo conoció no tenía ni idea de que él estuviera casado.

Se presentó como el perfecto caballero y le prometió la luna y el sol, pero solo le dio sobras.

Ella no tardó en enterarse de la verdad, que William Vanderlight estaba casado y que no podría tener con ella algo más que una relación clandestina.

Pensó en abandonarlo, en irse muy lejos para olvidarlo, sin embargo, era demasiado tarde, Lucía estaba embarazada.

Ella era una joven viuda, cuyo matrimonio no había durado más de tres meses. Su esposo se fue demasiado rápido, tanto como apareció en su vida.

Fue algo fugaz, quizá fruto de la emoción del primer amor.

Dicen que, concretamente, el primer amor nunca se olvida. Sin embargo, en el caso de Lucía fue diferente. Puede que tuviera que ver con la clandestinidad y la imposibilidad de poder tenerlo para ella, pero amaba a William Vanderlight con toda su alma.

Su madre la advirtió desde un principio, pero ella no quiso hacer caso de aquellas advertencias. Y lo pagó caro, vaya que sí.

Su corazón volvió a aquel momento en que podía fundirse con su amante una vez más, no quería pensar en el momento de separarse y volver a ser solo una empleada, que no podía mirar ni siquiera a los ojos a su patrón.

La pasión llegó a su punto culminante y Lucía, aquella noche más distraída de lo normal, no pudo evitar llorar cuando ambos se quedaron tendidos uno junto al otro.

—¿Qué demonios te pasa hoy, mujer?, ¿puede que estén cercanos esos días…?, ya sabes de lo que hablo.

Lucía negó con la cabeza.

—No, William, es solo que cada vez llevo peor esta situación, y este viaje ha sido un error. No

puedo verla, mi corazón sufre al tenerla frente a mí y servirle cada noche la cena —dijo ella acongojada.

—No digas eso, mi amor, si te invité es porque te necesitaba a mi lado y era la única forma de que tu presencia aquí no fuese extraña, ya sabes cómo son mis invitados, además, Minerva es inteligente y tuve que ingeniármelas para que no sospechara nada.

—¿Cuándo va a cambiar nuestra situación, William? —preguntó ella con una tristeza enorme golpeando su corazón.

—No lo sé, Lucía…

—Necesito más, William, yo…

—Como mujer no puedo darte más, lo siento, Lucía.

Lucía sintió que su corazón se quebraba en mil pedazos. Ni siquiera se quedó a dormir con él un rato, es más, nunca pudo hacerlo. Tenía tanto miedo a que llegara el amanecer que le era imposible conciliar el sueño.

Por regla general, no quería que la noche terminara, fantaseaba con que eran un matrimonio al uso mientras observaba a su amante dormir, pero aquella noche no…, las palabras que él le había dicho habían destruido de un plumazo sus esperanzas y tenía que alejarse de él, volver a su habitación y pensar qué iba a hacer con su vida cuando aquel barco atracase en puerto.

Cuando se sintió segura en su pequeño y sencillo camarote, observó a su hijo dormir en su cama. Era hermoso y tan parecido a su padre que le extrañaba en demasía que Minerva Vanderlight no se hubiera dado cuenta de la verdad.

La última noche

29 de abril de 1876

Minerva era capaz de recomponerse una vez hecha añicos, al menos, esa era la imagen que daba frente a los demás, aunque en su interior sus pedazos se movieran en un baile frenético, ella mostraba su cara más divertida y jovial frente a los demás. Y así reaccionó, como era de esperar.

Sin embargo, Lester no la conocía tan bien y le chocó en demasía aquella actitud festiva e incluso sobreactuada que ella mostró durante la cena y la posterior fiesta, pues era nada más y nada menos que la última noche.

Al día siguiente, por la mañana, atracarían en Nueva York, sin haber llegado a su destino, y acortando un viaje que solo había traído problemas y desgracias.

De todos modos, los invitados parecían ajenos a la amargura con la que cargaban nuestros protagonistas, ellos disfrutaban de cada momento, sonreían, se divertían y no parecían decepcionados por que el barco no hubiera atracado en ninguna de las paradisíacas islas caribeñas.

Tras la triste conversación con Lester, Minerva había decidido emerger de la oscuridad donde se hallaba sumida y reinventarse para volver a ser lo que era, una mujer excéntrica y reina del lujo, que vivía una vida que muchos deseaban, muchos, menos ella misma.

Por ello, a la mañana siguiente, se levantó de la cama y se vistió como solo ella lo haría para destacar entre todas las demás, y lo consiguió. Todos en el barco alabaron su atuendo y su buen aspecto, si tan solo supieran que había pasado la noche nadando en un mar embravecido de lágrimas y dolor…

Evitó por todos los medios encontrarse con Lester, sabía que ahí se le caería la máscara y no era lo que deseaba. Por el contrario, decidió que la indiferencia sería la mejor medicina, y la mostró ante todos, vaya si la mostró.

Pero había llegado la fecha crucial, la última noche que coincidía con el cumpleaños de Minerva.

William encargó al servicio del barco los mejores manjares, en el comedor habría música,

como cada noche, pero en esta ocasión sería la preferida de su esposa.

Aquella noche estaría dedicada por entero a la anfitriona por excelencia, y quizá esto en un pasado cercano habría sido un aliciente para Minerva, pero no nos engañemos, ya no lo era, claro que no. No obstante, ella haría lo que estuviera en su mano por disfrutar, por mostrar su cara más alegre y por pasar aquella página truculenta que se le había atragantado en demasía.

Sentada delante de su tocador, una doncella daba los últimos toques al peinado semirrecogido que Minerva había elegido para aquella noche tan especial, la noche en que cumplía veintinueve años.

Era domingo, día en que la semana culmina y da paso a una nueva, como si fuese una nueva vida, y así sería, porque en cuanto ella pusiera un pie en tierra firme ya no sería la misma, lo tomaría como un nuevo comienzo, sí, así lo haría.

Perdida en sus pensamientos halagüeños, dejó de ser consciente del momento.

De pronto, su doncella le informó de que ya estaba lista…, lista.

Minerva admiró su imagen frente al espejo y dijo con efusividad:

—Una fotografía, este momento lo merece, al fin y al cabo, no volveré a cumplir veintinueve en la vida. Y se podría decir que soy una mujer entrada en años, pero conservo la esencia de la juventud en mi piel y mi rostro no es el de una mujer madura, ¿no lo crees, muchacha?

La muchacha escondió una risita, era demasiado joven para ver a Minerva como una igual, para ella era una mujer a la que ya se le notaba el paso del tiempo en el rostro.

—Sí, señora, está usted preciosa —dijo la doncella, y no mentía, puede que no la viera tan joven como ella decía ser, pero lo innegable es que Minerva Vanderlight era una mujer hermosa.

Minerva, complacida por la respuesta de su doncella, salió de la habitación y tomó el brazo de su marido, que la esperaba tras la puerta.

—Estás preciosa esta noche, querida —soltó escrutándola con una mirada animal.

Minerva le devolvió una sonrisa cómplice, sabía lo que ocurriría aquella noche cuando todos se hubieran retirado a sus camarotes, pero ¿realmente lo deseaba? Eso era algo que estaba por verse.

Ambos hicieron su aparición estelar en el comedor, donde Los Elegidos de Winterlove permanecían expectantes.

Minerva, instintivamente, buscó con la mirada…, ¿a quién?, creo que no hace falta decirlo, al hombre que había intentado esquivar durante los últimos días, mas no lo halló.

La tristeza invadió por un momento su ser, pero de nuevo la venció regalándoles a sus invitados la mejor sonrisa.

Se dirigió al fotógrafo y le pidió que inmortalizara el momento en un decorado preparado para tal fin, compuesto por columnas griegas pintadas en un gran lienzo.

En sus manos y a su alrededor pusieron palomas disecadas, incluso una de ellas colgaba de un hilo en el techo.

Minnie quería dar esa imagen de diosa que tanto ofendía a personas como su rival, Caroline Winterlove. Sabía que aquel momento sería recordado durante muchísimo tiempo y ella también lo haría ante una prueba de haberlo vivido.

Su vestido era una muestra más del modo de vida de la que pretendía ser la abeja reina de la sociedad Neoyorkina.

Cientos de piedras preciosas lo adornaban. Era el máximo exponente de la ostentación y el lujo desmedido.

En boca de todos, las elucubraciones sobre su coste, y cuando se atrevían a preguntarle a ella, simplemente decía, «yo no sé de precios, ni siquiera si lo puedo pagar, quizá tendrá que preguntárselo a William». Y le quitaba importancia, incluso rodaba los ojos.

Bebió demasiado, se dejó llevar por el momento y se perdió entre la multitud, divirtiéndose como solo ella sabía hacer.

Sin embargo, en su interior el dolor ganaba terreno y no tardó en salir a flote en forma de palabras inadecuadas.

—Todos los que están aquí esta noche no son más que unos hipócritas, o ¿qué van a decir en cuanto atraquemos?, que los Vanderlight los han tratado como reyes, es lo único que pueden decir.

»Muchos de ustedes ni me miraban a la cara, sin embargo, aceptaron este viaje por mero interés, como si fueran parásitos enganchados al bolsillo de mi esposo.

»Me asquea la sociedad de Nueva York, una sociedad en la que una mujer decide quién entra y quién no al círculo de los elegidos por ella misma.

»Pero, ¡qué ironía!, ahora muchos de sus elegidos están aquí y la han traicionado por embarcarse en un yate de lujo para vivir a cuerpo de rey durante algunos días de su vida.

—¡¡¡Minerva!!! —gritó su esposo.

Ella lo observó con ira.

—¡Y tú, mi querido esposo!, tú eres el más hipócrita de todos ellos.

»Diles la verdad, que nuestro matrimonio no es todo lo idílico que parece, que soy la estúpida que te espera en casa mientras sacias tu sed de sexo con otras mujeres y les das todo el amor que a mí me niegas.

—¡¡¡Minerva, cállate ya!!! —gritó William apretando los puños.

—Te odio, William, no sabes cuánto… —espetó ella arrastrando las palabras.

William se aproximó haciéndose hueco entre la gente y la cogió por las piernas para echársela a la espalda, como si de un saco se tratara.

Minerva pataleaba mientras su esposo se la llevaba al camarote.

En el comedor no se oía ni una mosca, todos los pasajeros se habían quedado de piedra ante las palabras de su anfitriona. La incomodidad y la indignación se habían colado en cada uno de ellos, para luego acabar comentando el suceso entre murmullos.

Cuando estuvieron en el camarote, William lanzó a Minerva en la cama.

—¡¡¿¿Sé puede saber qué demonios ha sido eso??!! —preguntó, enfurecido.

Minerva estalló en estridentes carcajadas.

—¿Es que solo puedes reírte?, es vergonzoso lo que acaba de pasar ante toda esa gente… —espetó él, furioso.

Minerva se levantó de la cama con dificultad, estaba demasiado ebria y su lengua se había disparado, no había sido capaz de controlarlo, pero, a causa del alcohol, su mente había materializado sus pensamientos más ocultos, los que se escondían tras su amplia sonrisa.

Se aproximó a su marido y con actitud desafiante le dijo:

—¿Sabes qué pienso, William? Pienso que ese mocoso, hijo de la camarera, se parece demasiado a ti. Y no me extrañaría nada que esa ramera se hubiera abierto de piernas buscando fortuna para atraparte con eso que yo no he sabido darte, solo que ese hijo no es más que un bastardo —soltó antes de volver a carcajease.

William, totalmente fuera de sí, y al saberse descubierto, hizo algo que jamás había hecho y de lo que quizá tuviera que arrepentirse toda su vida.

Minerva cayó al suelo a plomo por la bofetada que él le propinó en la mejilla.

Ella se llevó la mano a la cara, sorprendida a la vez que aterrorizada.

Negó con la cabeza y escupió en dirección a su esposo.

William, totalmente avergonzado, salió del habitáculo, despavorido.

Minerva se quedó sola, dolorida por dentro y por fuera. En su mente una pregunta:

«¿Ha ocurrido de verdad?

Tenía la impresión de que aquello había sido una fantasía creada por su mente, de que la irrealidad que vivía debido a su estado de ebriedad le había jugado una mala pasada, no obstante, se sentía dolida y, por un momento, también avergonzada. ¿Por qué había dicho todo aquello?, ¿a qué venía?

Intentó recordarlo, pero sus pensamientos estaban nublados por el alcohol que recorría su organismo.

Fue entonces cuando los recuerdos en forma de murmullos llegaron a su mente.

—¿La habéis visto?, es capaz de cualquier ridiculez por llamar la atención…

—Lleva el mal gusto por bandera y piensa que es una señora, cuando todavía se nota de dónde salió…

—Esa mujer es una vergüenza para la sociedad Neoyorkina, Caroline tiene razón al excluirla…

—¿Y este viaje innecesario?, yo vine por curiosidad, pero si llego a saber que acabaríamos dándonos la vuelta por puro capricho de esa nueva rica, no vengo…

Aquellas voces llegaban a ella de todas partes, no sabía a ciencia cierta si era su mente quién las creaba, pero ahí estaban, latentes, apedreando sus oídos y haciéndolos sangrar.

No aguantó más…, su copa de paciencia había rebosado y reaccionó por puro instinto, inducida y envalentonada por el efecto del vino, que había bebido en cantidades ingentes.

Se levantó, el bamboleo del barco se notaba más que nunca, sumado a su ebriedad.

Como pudo, salió del camarote y se dirigió a cubierta. Llegó a proa tambaleándose y se dejó caer en la baranda. Todo le daba vueltas. Fue entonces cuando supo que lo vomitaría todo y así fue.

Pero no solo vomitó la cena y todo lo que llevaba en su estómago, en la proa de su yate se dejó toda su esencia, se le cayó la máscara y se prometió a sí misma que jamás volvería a sufrir por nada ni por nadie.

Que la vida era demasiado bella para vivirla en soledad y dejándose guiar por el peor guía, el qué dirán…

Traspasar la línea

Llegados a este punto, el matrimonio de Minerva hacía aguas. Ella no iba a tolerar que nadie le pusiera la mano encima, demasiado había aguantado de pequeña con su padre, a quien no le temblaba la mano para pegar a sus hijos de modo brutal si pensaba que así los enderezaba y disciplinaba.

Aquella bofetada era, quizá, el impulso que necesitaba para abandonar una vida desdichada, porque todo el lujo y glamur de su vida eran una fachada que ya se le antojaba innecesaria.

Se levantó como pudo y se limpió los labios manchados de vómito con su falda.

—Es repugnante —susurró.

De pronto, una idea fugaz cruzó su mente. Si era su última noche, la pasarían juntos.

Anduvo a tientas y sin demasiado equilibrio hacia los camarotes, hasta que estuvo ante el de Lester.

Dio unos toques en la puerta y él le indicó que pasara desde el otro lado, sin saber quién era la persona que lo molestaba a aquellas horas.

—No voy a abandonar este barco sin aclarar mi mente —dijo ella arrastrando las palabras y, seguidamente, se deshizo de su vestido para quedarse en ropa interior.

—Minerva, será mejor que vuelvas a tu camarote, has bebido y puede que mañana veas las cosas de otra manera —sugirió Lester, sorprendido.

Ella negó con la cabeza.

Localizó una jarra con agua encima de la mesita que estaba junto a la cama de Lester y, sin pensárselo, se enjugó para aplacar el sabor acre del vómito, que todavía hacía acto de presencia en su boca.

Si Minerva hubiera estado sobria, jamás hubiera actuado de tal modo, la situación le parecería, cuando menos, repulsiva.

Lo pensó por un momento y esbozó una sonrisa. No se reconocía a sí misma.

Se sentó en la cama de Lester y lo observó.

—¿Qué ocurre?, ¿ya no me deseas? —preguntó.

—No es eso, Minerva, solo estoy algo abrumado, has de reconocer que la situación es…

—Sí…, me he presentado en tu camarote y me he quitado un vestido que está lleno de vómito. Acabo de echar todo lo que tenía por la borda y ¿sabes qué?, no me importa.

»Quizá me he liberado de un gran peso y no siento lo que pensé que sentiría. Por el contrario, una sensación de libertad me acompaña y me gustaría que se quedara conmigo para siempre.

»Estoy aquí porque quiero hacer el amor contigo, porque no puedo volver a mi vida como si nada hubiera ocurrido. Te necesito, Lester…

Tras su discurso, Lester, boquiabierto, cerró los ojos y sonrió.

—Quizá ha sido un error venir a verte, disculpa mi atrevimiento —dijo Minerva antes de levantarse de la cama para marcharse, se sentía avergonzada por haberse ofrecido así a un hombre, un hombre que le había respondido con una estúpida sonrisa.

Un tirón en su brazo la detuvo.

—No te vayas, he soñado con esto desde que te conocí y derramaste el vino sobre mí —sentenció Lester antes de atraerla hacia él y darle a Minerva lo que tanto anhelaba, un beso largo y embaucador, que se convirtió en salvaje.

La herida de Lester, todavía en proceso de curación le impedía expresarse con su cuerpo, pero Minerva, consciente de ello, tomó la iniciativa y despojándose del resto de su ropa, no con poca dificultad, se mostró ante él desnuda y deslumbrante.

—Eres más bonita aún de lo que había imaginado, acércate, porque yo también quiero lo mismo que tú, lo deseo, no sabes cuánto… —susurró él.

Minerva ayudó a Lester a desnudarse y acarició su torso, tan distinto del de su marido. Sus labios se unieron de nuevo y sus miradas, desafiantes por el deseo, se encadenaron.

Ella se subió sobre él a horcajadas y sabiéndose preparada y deseosa de sentirlo, no se entretuvo en preliminares.

Ambos se fundieron en un solo ser mientras ella se movía y sentía como si su interior estallara en una tormenta.

Lester, ignorando el dolor que le producía su herida, la agarró por la cintura y la instó a que se agarrara a los barrotes de la cama para penetrarla desde atrás, mientras acariciaba sus erectos pezones con una mano.

Minerva era una mujer que disfrutaba con el sexo, pero jamás había sentido un placer tan cegador, era como si se hubiera transformado en otra persona, o quizá en un animal hambriento

de deseo.

¿Qué lo diferenciaba?, ¿qué era diferente a cuando lo hacía con su esposo?, quizá la clandestinidad o puede que algo mucho más elevado.

—Te amo, mi niña caprichosa —le susurró Lester al oído.

Ella sonrió complacida mientras su amante la embestía una y otra vez, hasta estallar en un orgasmo arrollador que fue seguido del de ella misma. Casi habían culminado su placer a la vez.

Cuando el fuego se convirtió en brasas, ambos se tendieron uno junto al otro.

Minerva no quería marcharse, deseaba quedarse junto a Lester, pero no podía hacerlo, debía volver a su camarote.

El efecto del alcohol ya no nublaba su mente y percatarse de la realidad la hacía sentirse abrumada.

—Quédate conmigo —le dijo él cuando se dio cuenta de las intenciones de Minerva.

—No puedo hacerlo, Lester, no puedo —balbució ella, y comenzó a vestirse con premura.

Lester se sintió decepcionado, se había dejado llevar por el momento y no había sido lo suficientemente coherente, debería haberse negado a la propuesta de Minerva que, a todas luces, había sido inducida por los efectos del alcohol.

—No puedes hacerme esto —comenzó a decir, y luego añadió—: no puedes presentarte en mi habitación, darme esperanzas y quitármelas de un plumazo.

—He de irme… —dijo ella con actitud nerviosa, necesitaba salir de aquel camarote y pensar, pensar mucho lo que había hecho.

—No te preocupes, por mi parte no ha pasado nada —dijo Lester para sorpresa de Minerva.

—Por la mía tampoco, olvidemos lo ocurrido. Estoy casada y actué sin pensar —sentenció ella antes de abandonar el camarote.

Cuando estuvo fuera, se alejó a la carrera para encontrar la seguridad de su cama, donde podría taparse hasta la cabeza y arrepentirse de haberse convertido en una adúltera.

Ella entró en el camarote con la respiración entrecortada y el miedo a que sus labios enrojecidos la delatasen frente a William, si es que a él le daba aquella noche por visitarla.

Se apoyó en el tocador de pie, con ambas manos, mientras observaba su imagen en el espejo, despeinada y con el vestido demasiado arrugado como para que lo ocurrido no fuese evidente.

De pronto, la voz de su esposo la sobresaltó.

—¿Dónde demonios estabas? —preguntó, furioso.

—¿Dónde crees tú?

—Yo sé dónde estabas a ciencia cierta, pero quiero que me lo digas tú.

William salió de entre las sombras y se acercó a Minerva hasta que su cara estuvo a escasos milímetros de uno de los oídos de ella.

—Habla, estoy esperando —susurró él.

Cuando te han descubierto, cuando sabes que la otra persona conoce tu secreto, ¿por qué mentirle?, podría haberle dicho la verdad, que estaba enamorada de otro hombre, que se había acostado con él porque lo deseaba desde la primera vez que lo vio. Que no había sido sexo y nada más, que había un sentimiento de por medio que hacía mucho tiempo que no sentía y que jamás lo hizo con tanta intensidad.

Lo podría haber hecho, ya no tenía nada más que perder, pues lo había perdido todo y era consciente de ello.

—En cubierta, vomitando… —soltó ella en tono desafiante.

William se carcajeó.

—Yo te lo diré, mujer —dijo con aire de triunfo—, estabas en el camarote de ese bueno para nada, de ese embaucador de mujeres, retozando con él como una vulgar perra.

»Y, ¿sabes lo peor?, lo peor es que te buscaba para pedirte disculpas por mis actos e implorarte que me perdonaras, pero entonces te vi, con los ojos ardientes en deseo, porque te conozco, Minerva, sé cuando el fuego de la pasión te guía y esta noche lo hacía hasta la cama de ese energúmeno.

»¡¡Os oí, estaba tras la puerta, siendo el testigo oculto de la traición!!

Minerva no fue capaz de articular palabra, ya nada podía hacer para salir del aprieto. William había vencido, ahora ella se había puesto en evidencia delante de sus invitados y, para rematar, había traspasado la línea roja que su marido utilizaría para despojarla de todo.

William no dijo nada más, ya las cartas estaban sobre la mesa y el saberse vencedor le dio las suficientes alas para sentenciar:

—Quiero que abandones mi casa, te daré dinero suficiente como para que puedas vivir dignamente, a cambio de que salgas de mi vida para siempre.

Tras sus firmes y férreas palabras, William salió de la habitación, se había acabado el juego y sus manos estaban limpias, no así la reputación de la que había sido su esposa en los últimos ocho años.

Las líneas que traspasar no eran las mismas para una mujer…

Las heridas del tiempo

El amanecer trajo un día de espléndido sol. Ya se avistaba tierra firme y los pasajeros del Minerva se afanaban a recoger sus equipajes para desembarcar.

Minerva no se había preocupado en demasía de su aspecto. Había pasado una noche terrible y le dolía la cabeza.

Se protegió con un sombrero que le aportaba la suficiente protección del sol como para que disimulara sus notables ojeras.

Dejó a la doncella alistando los baúles con sus enseres personales. Cuando entró no reparó en quién era, pero antes de salir de la habitación la observó con detenimiento, era Lucía, la camarera.

—¿Dónde está Agnes? —le preguntó, extrañada, por su habitual sirvienta.

—Disculpe, señora Vanderlight, Agnes no se siente muy bien y me ha pedido que la sustituya —se excusó la muchacha.

Minerva entrecerró los ojos y se acercó a ella.

—Todavía no tengo muy claros los motivos de tu presencia aquí, quizás puedas arrojar un poco de luz —dijo Minerva, dejándose llevar por sus más retorcidos pensamientos.

—¿A qué se refiere, señora? —preguntó Lucía, visiblemente nerviosa.

—A que el personal que trabaja en el barco siempre es el mismo, y yo soy quién se ocupa de su selección, personalmente —aclaró Minnie.

—No sé decirle, acudí al señor Vanderlight, me informaron de que ustedes necesitaban empleados para este viaje —dijo la muchacha, aterrada.

—Es curioso, porque según tengo entendido, te recomendó un amigo de mi esposo.

Lucía, consciente de que había metido la pata, intentó arreglarlo, mas no lo consiguió, porque la chica no tenía ni idea de quién la había recomendado.

—No hace falta que sigas fingiendo. Por alguna razón, nací con una capacidad intuitiva

increíble, no suelo equivocarme y solo hay que ver los ojos de tu hijo para saber que son iguales a los de mi esposo —sentenció Minerva quitándose un guante y sosteniéndolo con su otra mano enguantada.

Lucía tragó saliva, no sabía qué hacer, tampoco qué decir. Según actuara podría ser reprendida por su amante y no quería que se enfadara con ella, William solía hacerle el vacío durante días cuando eso ocurría y ella lo pasaba verdaderamente mal.

—¿Cómo se atreve?, el padre de mi hijo está muerto, señora Vanderlight, tenga un poco de respeto, al menos. —Lucía optó por hacerse la ofendida, no vio otra salida.

Minerva la retó con la mirada.

—Muchacha, en cuanto desembarque saldré para siempre de la vida de William.

Lucía abrió mucho los ojos, sorprendida.

—¿Qué quiere decir? —preguntó extrañada a la vez que esperanzada.

—Que William ha ganado, que ha conseguido lo que quería, deshacerse de mí sin mancharse las manos.

»Conociéndolo, no tardará en buscarte y llevarte a su casa, es más, no tendrá reparos en que una sirvienta sea su nueva esposa, yo misma lo fui, creo que no es ningún secreto, sé que me apodan «la sirvienta».

»Con el hijo que tenéis será diferente, seguirá con la farsa de que es hijo de tu difunto esposo, sin embargo, con el tiempo, le dará su apellido al pequeño y todos pensarán que es un señor de la cabeza a los pies, ¡qué ironía!

»Pero también te diré otra cosa, ahora que veo que tus ojos se iluminan de esperanza: William no te será fiel, sufrirás por su frialdad en cuanto encuentre a otra mujer de la que se encapriche, como yo lo hice.

»Un día te preguntarás qué demonios has hecho con tu vida y te verás rodeada de opulencia, no obstante, te darás cuenta de que estás muerta y que todo lo que te rodea es un engaño, una vil mentira.

»Entonces te pondrá a prueba y, si caes en su trampa, te dejará como ha hecho conmigo.

Lucía, observándola con los puños apretados y la boca cerrada en una fina línea, espetó:

—No, señora Vanderlight, tenga usted por seguro que a mí jamás me pasará lo que a usted. William me ama y yo a él. Además, le he hecho el mejor regalo que puede hacerle la vida, un hijo, señora.

Ya no se escondía, se había envalentonado al ver a Minerva derrotada.

Minerva rodó los ojos y le dedicó una sonrisa burlona. Pensó, «pobre infeliz», se colocó su

guante de nuevo y se marchó del camarote, dejando a su rival a solas con todas sus pertenencias a medio guardar.

Salió a cubierta y la encontró muy concurrida. Las ganas de los pasajeros de llegar a tierra se mezclaban con el ajetreo de los sirvientes que apilaban los baúles con los equipajes de las damas, en su mayoría.

Minnie buscó a Lester con la mirada, le debía una disculpa por el modo en que se había marchado de su camarote la noche anterior. Además, quería hablar con él antes de desembarcar, deseaba decirle que iba a ser una mujer libre que podía empezar una relación amorosa con él, sin tener que esconderse y sin preocuparse de su reputación, pues ya estaba manchada del todo.

Para su desgracia, no lo halló por ninguna parte.

Localizó al doctor Smith junto a su esposa, agarrados del brazo como el feliz y longevo matrimonio que eran, y se aproximó a ellos.

—Buenos días, señor y señora Smith. Quería saber qué tal se encuentra su paciente esta mañana, no lo veo por ninguna parte —dijo Minerva con naturalidad.

—Ah, señora Vanderlight, ¿no lo sabe?, el señor Winterlove ya debe encontrarse en Nueva York. Tuvo un problema con su herida esta madrugada y lo han evacuado del barco en un bote salvavidas.

La expresión de sorpresa/terror de Minerva no se hizo esperar.

—¿Le ocurre algo, señora Vanderlight?, está usted pálida —preguntó la señora Smith.

Minerva negó con la cabeza.

Todo había sido culpa suya, con seguridad, la herida de Lester había empeorado debido al esfuerzo que hizo la noche anterior, mientras hacían el amor.

Sintió una tristeza enorme, con Caroline Winterlove en escena, porque estaba segura de que jamás la dejaría entrar en su casa para ver a su sobrino, y el escándalo que se formaría en torno a su persona, quizá no podría ver a Lester en un buen tiempo.

Todo se confabulaba para que no estuvieran juntos. Ella había decidido desafiar a los obstáculos que se presentaban uno tras otro entre ellos, sin embargo, siempre había un nuevo muro que derribar y a Minerva ya no le quedaban fuerzas.

Cuando puso un pie en tierra firme respiró profundamente, se giró para mirar por última vez todo lo que tenía relación con su existencia y comenzó a caminar, dejando atrás todas sus pertenencias, sus vivencias como Minerva Vanderlight y lo más importante, su corazón.

SEGUNDA PARTE

Renacer de las cenizas

Septiembre de 1880

Llamaron a la puerta y Doris acudió a abrirla de inmediato.

—¿Quién es, muchacha? —preguntó Minnie, que salía de la cocina secándose las manos con el delantal.

—¿Tú? —preguntó Minnie, sorprendidísima.

Habían pasado cuatro años, su pequeño Arthur ya tenía siete años y era idéntico a William.

Lucía ya no era tan joven y bella como antaño, el paso del tiempo había hecho mella en su apariencia física, que ahora se veía deslucida y opacada por su piel poco lustrosa.

—Me dijeron que usted ayuda a mujeres en mi situación, señora Van… señora Minerva —balbució Lucía con los ojos llorosos, y luego añadió—: créame que no hubiera acudido a usted si no fuese por mi pequeño. Yo sola puedo arreglármelas, pero se acerca el frío y no podemos seguir ambos viviendo en la calle.

—¿En la calle? —preguntó Minnie, sorprendida y apenada por la situación de su antigua rival.

Lucía asintió con la cabeza y se echó a llorar.

—Ayúdenos, Minerva, se lo pido por caridad —imploró Lucía.

Minerva respiró profundamente e hizo pasar a Lucía y a su hijo a un pequeño y coqueto salón dónde recibía las visitas.

—Doris, mejor llévate al pequeño al jardín y dale algún juguete —ordenó Minerva a la sirvienta.

Minerva se quedó a solas con Lucía y tras servirle una taza de té ella misma, su antigua rival comenzó a hablar.

—Tenía razón en todo lo que me dijo aquel día, señora —dijo Lucía cerrando los ojos, pues le costaba admitir la dura realidad.

—Puedes llamarme Minnie, y no hace falta que me hables de usted, ahora estamos en el mismo barco —apuntó Minerva.

—Entonces lo amaba, como ni siquiera llegué amar a mi esposo. Era capaz de caminar encima de las brasas por él, debí escucharte —admitió Lucía.

—Sé que meses más tarde de que me echara de casa os llevó a vivir con él, después de eso, ya no supe nada más. No tengo relación con nadie de mi pasado, ni siquiera con mis amigas, supongo que es porque no eran tan amigas mías. —Minerva soltó una risita nerviosa.

—Yo fui su concubina. Nunca tuvo ninguna intención más elevada conmigo, es más, todavía sigue casado contigo —apuntó Lucía.

—Para mi desgracia —intervino Minerva.

—Al principio se mostraba gentil y amoroso conmigo, pero no tardó en buscar lo que yo no le debía dar en otro lugar, fuera de casa.

»Me dejaba sola, volvía ebrio, apestando a perfume de mujer.

»Ni siquiera dormíamos juntos…

Minerva, en su interior, sintió una llamita de alegría. Durante mucho tiempo pensó que ella no podía hacerlo feliz, que no era lo suficientemente mujer como para tener a un hombre a sus pies, pero al escuchar a Lucía y todas sus quejas, se dio cuenta de que eran las mismas que ella tenía y que William, estuviera con quién estuviera, siempre actuaría del mismo modo.

Acogió a Lucía y a su pequeño en la casa.

Pero quizá debamos remontarnos a la mañana en que Minerva lo dejó todo atrás.

Al llegar a la que había sido su casa durante los últimos años, Minnie se afanó a preparar su equipaje, ni siquiera habían llegado los baúles que llevaba en el barco, mas no le importó. Quería salir de aquella casa que se le antojaba claustrofóbica lo antes posible y metió en un gran bolso de mano lo indispensable para irse sin ataduras.

No se despidió de William. Él permaneció en el despacho todo el tiempo, era mejor evitar enfrentamientos que no les llevarían a ninguna parte. Es más, Minerva no deseaba escuchar más a su esposo, pues todo lo que este decía eran mentiras y más mentiras.

Salió a la calle sin tener claro su futuro, se limitó a caminar sin rumbo, hasta que se halló frente a la casa de Violette Allbright.

Sin pensárselo mucho y sosteniendo la idea de que su amistad perduraría aun en sus circunstancias, llamó a la puerta.

La sirvienta de los Allbright, una mujer de mediana edad y sin expresión en el rostro, abrió la puerta.

Minerva le pidió ver a Violette y la sirvienta la hizo esperar fuera. Aquello era cuando menos extraño, pues siempre entró al vestíbulo.

Aquel gesto fue el preludio de lo que vendría después…

—Sígame, señora Vanderlight —le dijo la sirvienta escrutándola con la mirada.

Violette la esperaba en el despacho de su esposo, que en aquel momento no se encontraba en casa.

—Déjanos solas, Madeline, y cierra la puerta —ordenó Violette.

Cuando ambas de hallaron a solas, Violette comenzó a hablar, bajando la voz lo suficiente como para no ser escuchada por su curiosa sirvienta.

—Minnie, no puedes venir aquí, Douglas me mataría si se enterase de que te he dejado pasar.

—Solo he venido a despedirme, los demás no me importan, pero tú siempre has sido una buena amiga, Violette —aclaró Minerva.

—Me duele muchísimo esta situación, querida amiga —dijo Violette con pesar.

William se había afanado a contarles a todos en aquel barco la infidelidad de Minerva. Ahora ella era una *persona non grata* y no sería aceptada en casa de nadie, sería una paria, una mujer caída en desgracia.

—No te sientas mal, amiga —dijo Minnie posando su mano sobre la de Violette, y luego añadió—: comprendo la situación y sé que ha sido una temeridad por mi parte venir a verte, pero tenía que intentarlo, tenía que hablar contigo antes de partir.

—¿A dónde vas a ir? —preguntó Violette con los ojos llorosos.

—Todavía no lo sé, pero no te preocupes por mí, tengo dos manos y, por suerte, sé apañármelas, hasta que conocí a William subsistí por mí misma, no veo por qué no pueda hacerlo ahora.

—Douglas me ha dicho que William no te iba a dejar desamparada, que te proporcionaría casa y una asignación mensual para que pudieras vivir sin carencias —apuntó Violette.

—No quiero nada que venga de William Vanderlight, ni siquiera su apellido —espetó Minnie.

—Es sufrir por sufrir, podrías vivir como una reina y prefieres volver a ser una sirvienta…

—No, Violette, prefiero fregar el suelo de todo Nueva York a ser la reina destronada de mi esposo —sentenció Minnie.

—No te entiendo, amiga, de verdad que no te entiendo…

—Te comprendo, yo tampoco me entiendo a mí misma, pero necesito dar el paso, perderme y encontrarme para renacer de mis cenizas, siempre me he levantado cuando he caído, y esta vez no será diferente. Por dios, no llores, Violette.

Minerva se levantó y rodeó el escritorio para abrazar a su amiga que lloraba desconsoladamente.

—Te voy a echar mucho de menos, Minnie…

—Yo también, querida —dijo Minnie.

—Tengo que decirte algo, Douglas me lo prohibió, pero no me parece bien callármelo, además, eres demasiado inteligente y, por tus palabras de la última cena, sé que lo sabes —dijo Violette entre gimoteos.

Minnie intuía lo que su amiga iba a decirle.

—No hace falta, Violette, comprendo tu silencio.

—Pero es que yo necesito liberarme de este peso que me oprime el pecho desde la noche que lo supe todo —intervino Violette, aumentando la intensidad de su llanto.

—Ya te he dicho que no es necesario, pero si te quedas más tranquila, habla, adelante.

Violette le contó a Minerva lo que ella ya sabía, que cuando vio salir a Lucía Sánchez del camarote de su esposo, ellos habían pasado la noche juntos y que habían dado rienda suelta a la pasión.

—Yo los escuché, Minnie, y te juro que desperté a Douglas para decírselo, sin embargo, él me ordenó que me metiera en la cama de nuevo y que no abriera la boca. Que los asuntos ajenos no iban conmigo.

»Me enfadé con él y le reproché que ya lo sabía, que cubría a su amigo ante ti, porque no estaba nada sorprendido, como si aquello fuese algo habitual.

»Al día siguiente quería decírtelo, pero me faltó el valor. Por ello quiero que sepas que tu aventura con Lester Winterlove no cambiará jamás la opinión que tengo de ti, y que, aunque no nos veamos, siempre serás mi amiga.

Minerva salió de la casa de los Allbright emocionada. De aquel grupo adicto al chisme, ella era la única que valía, más incluso que ella misma, que no se consideraba una buena persona.

Antes de despedirse, Violette le dio una nota con una dirección y un nombre, Anne Miracle.

—Ve a su casa, ella te ayudará —le dijo entregándole el trocito de papel.

Minerva anduvo durante horas por las calles, no tenía un plan de acción ni unas metas fijadas, solo caminaba y pensaba en lo ocurrido en los últimos tiempos y Lester se colaba en su mente una y otra vez.

Quizá podría intentar hablar con él, pero no quería buscarlo para tener un ala bajo la que cobijarse, por ello, prefirió descartar aquella intención malsana que no la dejaba concentrarse.

Cuando se encontró demasiado cansada para continuar, se sentó en un banco de Central Park, estaba anocheciendo y, aunque se había echado por encima un chal, tenía un poco de frío.

—No puedo dormir a la intemperie —susurró.

Tenía que buscar una solución y no tenía mucho tiempo antes de que anocheciera. Tenía dinero para pagarse un hotel y pensó que quizá sería lo más sensato, al día siguiente ya pensaría qué hacer.

Se levantó con la intención de poner en práctica su idea, mas no le fue posible dar más de cuatro pasos antes de que alguien la abordara por detrás y le pusiera un cuchillo en la garganta.

—Dame todo lo que tengas —ordenó una voz ronca.

Un olor a vino rancio acudió a sus fosas nasales.

Minerva, paralizada por el pánico, no fue capaz de articular palabra ni mover ningún músculo.

—¿Me has oído, zorra? —preguntó el individuo presionando con el cuchillo su garganta y haciéndole una herida que comenzó a sangrar enseguida.

Minerva sacó la pequeña bolsa de tela que tenía enganchada en la cinturilla de su falda y le dio todo el dinero que poseía.

El tipo prácticamente arrancó el dinero de la mano de Minerva y salió corriendo, dejándola temblorosa y aterrada en medio de la belleza de Central Park.

Ahora ya no tenía dinero, su plan había hecho aguas en tan solo un instante. Minerva giró sobre sí misma, mirando al cielo, que ya casi había perdido su color para vestirse de noche.

Dos horas después llamaba a la puerta de Anne Miracle.

Miracle

Anne Miracle era una viuda cuyo esposo había muerto en batalla durante la guerra de secesión.

Anne amaba a su esposo, por ello jamás volvió a casarse. Aunque su familia le insistiera en ello una y otra vez.

Robert Miracle era un buen hombre con el que había compartido muchos años de feliz matrimonio, pero con el que no había podido tener hijos.

Tras su muerte, Anne se quedó sola y su casa de Atlanta se convirtió en un hospital para los heridos. Fue en aquella época en la que comenzó su labor de ayuda a los más desfavorecidos.

Lo poco que tenía lo compartía con los demás. Pasó hambre y trabajó de sol a sol para llevar un plato de comida a la mesa, pero jamás faltó, aunque no fuera lo suficientemente nutritivo como para que no se apreciara en su físico y en el de sus huéspedes.

Se trasladó a Nueva York en 1870 y allí adquirió una casa que convirtió en un hogar para mujeres caídas en desgracia tras la muerte de una de sus hermanas, al ser abandonada por su esposo y pasar necesidad hasta enfermar y morir de tisis.

Anne la cuidó en sus últimos días de vida, cuando acudió a ella.

Jamás se perdonó la muerte de su querida hermana.

Desde entonces, la casa Miracle, llamada así en honor al apellido de su esposo, se dedicó a ayudar a toda mujer que se encontrara desamparada y a sus hijos.

Violette, aunque nadie lo supiera, fue una antigua moradora de esa casa. Era su secreto, uno que ni Minerva conocía.

Pero volvamos a 1876 y a la noche en que Minerva fue agredida por un extraño, que robó el dinero que llevaba e hirió su garganta y su dignidad:

Bien entrada la noche llamaron a la puerta. Doris acudió a abrir, ya había acabado su larga jornada de trabajo y se disponía a meterse en la cama.

Al otro lado de la puerta la esperaba una mujer herida y muy nerviosa, Doris la hizo pasar y avisó a la señora Miracle.

—¿Qué ocurre, Doris? —se quejó Anne mientras se acercaba al vestíbulo poniéndose una bata.

Anne entrecerró los ojos para ver mejor, ya que su vista no era la de antaño. Allí encontró a una mujer vestida con ropa cara manchada de sangre.

—¿Qué te ha ocurrido, muchacha?

Fue lo último que dijo antes de que la desconocida se desplomara en el suelo sin conocimiento.

Minerva abrió los ojos y se encontró en una cama desconocida.

Aunque le dolía la cabeza y el cuello, recordó lo acaecido la noche anterior. Había acudido a Anne Miracle y, con toda seguridad, aquel lugar sería su casa.

—Señora Miracle, ha despertado —dijo la sirvienta que la observaba con curiosidad.

De pronto, un rostro afable y que quizá en otro tiempo fue atractivo apareció en su campo de visión.

—¿Cómo te llamas, querida? —preguntó Anne.

—Soy…, soy Minerva Wallace —balbució su nombre con el apellido de soltera.

Anne entrecerró los ojos.

—Por alguna razón que desconozco, tu cara me es familiar —dijo Anne.

Minerva se encogió de hombros, sabía de qué podía serlo, Minerva Vanderlight era demasiado famosa como para no ser reconocida.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Anne señalando su garganta.

—Un hombre me atacó ayer por la noche y me robó todo el dinero que llevaba —aclaró Minerva.

—Imaginaba algo así, solo que no fue ayer, querida, llevas dormida más de cuatro días…

Aquel día fue el comienzo de la nueva vida de Minerva, que se recuperó en pocos días y decidió aceptar la hospitalidad de Anne Miracle, no sin poner a su disposición sus servicios.

—Limpiaré, cocinaré o haré lo que sea menester para ganarme mi sustento —anunció Minerva, a sabiendas de que hacía demasiado tiempo que no practicaba esas actividades y que quizá estuviera algo oxidada en ese aspecto.

Anne aceptó el ofrecimiento de su nueva huésped, al fin y al cabo, todo el mundo necesita sentirse útil y la ayuda le vendría muy bien a Doris.

Sin embargo, todo cambió el día en que Anne volvió de dar su paseo matutino con un periódico en las manos.

—Sabía que me eras familiar y no me equivocaba —soltó arrojándole el diario a Minerva en la mesa donde desayunaba.

En portada aparecía su nombre.

—Me dijiste que te llamabas Minerva Wallace —espetó Anne muy molesta.

—Lo siento, señora Miracle, no le mentí al decirle mi apellido, pues es el de soltera, y aunque sigo casada con William, ya no le pertenezco —intervino Minerva.

El titular del periódico era el siguiente:

«Minerva Vanderlight: del lujo a la pobreza en una noche».

En el artículo podía leerse que Minerva había sido vista arreglando el jardín de la casa Miracle. También explicaba el viaje frustrado en el gran yate Minerva y su episodio durante la cena.

Aquel escrito, sin duda, estaba creado para hacer el mayor daño posible y Minerva supo enseguida quién se había encargado de echar sal a su gran herida, pues el artículo estaba firmado ni más ni menos que por John Hillwater en persona, el dueño del Nueva York Daily, un periódico con fama sensacionalista gracias a las aportaciones en la sombra de Madisson Hillwater, su esposa. Estaba segura de que ella había sido la artífice de semejante montón de falacias.

Madisson había narrado los acontecimientos exagerándolos al máximo, además de poner en tela de juicio la capacidad mental de Minerva, la tachaba de mujer maligna con instintos criminales.

Minerva arrugó la publicación y la lanzó contra la pared.

—Mi casa está abierta a personas con pocos recursos, y tú eres rica, querida. Según este artículo tienes casa propia a tu disposición y una buena suma de dinero mensual por parte de tu esposo —apuntó Anne con los brazos en jarras.

—Soy consciente de ello, señora Miracle, pero no quiero nada que venga de ese hombre, creo que soy lo suficientemente válida para salir adelante por mí misma. Yo no vengo de familia adinerada, soy tan humilde como la que más, aunque mi vida en los últimos años hable de mí de otra forma —dijo Minerva con determinación.

—Y reconozco tu osadía por dejar atrás una vida de lujo para vivir de forma austera, pero piensa bien las cosas, niña, las mujeres no lo tenemos fácil y lucho cada día por cambiar eso, no

obstante, la realidad es la que es. Que no tenemos derecho a nada, que somos las grandes rechazadas por la sociedad y que los hombres nos tienen miedo, porque es miedo a que resultemos más eficientes que ellos y los releguemos al mismo destino que tenemos nosotras, el de nacer, reproducirnos y morir.

—Precisamente por eso decidí comenzar de nuevo, ¿es tan reprobable mi actitud?, solo quiero ser yo misma sin escudarme en el dinero de nadie para ser feliz.

»He descubierto demasiado tarde que la opulencia no da la felicidad.

Anne elevó las cejas, intentando asimilar las palabras de Minerva. Tenía razón la chica, aunque siguiera pensando que su comportamiento había sido del todo temerario. Bien sabía ella cómo había llegado a su casa, destrozada por dentro y por fuera.

—De acuerdo, puedes quedarte, pero preferiría que no te expusieras a las miradas indiscretas, además, creo que hay algo en lo que puedes ayudarme y resultará de más provecho —apuntó Anne entrecerrando los ojos.

Tras decir aquellas palabras, Anne se retiró de la cocina y dejó a Minerva en la soledad que necesitaba en ese momento.

¿Cómo se había enterado Madisson de su paradero? Pensó enseguida en Violette, pero no creía a su amiga capaz de delatarla, a menos que Madisson le hubiera dado la suficiente confianza como para ello. Violette era muy buena guardando secretos, sobre todo con los suyos, ya que de su vida poco sabían sus amigas, era la persona más hermética con su pasado que conocía.

Minerva se levantó y se dispuso a recoger la mesa, pero cuando agarró el diario arrugado para tirarlo a la basura, algo llamó su atención.

Era una noticia, una noticia de lo más extravagante e increíble.

«El futuro heredero de los Winterlove se casa».

Lester se casaba con Mary Oldfort, la hija de la amiga incondicional de Caroline Winterlove.

¿Cuándo se había comprometido con ella?

La decepción y el olvido

La decepción es un sentimiento que quiebra el alma y así lo hizo con Minerva, que se rompió en mil pedazos al leer aquella noticia.

Despedazó el diario hasta convertirlo en pequeños trozos de papel que se arremolinaron al entrar una ráfaga de aire por la puerta de la cocina.

Se había ido y lo había dejado atrás todo, pero en su fuero interno tenía la esperanza de que Lester la buscara.

Lo cierto era que no se lo había podido quitar de la cabeza y las noches en vela se las dedicaba a él.

Decidió, entonces, armarse de valor y convertir el olvido en su baza para dejar atrás aquel amor, además de todo lo que concerniese a su pasado. Pero la vida le tenía todavía una sorpresa reservada.

Lo supo en cuanto comenzó a vomitar por las mañanas, estaba encinta, ¿pero de quién?

Había estado con dos hombres en un periodo corto de tiempo, ese hijo podía ser de cualquiera de los dos. Sin embargo, con William había intentado quedarse embarazada durante años y no lo había conseguido, siempre pensó que era culpa suya, ahora sabía que no. Es más, tampoco debía ser de William, él ya tenía un hijo con Lucía.

Aquel milagro que deseó durante años se había hecho realidad en las peores condiciones. Fue entonces cuando dudó de si había obrado correctamente, porque una cosa era que ella se aventurara a salir adelante por sí misma y otra bien distinta cargar con semejante lastre a su pobre hijo que no tenía culpa de nada.

Cuando le comunicó la buena nueva a Anne, esta se alegró enormemente por ella.

«Un hijo siempre es una bendición, aunque venga cuando el mundo está en contra, querida», le dijo cuando ella le confesó sus inquietudes.

La animó y le aseguró que saldrían adelante, que estando ella allí, jamás les faltaría de nada.

Esa misma noche, Anne Miracle le mostró a Minerva de dónde salía el dinero para financiar la ayuda que prestaba a tanta gente.

Ya había visto a personas, tanto hombres como mujeres, acudir a su casa por la noche.

Se metían en un pequeño cuartito que siempre estaba cerrado con llave y donde solo entraba Anne y, como mucho, Doris a limpiar.

Minerva tenía curiosidad por saber lo que había en aquella habitación y siempre que pasaba por delante de esta, se paraba y posaba su mano en la puerta.

Había algo que la hacía retroceder, era como una energía extraña que cruzaba su cuerpo y la repelía.

—Ven, querida —le dijo, tomando su mano y tirando de ella con suavidad.

Anne se sacó la llave, que portaba colgada del cuello con una larga cadena, y abrió aquella misteriosa puerta.

Dentro no había mucho que ver. Tan solo había una mesa redonda, con la peana en madera tallada y sus respectivas sillas dispuestas alrededor de esta.

El suelo estaba completamente cubierto por una gran alfombra persa.

Las cortinas eran de terciopelo verde oscuro y no estaban recogidas, dándole a la estancia una atmósfera claustrofóbica.

Justo encima de la mesa, en el techo, había una lámpara sencilla compuesta por varios faroles que iluminaban la estancia con una luz tenue.

—Aquí, querida, hago sesiones de espiritismo con personas que necesitan mi ayuda.

—He oído hablar del espiritismo —dijo Minerva entrando en la estancia y rodeando lentamente la mesa—, siempre me causó curiosidad, pero nunca asistí a ninguna sesión.

—Pues esta noche lo harás, necesito una ayudante para que me proporcione el material cuando yo entre en trance.

—En trance, ¿quiere decir que es médium? —preguntó Minerva, impresionada.

—Sí, querida, tengo la capacidad de hablar con los que ya no están con nosotros, además de la de prestar mi cuerpo para que ellos se comuniquen con sus seres queridos.

—¡Impresionante! —exclamó Minerva.

Anne le dio instrucciones a Minerva y una hora después, ella misma recibía a las visitas, visitas que venían de otro estado y que, por suerte, no la conocían.

Todos, hasta ella misma, se sentaron en torno a aquella mesa y Anne, tras darles la bienvenida, comenzó con su labor.

Se trataba de dos parejas, que no eran tal, pues eran todos hermanos.

Ellos querían hablar con su madre fallecida hacía poco más de un mes para que les dijera dónde tenía guardada una gran cantidad de dinero de la que la mujer siempre alardeaba y poco se sabía.

Falleció sin revelar el paradero de semejante botín, nadie esperaba su muerte, ya que se mantenía muy vital aun a su avanzada edad.

Anne rogó silencio y comenzó a concentrarse, con los ojos cerrados y la respiración lenta y acompasada.

De pronto, hubo un cambio en ella, fue como si al abrir los ojos de nuevo se hubiera transformado en otra persona.

—Madre, mi querida madre —dijo una de las mujeres—, no sabes cómo te echamos de menos.

Anne sonrió con una sonrisa que no era la suya y espetó:

—No mientas, Eloise, sé muy bien por qué estáis aquí los cuatro, no recuerdo veros tan unidos en mi lecho de muerte.

Minerva tuvo que contener una risita, pues las caras de los hijos de aquella mujer eran del todo cómicas en aquel momento.

—¡De acuerdo, si ya lo sabes, haz el favor de decirnos de una vez dónde escondiste el dinero! —bramó uno de los hombres, que parecía ser el más mayor de todos los hermanos.

—No me llevé el secreto a la tumba involuntariamente, Jim. Prefiero que lo devoren los gusanos antes de entregártelo a ti, que seguro que te lo gastas en alcohol y prostitutas —soltó Anne con aquella extraña sonrisa falsa.

—Lo veis, hemos hecho un camino muy largo para nada, nuestra madre jamás nos lo dirá, porque yo tampoco lo haría con semejantes hijos —apuntó el que parecía ser el más joven y sensato.

—Mi querido Alfred, es a ti al único de mis hijos que se lo diré, porque tú y tu esposa sí os lo merecéis, además, sé que le daréis el uso adecuado al dinero que he guardado durante toda mi vida. ¡¡Los demás, abandonad la habitación!! —ordenó Anne.

—Hagan lo que dice su madre —dijo Minerva con timidez y levantándose de la silla para que los tres hijos de la difunta salieran de la habitación.

Los hermanos repudiados salieron de la estancia entre gruñidos y blasfemias.

Minerva entró de nuevo cerrando la puerta tras de sí, estaba segura de que aquellos tres pegarían la oreja a la puerta, pero era inútil, era demasiado gruesa, diferente a las del resto de la

casa, ahora Minerva sabía el cometido de esta.

Anne, poseída por el espíritu de la madre de aquellos interesados hermanos, habló largo y tendido con el único hijo que para ella se merecía conocer la información.

Le reveló su paradero, que no era otro que un punto en el jardín de su casa, cerca de donde ella tenía sus rosales, enterrado y guardado en una caja metálica. Poco original, pero aquello le permitía guardar dinero sin que a sus hijos les llamara la atención que cavara para añadir más a la caja.

A Minerva le pareció una pésima idea y dudaba del estado en que se encontraría el botín.

—Diles a tus hermanos que no hay dinero, que me lo inventé todo. Espera un mes y luego recupera mi legado, que es solo para ti y los tuyos.

»Usa el dinero con cabeza y sin despertar la curiosidad de tus hermanos, pero quiero que tengas presente una cosa, si no cumples mi voluntad y repartes el dinero con esos tres, te maldeciré por toda la eternidad.

El chico, entre lágrimas, negó con la cabeza. Él quería repartir el dinero, no quería problemas, pero su madre se lo había prohibido y era su última voluntad, debía cumplirla.

Tras esa primera noche, vinieron muchas más. El tiempo pasaba y su vientre cada día estaba más abultado.

Al principio no sentía más que aquellos desagradables vómitos matutinos, pero un día sintió algo que sí merecía la pena, una pequeña patadita seguida de una especie de aleteo.

—Mi pequeño Selter…

Selter Wallace

La mañana en que el pequeño Selter nació no era apacible. Una tormenta terrible azotaba Nueva York y la comadrona no llegaba.

Minerva había comenzado con dolores de parto de madrugada y estos se habían intensificado hasta convertirse en insoportables.

Estaba asustada, jamás pensó que podría sentir tanto dolor, no obstante, intentó tranquilizarse. El dolor parecía más fuerte cuanto más nerviosa se ponía.

—No tengas miedo, querida, pronto tendrás a tu hijo en brazos y se te olvidará todo —comentó Anne mientras pasaba un paño humedecido por la frente de Minerva.

Era febrero y hacía frío, pero Minnie tenía calor, demasiado. Signo inequívoco de que tenía fiebre.

La señora Miracle no tenía experiencia propia en la maternidad, como ya he referido anteriormente, pero sí la tenía con otras personas a las que había ayudado antaño a traer a sus hijos al mundo.

Prefería que fuese una comadrona la que se encargara de llevar a cabo el trabajo de parto, pero la buena mujer no llegaba y todo apuntaba a que no lo haría, el tiempo era del todo desapacible y llovía con mucha fuerza.

—Tiene mucha fiebre —susurró Doris para no ser oída por Minerva.

Anne asintió con la cabeza y anunció:

—Querida, voy a traer a tu hijo al mundo, no podemos esperar más a esa desaprensiva.

Anne le dio instrucciones a Minnie para que empujara cuando le viniera una contracción y esta, aunque muy dolorida, intentó hacerlo.

Fue largo e intenso, el dolor laceraba su interior como jamás pensó que pudiera hacerlo.

Muchas mujeres le habían relatado su experiencia con la maternidad y todas explicaban verdaderas barbaridades, quizá eso le hacía sentir más pánico, pero debía controlar sus emociones, por su pequeño.

Selter nació al punto del mediodía, intentando comerse sus propios puños y con muchas ganas de vivir. Minerva estaba exhausta.

Anne se lo puso encima y el recién nacido se enganchó al pecho de su madre por puro instinto.

—Es increíble —admitió Minerva, emocionada.

Jamás pensó que amamantaría a un bebé, es más, siempre aseguró que, en caso de ser madre, contrataría a una nodriza para tal menester, pues no quería estropearse el pecho. Sin embargo, en aquel momento lo que menos le importaba era su aspecto físico y se sintió dichosa por poder alimentar a su pequeño.

Era tan parecido a Lester…

¿Qué le diría al niño cuando preguntara por su padre?, ¿que había muerto?, aquello no era cierto. Tampoco podía decirle que William Vanderlight era su progenitor y, aunque existía una probabilidad de que sí lo fuera, ella intuía que Selter era hijo de Lester Winterlove.

Sabía que en cuanto la sociedad neoyorkina se enterase de que había sido madre especularían sobre quién era el padre, pero ella, ante eso, no podía hacer nada, por lo que decidió hacer oídos sordos a comentarios y artículos malintencionados que de vez en cuando aparecían en el Nueva York Daily.

Madisson parecía no olvidarse de ella y de la inquina que le tenía.

Durante el tiempo que fueron «amigas», siempre existió tensión entre ellas, pero Madisson no pasaba a mayores, se limitaba a soltar comentarios fuera de lugar y punto, en cambio, caída la aspirante a abeja reina de su pedestal, se encargaba de dilapidar su reputación con saña. Aunque Minerva ya la hubiera perdido para siempre, Madisson quería más, hundirla a gran profundidad para que jamás volviera a brillar como lo hizo antaño.

Se olvidaba de que Minerva ya no necesitaba rodearse de lujo para resplandecer, porque ya ella por sí misma lo hacía sin necesidad de vivir en la opulencia.

Además, ahora tenía un cometido, algo muy importante por lo que luchar, su pequeño.

∞∞∞

Selter tenía poco más de tres años cuando Lucía llegó a la casa con Arthur. Los dos niños se hicieron inseparables, en aquel momento eran los únicos niños en la casa de Anne Miracle y quizá por pura supervivencia, ambos se convirtieron en los mejores compañeros de juegos.

—Puede que sientan la llamada de la sangre —dijo Lucía cuando vio la unión de los pequeños.

—Selter no es hijo de William, creo que es evidente el parecido con el señor Winterlove —soltó Minerva un poco molesta.

—No sé…, tiene gestos de Will —intervino de nuevo Lucía.

Minnie, enfadada, se levantó de su asiento, donde tejía una bufanda para su hijo, y salió de la estancia sin decir esta boca es mía.

—Mejor que no le mencione ni tan siquiera la posibilidad de que Selter sea hijo de su marido, no quiere ni oír hablar del asunto —le advirtió Anne a Lucía.

—Lo siento, señora Miracle, me he dejado llevar por la emoción que me produce ver a los dos pequeños tan unidos. Pensé que ese nexo solo puede ser propio de dos hermanos.

—No tiene por qué, niña. En ocasiones, un amigo es mil veces más querido que la propia familia —sentenció Anne, devolviendo la vista al libro que estaba leyendo.

Lucía era una buena mujer y Minerva lo sabía, pero por alguna razón, en ocasiones le incomodaba su presencia en la casa. Había sido su rival y su corazón no podía olvidar que ella contribuyó al fin de su matrimonio y a que William se transformara en un tirano.

Aunque cuando pensaba las cosas con calma, se daba cuenta de que Lucía no tenía nada que ver, que Will era así, que lo sería con cuántas mujeres estuviera y que a todas las reemplazaría tarde o temprano, de hecho, lo había hecho con Lucía también, y a esta ni siquiera le había dado un lugar digno a su lado.

¿Debía sentirse dichosa por haber sido su esposa?... no, no lo creía.

Reencuentro

Minnie había acostado a su pequeño Selter temprano. Aquella noche tenían visita. Ni siquiera sabían quiénes eran, solo que eran dos y buscaban respuestas, como todos.

Una misteriosa mujer que no había querido identificarse había enviado a un muchacho para concertar una cita con la señora Miracle.

Minerva y Anne tenían curiosidad por saber quiénes serían aquellos visitantes misteriosos.

Eran las diez y media de la noche cuando llamaron a la puerta y Doris les abrió.

La sorpresa fue mayúscula cuando Minerva vio de quiénes se trataban. Ni más ni menos que de Mary Oldfort y su flamante esposo Lester Winterlove.

Minnie estuvo a punto de esconderse, de salir del atolladero huyendo, sin embargo, lo pensó mejor. Ella no tenía por qué ocultarse de nada ni de nadie, además, aquel periódico infernal se había encargado de que todos sus conocidos supieran de su paradero, incluso el molesto Clyde Wild, que se había atrevido a visitarla en más de una ocasión para intentar convencerla de que se dejara proteger por él.

Lester entró a la habitación donde se realizaban las sesiones con la cabeza gacha y pocas ganas de interacción.

Había acompañado a su mujer por el desespero de esta por volver a hablar con su madre al menos una vez más.

Myriam Oldfort había muerto meses antes, tras una fuerte discusión con su hija, discusión que quedó suspendida en el aire, sin reconciliación.

Desde entonces, Mary se sentía muy culpable, tanto que no era capaz de levantar cabeza, por ello pensó en la médium de la que todos hablaban bien, una persona íntegra que no te engañaba.

—¡Señora Vanderlight, qué sorpresa! —exclamó Mary al ver la mujer que tenía ante ella.

Lester levantó la cabeza al instante, sorprendido.

Era poco probable que Lester no supiera su paradero, pero su mirada del todo descolocada indicaba lo contrario.

—Minerva… —susurró.

—Buenas noches, señor Winterlove —saludó ella con altivez.

Estaba enfadada, sí, aunque no quisiera reconocérselo a sí misma, lo estaba.

Aquel hombre jamás la buscó y no era tan difícil dar con ella. Le costaba creer que nadie le hubiera ido con el chisme del paradero de su amante. Aunque, por otro lado, puede que Caroline Winterlove estuviera detrás de que su sobrino permaneciera en la inopia.

No se equivocaba al pensar aquello. Caroline había movido cielo y tierra para que Lester no se enterara de nada, el Nueva York Daily era como el anticristo en su casa, era una publicación prohibida que los sirvientes tenían orden de romper si el muchacho de la prensa la dejaba en la puerta de entrada.

Además, Lester no tenía interés en las noticias y vivía alejado del chisme en una pequeña urbanización a las afueras del bullicio de la ciudad, esa era una buena baza para Caroline.

Los cuatro tomaron asiento alrededor de la mesa y Anne instó a sus clientes a que le explicaran cuál era su inquietud.

—Verá, señora Miracle, necesito contactar con mi madre. Cuando murió habíamos tenido una discusión terrible y me gustaría saber si me ha perdonado —explicó Mary, notablemente compungida.

—Veremos qué puedo hacer por ti, niña —respondió Anne, preparándose para entrar en trance.

Respiró profundamente como siempre, pero en esta ocasión, no fue visitada por la señora Oldfort, por el contrario, el espíritu que se introdujo en el cuerpo de Anne, tenía otras intenciones y otro objetivo.

—Lester…, mi amor —dijo de pronto Anne.

Lester abrió mucho los ojos y observó a la médium con el ceño fruncido.

—¿Qué significa esto? —preguntó él enfadado.

—Mi amor, perdóname…, perdóname por haberte cargado con un legado que no te pertenece.

—¿Has sido tú, Minerva?, ¿cómo has podido? —preguntó él, furioso.

Minerva negó con la cabeza. Sabía a lo que se refería Lester. Él pensó que ella le había relatado a la médium su historia con Davina y que esta quería aprovecharse de la situación.

—No, Lester, jamás utilizaría tu dolor en mi provecho ni en el de nadie —aclaró Minerva, apenada porque el hombre al que todavía quería pensara tal cosa de ella.

—La señora Wallace no tiene la culpa —dijo Anne con la personalidad de Davina.

—¿Wallace?, ¿de quién habla? —preguntó Lester cada vez más confundido.

—Soy yo, Lester, Minerva Wallace. Es mi apellido de soltera —aclaró.

—Esto es del todo disparatado —espetó Lester levantándose de la silla y pidiéndole a su esposa que hiciera lo mismo.

—Escúchala, Lester, te hará bien —lo calmó Mary, dedicándole una sonrisa a la que reaccionó al instante.

Lester se sentó de nuevo y soltó:

—De acuerdo, acabemos pronto con esto.

—Mi amor, tienes mucho por lo que luchar. Tu vida ha sido un infierno por mi culpa y no puedo estar en paz por ello. No tienes que honrarme de ninguna manera, estar a tu lado fue la mejor recompensa.

»Tienes mucho por lo que luchar —repitió—, tu hijo te necesita.

—¿Mi hijo? —preguntó Lester extrañado.

Minerva tragó saliva, horrorizada, pues temía que si Lester descubría que era el padre de Selter, se lo llevaría de su lado.

De pronto, Anne comenzó a respirar de modo acelerado. Hasta que sin nadie que ocupara su cuerpo, pidió un poco de agua.

—Se ha ido —anunció—, tendrán que venir otro día, Davina me ha dejado agotada, el dolor de esa mujer es muy intenso.

—¿Y mi madre?, ¿no podré hablar con ella? —preguntó Mary con tristeza.

—Tendrá que ser en otro momento, ahora Anne tiene que descansar —dijo Minerva al ver a Anne a punto de desfallecer.

—No se preocupen, no tienen que pagar nada, otro día les atenderé encantada —balbució Anne.

Minerva acompañó a Lester y a su esposa fuera de la estancia y se disponía a dejarlos en manos de Doris para que fuera con ellos hasta la puerta de entrada cuando la voz de su pequeño hizo que el corazón se le acelerara hasta límites insospechados.

—Mamá… —dijo el niño, en camisa de dormir y con las manitas en sus ojos ambarinos, como los de él…

Lester miró al chiquillo y no pudo menos que abrir la boca, sorprendido.

—¿Es tu hijo? —preguntó acercándose a él y escrutándolo con la mirada.

Luego observó a Minerva, con expresión ceñuda.

Minerva tomó al pequeño en brazos y se despidió de la pareja, no sin antes escuchar el susurro de Lester en su oído.

—Volveré…

Certezas innegables

Lester y Mary llegaron a su casa ya bien entrada la madrugada. Durante el trayecto no hablaron. Mary estaba decepcionada por no haber podido hablar con su madre y Lester no dejaba de darle vueltas a lo acaecido y al hijo de su antigua amante.

Lester entregó su abrigo a la sirvienta, que se retiró de inmediato seguida de Mary.

Él se metió en su despacho y cerró con llave. Todos los fantasmas del pasado hacían acto de presencia en aquel instante y no pudo menos que servirse un *whisky* con el pensamiento de que la bebida ambarina los aplacaría.

Sin embargo, lo que ocurrió fue todo lo contrario. Las palabras de la señora Miracle retumbaban en su mente, ¿y si en verdad era Davina quién le había hablado?, era una posibilidad que no podía descartar, al fin y al cabo, muchos eran los que explicaban las maravillas que obraba dicha mujer.

Lo que no llegaba a entender es cómo no había sabido nunca más de Minerva y, estando tan cerca, nadie le hubiera referido de su presencia en la casa Miracle.

Apretó los puños, la furia recorría su organismo haciendo que su ansiedad creciera por momentos.

—No hay duda de que ese niño es hijo mío, algo en mi interior me lo dice, es demasiado parecido a mí, es una certeza innegable —masculló mientras paseaba de un lado al otro del despacho aferrado a su vaso ya vacío.

Se sirvió otro *whisky* y se sentó en su cómodo sillón delante de la mesa donde despachaba sus asuntos, que solían ser pocos, pero allí estaba aquella mesa que Caroline había insistido en comprar.

Se había casado al poco de verse recuperado del accidente en el yate Minerva, ¿por qué lo había hecho?, quizá la explicación tenga mucho de inexplicable, el comportamiento humano, en ocasiones, lo es.

Un recuerdo cruzó fugaz por su mente, eran las últimas palabras que se dijeron él y Minerva tras su apasionado encuentro:

—No te preocupes, por mi parte no ha pasado nada…

—Por la mía tampoco, olvidemos lo ocurrido. Estoy casada y actué sin pensar…

No eran ciertas aquellas palabras, fue solo que se sintió abandonado cuando Minerva reaccionó vistiéndose con premura para marcharse, como si se arrepintiera de haberse entregado a él.

Tras su marcha, se quedó solo en el camarote y el dolor de su pierna hizo acto de presencia. Había actuado temerariamente llevado por la pasión, ni siquiera había sido consciente de su aparatosa herida cuando embestía a su amante con decisión.

La somnolencia y el cansancio lo vencieron, pero aquel dolor se intensificó. Por la mañana se despertó con la herida sangrante y con muy mal aspecto, por no hablar de su estado febril, que incluso lo hacía decir incoherencias a ojos del doctor.

—Necesito hablar con ella, no puedo irme sin hablar con ella, lléveme con mi niña caprichosa —balbució entonces.

Pero el doctor actuó como debía, pidiendo uno de los botes salvavidas para que llevaran a Lester a tierra firme, que ya se avistaba muy cerca.

Lester fue conducido al Bellevue Hospital y allí permaneció unos días, debatiéndose entre la vida y la muerte por la infección de su herida y con la incerteza de si le iban o no a amputar la pierna finalmente.

Aquellos días tuvo tiempo de pensar, ¿qué había hecho durante toda su vida?, ¿cuándo había sido la última vez que se sintió pleno?, la respuesta era fácil, durante el tiempo que vivió con Davina y esta todavía no había perdido la cabeza.

Quizá la felicidad pasara por casarse y formar una familia, era obvio que con Minerva, la mujer que amaba, no podía hacerlo. Ella estaba casada, se lo había dejado muy claro.

Caroline lo visitó cuando llevaba tres días ingresado y sin mostrar emoción alguna le dijo:

—Este no es el sitio para que hablemos, pero cuando vuelvas a mi casa debatiremos de tu futuro en la misma.

»Estoy muy decepcionada por lo que ha llegado a mis oídos, Lester. Es más, has de poner fin de inmediato a la relación con esa desvergonzada, no quiero que la sangre de mi familia se manche con la suya.

Tras aquellas hirientes palabras, se dio la vuelta y se fue sin ni siquiera despedirse.

Lester fue consciente de que su tía estaba muy dolida, no era plato de buen gusto para ella que relacionaran a un Winterlove con su archienemiga.

De alguna forma, la entendía, sabía que para ella era el equivalente a una traición, pero ello no significaba que lo compartiera, había en el mundo problemas más grandes que con quién se

acostaba él.

Cuando volvió a la casa de su tía, la conversación con esta se produjo nada más acomodarse.

Lo esperaba en su despacho y mandó a su mayordomo a que lo llevara con la silla de ruedas a este.

Entró en la estancia y encontró a su tía sentada tras la gran mesa muy parecida a la que él ahora tenía en su casa.

—Y bien, sobrino, ¿qué tienes que decirme para que pueda perdonarte por tus actos? —preguntó ella con las manos entrelazadas y expresión ceñuda.

—Lo he pensado mucho, tía, y creo que tiene razón en lo que me ha dicho muchas veces, a mi edad, todavía no he asentado la cabeza, pero ya ha llegado la hora de hacerlo.

»Buscaré una mujer y la haré mi esposa, formaré una familia, así podré convertirme en el hombre respetable que mis padres esperaban de mí.

Lester habló mecánicamente, sin emoción en su voz. ¿Realmente quería eso?, la respuesta era confusa.

Creyó que Minerva lo visitaría en el hospital y le mostraría su amor por él, pero ella nunca cruzó el umbral del Bellevue Hospital. ¿Sería conocedora de su estado?, era poco probable que nadie se lo hubiera dicho.

La tristeza invadió su alma y la rabia se apoderó de su ser, quizá ello le hizo actuar de la manera que lo hizo, dejándose llevar por su tía, quien eligió a Mary Oldfort como esposa para su sobrino.

Lester ya la conocía, Caroline se la había presentado a ella junto a varias jóvenes casaderas cuando él se trasladó a su casa a vivir. Sin embargo, Lester siempre había mostrado su negativa a contraer matrimonio con ninguna mujer.

El noviazgo duró apenas unas semanas, semanas en las que Lester entabló una amistad con la que sería su esposa en breve. Le pareció una mujer interesante y querible.

Mary era una buena chica que, como él, huía de la sociedad opulenta de Nueva York, definitivamente, su tía había dado en el clavo al elegirla a ella.

Su físico era agradable, incluso se podría decir que era más atractiva que Minerva, pero carecía de ese halo de misterio que tanto le atraía y de ese imán que la hacía irresistible.

Mary era la mujer que habría elegido como amiga, pero nunca como pareja, aunque el tiempo y la cercanía le hicieron sentir por ella un cariño especial.

Eran felices, su vida apacible en las afueras del Nueva York, lejos del bullicio de la ciudad y rodeados de belleza, hizo que el matrimonio que había empezado como enlace de conveniencia

se convirtiera en algo real.

Lester adoraba a su esposa, pero había una certeza de nuevo innegable, pues no la amaba.

No consiguió quitarse jamás a Minerva de la cabeza, por mucho que lo intentó. En ocasiones, cuando hacía el amor con su esposa la veía a ella y eso lo hacía sentirse un miserable, porque Mary no se lo merecía.

El paso del tiempo fue curando las heridas de su amor frustrado, pero aquella noche, todos los sentimientos dormidos habían despertado de un modo feroz. La había tenido tan cerca…

Además, ese hijo…, ese hijo que ella le había ocultado con toda la intención. ¿Cómo le podía haber hecho semejante daño?, ella sabía su historia, el dolor que le había causado la pérdida de su hijo no nato.

Y ahora sabía dónde estaba él, dónde estaban los dos, los que podrían haber sido su legítima familia.

Mary dio unos pequeños toques en la puerta, pero Lester le dijo desde el otro lado que necesitaba estar solo, que en un rato subiría a dormir con ella.

Su esposa respetó su necesidad de soledad, ello no significaba que no le doliera la extraña actitud de su marido.

Pensó que podría ser a causa de lo que le había dicho Davina, su antigua esposa. No conocía bien la historia, pero las pesadillas de Lester delataban lo que pudo pasar y no debió ser agradable.

Mary se metió en la cama y esperó pacientemente a Lester, pero amaneció sola, su esposo no había dormido con ella aquella noche, era la primera vez que no pasaba la noche a su lado y eso la inquietó sobremanera.

Por su parte, Lester había acabado por dormirse en el despacho, sentado y con la cabeza apoyada en la mesa. Había bebido tanto que la ebriedad se apoderó de él, proporcionándole un sueño hipnótico del que no le fue posible salir hasta la mañana siguiente.

Cuando despertó no se lo pensó más de una vez, se aseó un poco y sin cambiarse de ropa, se encaminó hacia la casa Miracle, si ese niño era su hijo, Minerva le debía una explicación.

Dime la verdad

La noche había sido larga para Minerva, temerosa por perder a su pequeño Selter, se durmió aferrada a su hijo. No había sentido en la vida amor más grande que el que tenía por aquel niño de ojos color ámbar y rizos castaños.

Era su pequeño ángel, su razón para seguir adelante y dejar el pasado desterrado en un rincón de su alma. Sin embargo, volver a ver a Lester, al padre de su hijo, le causó un nerviosismo extremo.

Por un lado, era evidente que todavía albergaba sentimientos por él, pero por otro, sus últimas palabras, su expresión ceñuda y el odio que parecía destilar Lester cuando se marchó de la casa Miracle la noche anterior, la aterraban, ¿qué intenciones tendría?

Estaba sola en la cocina, Anne y Doris habían salido a comprar víveres para hacer la comida.

Lucía y su pequeño dormían, al igual que Selter, que solía ser bastante dormilón.

De pronto, llamaron a la puerta y no le quedó más remedio que abrir, a sabiendas de quién estaría esperando al otro lado. No se equivocaba.

—Buenos días, Lester —saludó con resignación.

—Necesito hablar contigo, ¿puedo pasar? —soltó él sin tener en cuenta los formalismos del saludo.

Minerva le franqueó el paso y le hizo pasar al pequeño saloncito donde recibía a las visitas.

Lester tomó asiento y se llevó las manos a las sienes.

—No he podido quitarme de la cabeza lo ocurrido anoche —declaró, y después añadió—: necesito respuestas, Minerva.

Minnie respiró profundamente y optó por desviar el tema por otros derroteros.

—Lo sé, hablar con Davina tuvo que ser cuando menos inquietante, pero te aseguro que todo lo que viste era cierto, jamás le hablé a Anne Miracle de ella, te lo juro por lo más sagrado —argumentó Minerva.

—¿Con lo más sagrado te refieres a tu hijo? —preguntó Lester entrecerrando los ojos.

Ella, con el miedo creciente golpeando su corazón, asintió con la cabeza.

—¿Qué edad tiene? —preguntó él.

—Tiene tres años —balbució.

—¿Cuándo cumple los cuatro, Minerva?

—¿Dónde quieres llegar con este interrogatorio, Lester Winterlove? —dijo ella, con los brazos en jarras, ni siquiera había sido capaz de sentarse, estaba demasiado nerviosa.

—Lo sabes muy bien…, creo que no hace falta que te lo diga. Los ojos de tu hijo no dejan lugar a dudas —espetó él, enfadado.

—No sé qué puedan tener de especiales los ojos de mi hijo para ti, yo solo sé que son hermosos y que Selter es mío, nada más —contestó Minerva a la defensiva.

—Vamos a dejarnos de rodeos, ¿es mi hijo? —preguntó él indignado, porque hasta el nombre del pequeño tenía las mismas letras que el suyo, pero en otro orden.

—No, Lester, no es tu hijo —mintió con determinación.

—¿Es de William, entonces? —preguntó él.

—¡Creo que no te incumbe en absoluto el nombre del padre de mi pequeño! —exclamó Minerva.

—¡¡Claro que me incumbe, estás muy equivocada al afirmar lo contrario!! Ese niño es un Winterlove de los pies a la cabeza, es mi viva imagen, por dios, ¿cómo eres capaz de negármelo en la cara?

—¡¿Acaso te interesaste por mi destino tras desembarcar de ese maldito viaje?!, yo te lo diré, Lester, no…, no tuve ninguna noticia tuya. Me dijeron que te habían tenido que auxiliar en un bote salvavidas, pero luego no supe nada más, y lo intenté, Lester, fui de hospital en hospital para que me dieran razón de ti, sin embargo, en todos ellos me dijeron lo mismo, que no estabas allí.

»Semanas más tarde me enteré de que te casabas con Mary Oldfort, también de que estaba embarazada, ¿qué podía hacer?

—¡Buscarme, demonios, buscarme y decírmelo, yo hubiera respondido sin pestañear, hubiera removido cielo y tierra para estar contigo y con mi hijo! —soltó con energía.

—¿Para qué?, ya habías decidido casarte con otra mujer…, además, no quería que estuvieras conmigo por que fuera a ser madre únicamente, sino porque me amaras como yo te amaba a ti.

Lo había dicho, había expresado en voz alta la verdad, que lo amaba, no quería haberlo

verbalizado, dolía demasiado, no obstante, lo había hecho.

—Me dijiste que lo nuestro había sido un error, que estabas casada, ¿lo recuerdas?, ¿puedes imaginarte lo destrozado que me quedé?, no…, no puedes. Solo eres tú, tú y siempre tú, los demás jamás te importaron —espetó él gesticulando exageradamente con las manos.

—Solo estaba confundida, le había sido infiel a mi esposo, no sabía cómo actuar, necesitaba pensar, solo eso…, además, tú me contestaste que para ti no había sido nada, ¿o es que solo soy yo la que tengo que recordar?

—Porque estaba dolido con tu actitud y tus palabras. Además, no pudimos volver a hablar, aquella mañana me desperté en un charco de sangre, me fue del todo imposible buscarte y mi ánimo no era el más festivo, me sentí deprimido y solo, absolutamente solo en aquel hospital.

»Por ello intenté coger las riendas de mi vida y me pareció que la solución pasaba por formar una familia.

—¿Con Mary Oldfort?, me asombra…

—Sí, con Mary, una buena persona que solo me ha dado alegrías, que es la bondad hecha mujer y beso el suelo por donde ella pisa y lo seguiré haciendo mientras viva —admitió él.

—La amas… —balbució Minerva.

Lester se levantó del sillón con ímpetu y se acercó a Minerva con energía, quedando este muy cerca de ella y agarrándola por los hombros.

—No…, Minerva, para mi desgracia, no la amo, me aborrezco a mí mismo por no poder hacerlo, por no ser el hombre que ella necesita a su lado, me doy asco. Asco por ser un estúpido, por amar a una mujer que hace años que se alejó de mí y ha tenido la desfachatez de ocultarme un hijo…, un hijo, Minerva, ¿cómo has podido?

—¡¡Déjame en paz, me estás haciendo daño!! —gritó ella.

Lester no se había percatado de que la estaba zarandeando con demasiada fuerza.

La soltó de inmediato y mostró ambas palmas a modo de rendición.

—¡¡¿Qué está pasando aquí?!! —exclamó en tono autoritario Anne, que los observaba desde el umbral de la puerta de la sala.

—Nada, Anne, el señor Winterlove ya se iba —espetó Minerva.

Lester se marchó de la casa y Minerva se derrumbó en los brazos de Anne, entonces lloró y derramó hasta la última lágrima que le quedaba pendiente por Lester Winterlove.

Aquella mañana se prometió a sí misma que jamás volvería a llorar por amor…

Visitas indeseables

Aquella fue la primera de las visitas indeseables de Lester a la casa Miracle. En todas y cada una de ellas discutía con Minerva y se reprochaban una y otra vez las mismas cosas.

Él insistía en ver a su hijo, pero Minerva se negaba y se mostraba ambigua, haciéndole ver que se equivocaba al pensar en Selter como hijo suyo.

La vida de Lester ya no tenía paz y Mary cada vez estaba más triste.

Ella, la esposa abnegada, la mujer comprensiva, siempre en su lugar, comenzó a sospechar.

Lester dormía cada noche en su despacho envuelto en las mieles del alcohol, ella lo esperaba hasta que un día se cansó y se presentó en el despacho de su esposo, con la esperanza de seducirlo, para, al menos, recuperar la pasión perdida.

Dio tres toques tímidos en la puerta, ataviada únicamente con una bata ligera.

Él le gritó, arrastrando las palabras:

—¡¡Déjame en paz, Mary!!

—Por favor, Lester, ábreme la puerta, no podemos seguir así —suplicó ella entre lágrimas por la respuesta abrupta de su marido.

La puerta no se abría y Mary, llorando desconsolada, se sentó apoyada en esta.

—¡¡Deja ya de llorar, mujer!!, me pones nervioso. —La realidad es que los sollozos de su esposa laceraban su alma, no quería ni podía mirarla a la cara, no ahora que sabía a ciencia cierta que seguía amando a Minerva sobre todas las cosas, por encima de ella, que se había tornado en algo pequeño que ya no quería a su lado.

Se preguntaba una y otra vez el porqué, se sentía un monstruo y bebía…, bebía mucho para acallar ese gusano interno que no lo dejaba vivir.

—¿Recuerdas el día de nuestra boda? —preguntó ella todavía entre sollozos.

Lester se acercó a la puerta y posó su mano en la misma, mas no dijo nada.

—Yo sabía que no me amabas cuando te casaste conmigo. Era una certeza. Fueron tu tía y mi madre quiénes lo orquestaron todo.

»Tú no te habías fijado en mí siquiera, sin embargo yo sí. Fue casualidad que tu tía me eligiera como tu esposa, pero una maravillosa casualidad, porque estaba enamorada de ti desde la primera vez que te vi sentado en el salón de la casa de Caroline Winterlove.

»Pensé que podría hacerte feliz y que acabarías por enamorarte tú también de mí. No obstante, creí lograrlo.

»Hemos sido muy felices, mi amor, lo hemos sido, ¿dime qué ha pasado para que ya no me quieras a tu lado?, dímelo, por favor, porque yo me estoy muriendo en vida sin ti.

Lester no podía soportar el dolor de su mujer, quería salir y abrazarla, decirle que todo iría bien, que había sido un inepto, que volvería a ser el hombre que siempre estuvo a su lado, incondicionalmente.

Sin embargo, no lo hizo. No podía enfrentarse a su mirada de dolor, necesitaba más tiempo para aclarar sus ideas. Se quedó aguardando en la puerta, maldiciéndose a sí mismo por haberle hecho daño a la persona que más se merecía que la hicieran feliz.

A la mañana siguiente bajó a desayunar. La cabeza le dolía muchísimo a causa de la ingesta masiva de *whisky*.

A duras penas había dormido, de nuevo sentado en su sillón con la cabeza apoyada en el escritorio. Sus huesos comenzaban a pasarle factura por todas las noches en las que mal dormía en su despacho.

No halló a Mary y le preguntó a la sirvienta por su esposa.

—Todavía no se ha levantado, señor —le dijo esta.

A Lester le extrañó, su esposa era la persona más madrugadora que conocía, no obstante, imaginó que había pasado una mala noche después del episodio ocurrido horas antes.

Esperó pacientemente a que ella se levantara de la cama, pero no ocurrió, era casi mediodía y Mary seguía en su habitación.

Lester comenzó a temerse lo peor y decidió encaminarse a la alcoba que ambos habían compartido durante los últimos años.

Llamó a la puerta y nadie respondió.

—¿Está segura de que la señora está dentro? —le preguntó a su sirvienta.

—Sí, señor, la señora no ha salido en toda la mañana, se lo aseguro —dijo la muchacha, con evidente preocupación.

La puerta estaba cerrada con llave, otro hecho que llamó la atención de Lester y la sirvienta.

—Apártese, Catherine, tiraré la puerta abajo —dijo Lester con decisión antes de darle una fuerte patada a la puerta y derribarla.

Lo que encontró al otro lado le heló la sangre.

Arrancar las raíces

Las constantes visitas de Lester a casa Miracle le estaban pasando factura a Minerva, que cada día que pasaba sentía más miedo por la actitud hostil de Lester y su insistencia en ver a su hijo.

¿Tenía derecho?, en su fuero interno sabía que sí, y que tampoco podía negarle a su pequeño el privilegio de tener un padre, por el que ya comenzaba a preguntar a tan temprana edad.

En una ocasión, cuando paseaban por Central Park, el niño, tras ver a uno de sus congéneres llamar papá a su padre, le preguntó a Minnie por qué él no tenía un papá. Ella salió del atolladero diciéndole que hacía de mamá y papá a la vez. No supo qué otra excusa ponerle, decirle que su padre había muerto sin ser verdad era una terrible crueldad. Pero no decirle la verdad, que su padre estaba vivo, que quería verlo y estar con él, también lo era.

No estaba obrando bien y lo sabía, pero el miedo a perder a su pequeño y el egoísmo de no querer compartirlo se alzaban como absolutos vencedores en el corazón de Minnie.

Lester le había rogado una y otra vez, pero ella se había mantenido en sus trece. Veía innecesario hacer pasar al chiquillo aquel trago que podía acabar en ausencias, porque estaba segura de que Lester, en caso de comenzar a tratar con Selter, acabaría por pedirle llevárselo por temporadas a su casa, junto a su esposa, otra madre que le robaría el cariño de su pequeño, y quién sabe si luego este ya no querría volver con ella.

Aquellos pensamientos la trastornaban, Anne y Lucía le decían que no debía pensar de tal modo, que Lester no parecía representar una amenaza, más bien un padre que quería hacerse cargo de su hijo.

—Si William mostrara al menos un poco de interés por Arthur, todo sería distinto, sin embargo, no lo hace y no puedo evitar sentirme dolida por ello —le dijo Lucía una tarde cuando ambas arreglaban el jardín.

—Te entiendo, pero son casos distintos. Selter no conoce a su padre y creo que sería un fuerte golpe presentárselo y que luego este decidiera no visitarlo más —declaró Minerva.

—¿Por qué tendría que hacerlo?, no des por hecho algo que no sabes a ciencia cierta. Tu pequeño tiene un padre que quiere pasar tiempo con él, eso no es malo, Minnie.

—Tal vez…, pero no puedo evitar tener miedo a que lo arranquen de mi lado, a que sus fuertes

raíces se tornen débiles y ya no quiera estar conmigo —admitió Minnie.

—Eres su madre, nadie podrá cambiar eso jamás, además, tu pequeño te adora, no se apartaría de tu lado por nada del mundo —dijo Lucía con el fin de hacer que su ahora amiga entrara en razón.

Tras darle demasiadas vueltas y sopesar los riesgos y beneficios para su hijo, pensó que podría darle a Lester aquella oportunidad que tanto anhelaba.

Sabía que este no tardaría en volver a la casa, y esperó a que se produjese la visita.

Preparó al pequeño para lo que vendría. Le confesó que tenía un padre, que estaba en la ciudad y lo visitaría. Tuvo que utilizar aquel pretexto para no darle demasiadas explicaciones a su hijo.

El niño estaba tan contento, que a Minerva se le saltaron las lágrimas al ver la alegría en sus ojitos chispeantes.

—¿Por qué lloras, mamá? —preguntó Selter con su voz infantil y su media lengua.

—No es nada, hijo mío. Lloro de alegría por verte tan feliz.

El pequeño le dedicó una tierna sonrisa y alzó sus bracitos para abrazarla.

«Lester no podrá resistirse al amor de nuestro pequeño, no lo abandonará, no podrá hacerlo. En cuando esa sonrisa lo ilumine, se enamorará de su hijo y será el padre que él necesita». Pensó.

Los días pasaron y Lester no apareció por la casa Miracle.

Minerva comenzó a ponerse nerviosa, pues el pequeño Selter no dejaba de preguntar por su padre, y la tristeza lo invadía cuando pasaban los días sin que lo visitara.

—¡Maldito seas, Lester Winterlove! —bramó.

—Te has pasado meses diciéndole que no volviera, que se marchara y os dejara en paz, ¿qué esperabas, querida? —la reprendió Anne.

En parte tenía razón, pero si hubiera sido al revés, y ella fuera una madre que intentaba estar con su hijo, no hubiera cejado en su empeño por conseguirlo, jamás.

Minerva comenzó a impacientarse y no le quedó más remedio que decirle a Selter que su padre tardaría un poco más en venir a verlo.

El pequeño tuvo una gran rabieta, en la que le dijo a su madre las palabras que más daño le habían hecho en la vida, «te odio».

—Mujer, es un crío, Arthur se lo dice continuamente a Lucía y él lo habrá imitado, ni siquiera sabe lo que dice —la calmó Anne.

—Mi pequeño jamás me había dicho algo semejante, Anne. Le he hecho daño y no me lo

perdonaré jamás. Además, Selter no se parece en absoluto a Arthur que, dicho sea de paso, se porta de manera mezquina con su pobre madre —argumentó Minnie.

Era cierto, Arthur culpaba a su madre de todo lo malo que le ocurría, le hablaba sin respeto y le decía que no valía para nada.

Lucía lloraba en silencio y aguantaba los desplantes de su pequeño con entereza, pero por dentro sentía como si clavaran miles de cuchillos en su corazón.

La actitud de Arthur con su madre era el fruto de los años vividos junto a William, que la trataba así cuando llegaba a casa cegado por el alcohol. El niño imitaba a su padre y pensaba que aquella era la forma de hablarle a su progenitora.

Harta ya de que Lester no diera señales de vida y de las rabietas de su hijo, decidió escribirle una escueta misiva.

Apreciado señor Winterlove:

Tras deliberar en profundidad sobre el asunto que a ambos nos concierne, he decidido que no pondré impedimentos para que conozca y trate a Selter.

Pero he de advertirle una cosa, si lo daña, si le da miel para luego abandonarlo a su suerte, no volverá a verlo jamás, le juro que me encargaré de ello personalmente.

Atentamente,

Minerva Wallace

Minerva entregó la carta a un muchacho que les hacía recados de vez en cuando a las mujeres de la casa Miracle sin saber la dirección. El chico le prometió que movería cielo y tierra para averiguarla, que no se preocupase de nada.

Minnie vio marcharse al recadero con un solo pensamiento, «no me falles, amor…»

Culpable

Lester permanecía sentado junto a la cama, se sentía tan culpable…

Sujetaba la mano de su esposa mientras ella descansaba tendida en la cama.

La imagen de esta en un charco de sangre todavía golpeaba su mente. ¿qué la había llevado a intentar suicidarse?

Había estado tan cerca de perderla y no, aquello no podía ser. Ya había perdido a Davina, ahora no podía perder a su dulce Mary, la mujer que le había devuelto el color a su vida, que había conseguido que dejara de dar tumbos de un lado al otro como un paria.

Ahora era un hombre respetable, alejado de los rumores malintencionados y de las garras de la alta sociedad neoyorkina, que tanto le asqueaba.

Había estado a punto de perderlo todo por un imposible.

Amaba a otra mujer y ella tenía un hijo de él, a quien también amaba sin haberlo podido sostener en brazos siquiera por la negativa de su madre a dejar que él ejerciera su papel de padre por pleno derecho.

La odiaba por actuar tan egoístamente, no entendía por qué lo había torturado durante meses en los que no había hecho más que intentar ver a su hijo, sin suerte.

Quizá había llegado el momento de seguir con su vida, de ocuparse de Mary y de formar una familia con ella. Al fin y al cabo, para eso se había casado.

De pronto, sintió la mirada de su esposa posada en él.

—¡Mary, mi vida, por fin has despertado! —exclamó él besando su mano con suavidad.

—Lo siento, Lester. Perdí la cabeza… —balbució.

—No te tortures así, soy yo quien lo siente, no debería haberte dejado sola, he sido un mal esposo y un egoísta. Pero te prometo que cambiaré, que volveré a ser el hombre que fui —dijo él con decisión.

—Con que estés a mi lado me basta, te amo tal como eres —confesó ella.

—Mary, mi Mary… —susurró él sin soltar la mano de su esposa.

Ella tardó unos días en reponerse. Se había cortado las venas en su desesperación.

A Lester le había asustado la actitud de su esposa, ¿ponerle fin a su vida para aplacar su dolor o llamar su atención?, se preguntaba aquello una y otra vez.

Si no hubiera tirado la puerta abajo, Mary estaría muerta…, muerta…

Aquello retumbaba en su cerebro y lo obligaba a tomar una decisión.

Anhelaba el contacto con su pequeño, claro que sí, era su deseo más ferviente, pero su ausencia había provocado el intento de suicidio de su esposa, no podía volver a actuar de aquella forma.

Esperó a que su mujer se repusiera del todo para hablar con ella, había decidido contarle la verdad, quizá así, Mary entendería su malestar y lo apoyaría. Lo que no podía contarle era toda esa verdad, si su esposa llegaba a enterarse de que todavía amaba a la madre de su hijo podría ser su final y no quería cargar con otra muerte sobre sus espaldas.

Cuando llegó el momento, se sentó en el jardín con su mujer y le confesó que era padre de un precioso niño de cerca de cuatro años. Que se llamaba Selter y era el hijo de Minerva Vanderlight.

Mary no se lo tomó bien, esperaba que esta lo apoyara, pero, por el contrario, se mostró intransigente.

—Ese niño es un bastardo, solo los legítimos hijos que yo te dé tendrán la consideración de familia para mí. Además, ¿cómo sabes que no es de otro?, Minerva Vanderlight nunca fue una santa —espetó para sorpresa de Lester.

Su dulce Mary había cambiado, ¿o es que siempre fue así y no se había dado cuenta embarcado en su vida de nubes de algodón?

—¡¿Cómo puedes ser tan cruel?!, es solo un niño pequeño y es mi hijo, lo sé, lo siento aquí —dijo Lester señalándose el corazón.

—Es mi última palabra, si me amas, si de verdad quieres volver a ser el hombre que me hacía feliz, espero que sepas darle la espalda a lo que no te incumbe —sentenció antes de levantarse del banco donde permanecían sentados y encaminarse hacia la casa.

Días después, llegó una carta a la atención de Lester Winterlove. Pero él no se encontraba en su domicilio.

El muchacho que la trajo, dijo que solo se la podía dar a él, pero la mujer que le abrió la puerta insistió en que ella misma se la entregaría, que el señor tardaría todavía en llegar y tendría cosas mejores que hacer que esperar hasta el anochecer a la llegada del destinatario.

El recadero, no convencido del todo, se la entregó a aquella dama que le inspiraba tanta dulzura y que tenía una cicatriz reciente en la muñeca izquierda, cicatriz que ella misma tapó cuando vio que el chico la miraba fijamente.

Odio

Ese trozo de papel infernal hizo que la mente de Mary bullera en cólera.

—Esta maldita mujer quiere atraer así a mi esposo hacia ella. Le quiere endosar a su bastardo para poder tenerlo cerca y embaucarlo. Pero yo no se lo permitiré, claro que no. Lucharé por mi matrimonio hasta caer exhausta si hace falta, pero Lester se quedará a mi lado… —espetó Mary mientras caminaba de un lado al otro de la habitación.

Leyó la misiva por última vez y la lanzó a la chimenea. Observó como se quemaba y pensó que ese era su sitio, las llamas del infierno.

Lester entró en la estancia y se acercó a su esposa, para saludarla. Venía de casa de su tía Caroline, de aguantar uno de sus sermones por el dinero que seguía gastándose Lester en sus inventos imposibles.

Abrazó a Mary y la sintió rígida.

—¿Qué tienes?, te noto nerviosa —dijo entrecerrando los ojos.

Mary no pudo evitar dirigir la vista a la chimenea, donde los últimos restos de papel eran engullidos por el fuego.

Lester miró instintivamente al mismo sitio que ella y se encogió de hombros.

—No es nada, mi amor, solo estoy algo indispuesta, todavía me siento débil —mintió.

—Tienes que descansar, ya sabes lo que te dijo el doctor, perdiste mucha sangre y necesitas reponerte —dijo él apretándola de nuevo entre sus brazos.

Esta vez, su esposa sí respondió a las atenciones que él le brindaba con un sentimiento sincero de cariño.

—¿No crees que deberíamos hacer un viaje? —preguntó ella entonces.

—¿Un viaje?, ¿a dónde?

—Quizá a Europa, me encantaría conocer París —dijo ella con su habitual tono inocente.

Lester abrió mucho los ojos, sorprendido a la vez que contrariado.

—¿Es que no quieres viajar conmigo, amor? —preguntó ella con el ceño fruncido.

—No…, no es eso. Es solo que me ha sorprendido tu propuesta. Además, se acerca el Día de Acción de Gracias y me gustaría pasarlo aquí, con la familia —declaró él.

Mary ardía por dentro, sin embargo, lejos de mostrar sus verdaderos sentimientos, le respondió con un escueto y sumiso:

—Está bien…

—No te apenes, Mary. Quizá más adelante hagamos ese viaje, aunque Europa no es un lugar a dónde yo quiera volver —confesó él, a sabiendas de que allí no era más que un paria.

Tras pasar tres noches de ojos abiertos e intranquilidad, Mary decidió presentarse en la casa Miracle.

Era temprano, Lester trabajaba en el cobertizo, que había habilitado para crear los artilugios con los que intentaba cambiar el mundo y honrar la memoria de la difunta Davina.

En los últimos tiempos y desde que tuvo aquella experiencia con la médium Anne Miracle, había dejado un poco de lado su actividad. Sin embargo, se había dado cuenta de que no era solo el hecho de seguir el legado de su antiguo amor lo que lo movía a crear, era algo más.

Recordó a aquel muchacho joven lleno de proyectos, que vivía para y por sus inventos. Se percató de que se había dejado en el camino su verdadera vocación para crear lo que Davina hubiera esperado de él.

Desde que el alma de Davina le habló por medio de la señora Miracle, había retomado su antigua afición con otras intenciones, las de hacerlo para él mismo.

Ya no se embarcaba en grandes proyectos que terminaban en nada, por el contrario, los pequeños le eran más fructíferos.

Quería inventar para facilitarle la vida a las personas y eso era lo que estaba haciendo.

Aquella mañana no se enteró siquiera de la marcha de su esposa, esta tampoco se despidió. Se limitó a subirse al carruaje e indicarle al cochero su destino.

Cuando llegó a la casa Miracle, encontró a dos niños jugando en el jardín, uno de ellos debía ser Selter…, Selter…, las mismas letras del nombre de su marido, se había enfurecido al conocer el nombre del pequeño, escrito en la carta de Minerva.

Se aproximó para ver con más detalle y cruzó la pequeña puerta de la cerca que delimitaba el perímetro de la finca.

Enseguida vio al hijo de su esposo, la noche en que visitaron a la señora Miracle no se había fijado en el chiquillo, estaba demasiado decepcionada por no haber podido hablar con su madre,

como ella hubiera querido.

No era difícil deducir que Lester estaba en lo cierto, aquel niño era idéntico a él.

Pasó junto al pequeño y se paró cuando llegó a su altura.

El niño la miró a los ojos y le dedicó una sonrisa, que no era la de Lester, no…, era la de Minerva Vanderlight.

—Hola, señora…, ¿sabe que mi papá va a venir a verme pronto? —dijo el pequeño con alegría en sus ojitos.

Mary esbozó una sonrisa sarcástica y se agachó para quedar a su mismo nivel.

—Eso no ocurrirá, pequeño, tú no tienes padre —susurró ella pellizcándole la mejilla a Selter.

—Eso no es verdad, yo tengo un papá, mi mamá me lo ha dicho —sollozó el niño.

—Pues tu mamá miente… —dijo con malicia antes de seguir hacia la puerta de la casa.

El niño comenzó a llorar desconsolado, mientras el otro chiquillo, que era Arthur, lo consolaba como podía y le decía que no le hiciera caso a esa bruja.

—¿Crees que es una bruja? —preguntó Selter con inocencia.

—Sí lo creo, una bruja horrible —dijo Arthur con los brazos en jarras.

Doris le abrió la puerta a Mary, que preguntó de inmediato por la señora Vanderlight.

—¿La señora Vanderlight?, aquí no vive ninguna señora con semejante apellido —aclaró Doris.

—Es cierto, que ahora usa su apellido de soltera —soltó Mary acordándose de la nota donde Minerva firmaba con el apellido Wallace —. Es con la señora Wallace con quien quiero hablar.

Doris la hizo pasar al vestíbulo y le pidió que esperase.

Un minuto después, Minerva se acercó a ella.

—Señora Winterlove, ¿en qué puedo ayudarla? —preguntó Minerva con tensa amabilidad.

—Tengo que hablar contigo de la nota que llegó a mi casa hace unos días —anunció Mary quitándose un guante y jugando con este con la otra mano.

Ese gesto, a todas luces inconsciente, dejó a la vista lo que Mary quería que Minerva viera, su cicatriz.

Minerva la vio y entrecerró los ojos, pero no comentó nada a cerca de ello, se limitó a hacerla pasar al salón de las visitas.

Ambas se sentaron y Mary comenzó a hablar:

—He de pedirte un favor muy importante para mí.

—Te escucho —soltó Minerva intentando que su tono no sonara a la defensiva.

—Verás, Lester ha sufrido mucho desde que se enteró de la existencia de tu hijo, tanto que ha decidido poner tierra de por medio.

»Entenderás que nosotros somos un matrimonio feliz, un matrimonio que se ama por sobre todas las cosas.

»Lo que tuviera contigo en el pasado es solo eso, pasado, y ahora tiene un proyecto conmigo —dijo acariciándose el vientre.

—¿Estás encinta? —preguntó Minerva, sorprendida.

—Sí, lo estoy. Pero Lester todavía no lo sabe y quiero darle una sorpresa cuando sepa con seguridad que mi embarazo va hacia adelante.

»Verás, hemos tenido muchos intentos fallidos, dolorosos…, no quiero hacerle más daño a mi esposo.

—Te doy mi más sincera enhorabuena, pero no sé por qué me dices todo esto a mí —intervino Minnie.

—Tienes razón, Minerva, quizá no debería haber venido. Pero lo hago por el hombre que amo, que vive un infierno desde que se enteró de que tiene un hijo al que no ha atendido como debiera.

—No sé a dónde quieres llegar con todo esto… —masculló Minerva.

—Solo quiero que lo liberes de una carga que no le corresponde, al fin y al cabo, hasta hace bien poco, él no sabía de la existencia de Selter.

»Por ello te pido este favor, no me gustaría que mi pequeña familia se desmembrara a causa de un hijo aparecido de la nada.

Minerva se enfureció con las últimas palabras de Mary.

—Mi hijo no ha salido de la nada. Es fruto del amor que se tuvieron sus padres.

—Pero fue hace mucho tiempo, y ahora tú tienes tu vida y Lester la suya, además, un niño ha de tener una familia estable, no puede ir de un lado al otro.

»Conozco lo suficiente a mi esposo para saber que él querrá que el pequeño Selter viva con nosotros y con su nuevo hermano. Si lo miras bien, te estoy haciendo un gran favor, ¿no crees? —argumentó Mary acariciándose su cicatriz.

Minnie se enervó, su temor más atroz se materializaba en las palabras de Mary Winterlove. Es más, ¿por qué esta no hacía más que intentar enseñarle esa cicatriz?, se moría de la curiosidad, pero se mantuvo en sus trece y no comentó nada.

—¿No dices nada? —preguntó Mary ladeando la cabeza.

—Está bien, ¿qué propones? —preguntó Minerva, desafiante.

—Que le digas a mi esposo que nunca fue nada para ti y que ese hijo no es suyo.

Minerva, que tenía ganas de abalanzarse sobre aquella mujer con cara de ángel y alma de diablo, respiró hondo para tranquilizarse y dijo con aplomo:

—De acuerdo…

Cambio de vientos

Desolación es lo que sintió Minerva al marcharse la agridulce Mary. ¿Qué le diría ahora a su pequeño?, ¿que su padre no deseaba verlo?, ¿que le había mentido y él en realidad no tenía padre?

Eran preguntas que se agolpaban en su cabeza, sin llegar a encontrar una respuesta para cada una de ellas.

De pronto, los sollozos de su pequeño llegaron a sus oídos.

Minerva salió al jardín y lo localizó sentado en un banco.

—¿Qué te ocurre, mi vida? —le preguntó sentándose junto a él.

El niño se alejó de ella como si su sola cercanía le repugnara.

—¡Mentirosa!, ¡eres una mentirosa y eres mala! —exclamó Selter.

—No me hables así, Selter Wallace —espetó ella levantándose con ímpetu y señalándolo con un dedo.

—¡Eres mala! —repitió el niño—, me lo ha dicho la bruja, que no tengo papá y que eres una mentirosa —le reprochó el pequeño.

—Hijo mío, esa bruja es la que miente, tú si tienes un papá y te aseguro que vendrá a verte —masculló Minerva, que empezaba a entender qué habría podido ocurrir.

Le había «prometido» a esa mujer que desengañaría a Lester, que le diría que Selter no era en realidad hijo suyo. Pero no podía tolerar que se hubiera atrevido a meterle ideas malvadas a su pequeño en la cabeza y si se trataba de su criatura, era capaz de todo, hasta de obviar una promesa hecha a alguien que no tiene corazón al intentar dañar el de un niño.

Decidió hablar con Lester, pero la nota que había escrito la había interceptado Mary, estaba segura de que ni siquiera se la habría entregado. Tenía que intentarlo de nuevo, pero en esta ocasión le encomendaría a su recadero una tarea más peliaguda.

—Tienes que hablar directamente con el señor Winterlove. Tendrás que esperar a que este salga de la casa y tienes que asegurarte de que nadie te vea.

—¿Ni siquiera la mujer de la cicatriz en la muñeca? —preguntó el muchacho rascándose la cabeza.

—Ella es la más peligrosa, si la ves, no hagas nada y vuelve aquí.

—Siento no haber cumplido la vez anterior, señora Wallace, pero no me pareció una amenaza aquella mujer. Creí incluso que era una sirvienta, por su forma de atenderme —apuntó el recadero.

—Créeme, lo único que no tiene de amenaza es su carita de porcelana —dijo Minerva con sarcasmo.

—A sus órdenes, señora Wallace. ¿Qué tengo que decirle al señor Winterlove? —preguntó el muchacho, solícito.

—Dile solo que su hijo quiere verle y que espero que no lo decepcione. También déjale claro que su esposa no debe saber nada del asunto, ¿de acuerdo?

El muchacho asintió y se despidió de Minerva para ponerse en camino hacia la casa del padre de su pequeño.

Cuando llegó a su destino, vio a Lester salir de su finca a caballo. El muchacho, que iba en bicicleta, intentó alcanzarlo mientras gritaba su nombre. Sin embargo, Lester parecía no escucharlo.

El recadero se rindió y decidió quedarse en las inmediaciones de la finca para esperar a Lester.

Se sentó debajo de un árbol y el sueño lo venció. Una voz conocida lo despertó.

—¿Qué haces aquí, muchacho? —preguntó la mujer de la cicatriz con cara de pocos amigos.

El chico balbució palabras sin sentido, no supo reaccionar a tiempo y Mary le dijo que se alejara, o lo denunciaría por haber intentado entrar a su casa a robar.

—Yo no he hecho tal cosa —se defendió el muchacho levantándose del suelo.

—Eso me trae sin cuidado, estás en mis tierras y quiero que te vayas ahora mismo —anunció Mary con desdén.

—De acuerdo, señora, ya me marcho… —gruñó el recadero subiéndose en su bicicleta.

—Y dile a Minerva que hicimos un trato, si lo rompe tendrá que atenerse a las consecuencias —sentenció Mary.

El muchacho se dirigió de nuevo a la ciudad y cuando llegó a la casa Miracle tragó saliva, ¿qué le iba a decir a la señora Wallace?, en fin, se armó de valor y llamó a la puerta de la casa, pero no encontró lo que esperaba, había ocurrido una tragedia.

Lucía lloraba a mares mientras Minerva la consolaba.

La noticia había salido en el Nueva York Daily, de la pluma del mismísimo John Hillwater. Estaba consternado por la trágica muerte del señor William Winterlove, una gran persona y amigo, según él.

William se había suicidado, colgándose de una viga de la buhardilla de su casa en Murray Hill.

—Sabía que podía pasar, que Will podía quitarse la vida, y no hice nada. Lo dejé solo, a su suerte —gimoteó Lucía.

—Tú no tienes la culpa de nada, Lucía. Él ha decidido ponerse la soga al cuello, y lo ha hecho por su propia voluntad —dijo Minerva.

—Iba a perder la casa, Minerva, me dijo que no lo soportaría si llegaba a pasar.

»En los últimos tiempos estaba muy nervioso, no decía nada, pero cuando bebía, y lo hacía con más asiduidad, soltaba la lengua y lloraba porque decía que estaba arruinado.

»Luego la emprendía conmigo cuando intentaba consolarlo, y yo tenía que encerrarme en la habitación con Arthur, para que nos dejara en paz.

»Decía que yo tenía la culpa de todo, que no era como tú, que tú sí eras una mujer que atraía la abundancia.

—Eso es absurdo, Lucía. Además de mezquino. ¿En serio vas a culparte por la mala cabeza de otra persona?

»Tú has hecho lo mejor que podías hacer por tu hijo, sacarlo de aquella casa en la que no podía ser feliz.

—Lo dejé solo, Minerva, y no me lo perdonaré en la vida —dijo Lucía volviendo a la carga y llorando con mucha más intensidad.

—En fin, no puedo convencerte para que abras los ojos, pero piensa en mis palabras, tú no eres el verdugo de nadie —sentenció Minerva antes de acercarse al recadero, que se mantenía de pie en el vestíbulo esperándola para hablar con ella.

—Señora Wallace, me ha sido imposible hablar con el señor Winterlove, la bruja me ha echado de su propiedad —balbució el muchacho.

Minerva estuvo a punto de estallar en carcajadas, la bruja, así la llamaba también su pequeño, pero se mantuvo seria y le reprendió:

—¡Te dije que te aseguraras de que no te viera ella!

—Lo sé, señora, pero esa mujer está en todas partes y me sorprendió —se excusó él.

—¿Qué estarías haciendo? —preguntó ella cruzándose de brazos.

—Vigilar, estar al pie del cañón, se lo juro, señora Wallace —dijo el chico con decisión.

—Anda, vete a tu casa y ya veré qué se me ocurre —dijo Minerva despidiendo al recadero.

Estaba claro que no iba a ser tan fácil comunicarse con Lester, tendría que ir ella personalmente a su encuentro, ya haría lo posible por esquivar a la implacable Mary.

∞∞∞∞

La mañana en que enterraron a William despertó serena. Solo una suave brisa acariciaba el rostro de Minerva, Lucía y Anne, que se encaminaban junto a Arthur y Selter al cementerio.

Minerva pensó que su presencia allí sería la comidilla de la alta sociedad, que con seguridad acudirían al sepelio del que había sido su «amigo».

Sin embargo, la sorpresa de las tres mujeres fue mayúscula, cuando solo vieron un pequeño grupo de personas alrededor del agujero donde iban a enterrar a su antiguo esposo. Porque, aunque siguiera casada con él, para Minerva hacía mucho tiempo que dejó de serlo.

Los asistentes eran: los Perc, los Hillwater y los Allbright, que eran sus amigos más cercanos. Del resto de buitres que siempre habían estado pegados a sus espaldas, ni rastro. Ni siquiera sus socios estaban allí. El morir arruinado era motivo suficiente para que ni siquiera les interesara despedirlo.

Cuando Minerva vio a Violette, después de tanto tiempo, no pudo menos que echarse a sus brazos.

—Mi querida amiga… —susurró Violette en su oído.

Al separarse, Violette se acercó a Anne y también la abrazó.

—Mi niña, mi pequeña Violette —sollozó Anne.

Madisson observaba la escena con los ojos entrecerrados, señal inequívoca de que estaba intentando adivinar qué unía a las dos mujeres.

Violette se dirigió a su esposo y dijo con determinación:

—Esta es Anne Miracle, te he hablado mucho de ella, fue la mujer que me crio cuando mi madre murió.

Todos abrieron la boca, sorprendidos.

Siempre había existido un misterio sin resolver en cuanto a los orígenes de Violette, pero ella guardaba su pasado celosamente encerrado entre los muros de su corazón.

Tenía demasiado miedo a ser repudiada o considerada una nueva rica por sus orígenes humildes, mas ya había superado esos temores. La valentía de su amiga Minerva había contribuido a ello. Además, se sentía en deuda con la que fue como una madre para ella, jamás tendría que haberle dado la espalda, pero lo hizo, no obstante, había comprendido que avergonzarse de tu procedencia es el peor de los pecados, por suerte, podía redimirse.

La piel del cordero

Para Mary, la rotura del pacto que ambas hicieron merecía una represalia.

Le había pedido a su marido en innumerables ocasiones irse de viaje para poder alejarse de todo, más bien, para alejarlo de su hijo.

La pareja llevaba tiempo intentando un embarazo que nunca llegaba, por nada del mundo, aquel pequeño bastardo le quitaría el sitio a ninguno de sus futuros hijos, legítimos herederos de la fortuna de los Winterlove cuando Lester muriera.

Con el fin de conseguir sus pretensiones, Mary le anunció a Lester que estaba embarazada.

—Estoy demasiado nerviosa y débil todavía, un cambio de aires nos vendrá bien a ambos, pero sobre todo, al bebé.

Lester, sentado en el sillón de su despacho, la observaba extrañado; algo no le cuadraba. Habían sido demasiados intentos infructuosos de ser padres y, de pronto, ella le comunicaba su embarazo, justo cuando él le había revelado su anterior paternidad.

—¿No estás contento, mi vida? —preguntó ella con su habitual expresión de inocencia.

—Sí, Mary, soy muy feliz —dijo para contentarla.

—Es por eso por lo que insisto tanto en que nos marchemos una temporada, me gustaría ir a Europa, no hace falta que sea París. Quizás a un balneario o un lugar para descansar, todo sea por nuestro bebé. ¿No te parece?

Lester asintió con la cabeza.

—Entonces, ¿le darás a tu esposa este capricho? —preguntó mimosa.

—Está bien, Mary, viajaremos a Europa —aceptó Lester, todavía con la mosca detrás de la oreja.

Mary rodeó la mesa del despacho y le dio a su esposo un sonoro beso en los labios. Después abandonó el despacho con la actitud de una niña que ha conseguido un nuevo juguete.

Ella tenía un plan y lo iba a ejecutar a la perfección, nada ni nadie enturbiaría su felicidad.

Recordó la última discusión con su madre, esa de la que no estaba orgullosa y que la hacía sentirse enormemente culpable.

Adoraba a su progenitora y jamás imaginó que no podría reconciliarse con ella, si aquella maldita situación no se hubiera producido, Lester jamás habría sabido de la existencia de su hijo.

Para ella, era un castigo de Dios por haber sido tan desconsiderada con su madre.

Fue precisamente por sus medios para conseguir todo lo que se proponía, que Myriam la reprendió aquel día:

—No haces más que hablarme de la fortuna de los Winterlove, Mary. ¿Es que es solo eso lo que te mueve en tu matrimonio? —preguntó su madre, que la observaba parlotear sin parar desde hacía al menos veinte minutos sobre el mismo tema.

—Sabes de sobra que amo a mi esposo —espetó Mary, enfurecida.

—¿Eres consciente de que la avaricia es un pecado, verdad, hija? —preguntó su madre cruzándose de brazos.

—Un pecado…, ¿no es mayor pecado no pensar en el futuro, madre?, al fin y al cabo, mi esposo no tiene un trabajo remunerado, más allá del dinero que nos proporciona su tía cada mes para que podamos tener una vida acomodada. Al menos, contaremos con la herencia de Caroline Winterlove cuando esta ya no esté —soltó Mary para sorpresa de su progenitora.

—¿Cómo puedes ser tan interesada, Mary?, yo no te eduqué así.

—¿Cómo lo hiciste entonces, madre?, tu matrimonio fue arreglado, al igual que el mío, ¿o es que acaso te casaste con un hombre pobre? —la desafió Mary.

—No tuve otra elección, hija. Además, bien caro lo pagué, mi matrimonio fue un infierno. Por suerte, el tuyo no es así, Lester es un buen hombre —se excusó Myriam.

—Mi padre también lo era, madre —espetó Mary.

—Tu padre poseía algo en común contigo, hija. La piel de cordero.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Mary, enfurecida.

—Que vuestra cara de ángel solo es fachada, que no corresponde con la realidad. Solo espero que tu interior no sea como el del hombre que te dio la vida —argumentó Myriam, con resignación.

Mary explotó y madre e hija se enzarzaron en una discusión llena de reproches, discusión acalorada que hizo que Mary se marchara aquel día deseándole la muerte a esta.

Al día siguiente, un empleado de su progenitora llamó a la puerta de su casa para darle la peor noticia que Mary podía escuchar, su madre había muerto.

El recuerdo de su madre la sumió en un mar de lágrimas. Era tan injusto. Todo lo era en aquel momento en su vida.

Lester parecía estar en otro lugar desde que se enteró de la existencia de su hijo, además, en su cabeza, la idea de que él todavía tenía sentimientos por Minerva Vanderlight no dejaba de dar vueltas. Eso la enfurecía por momentos. Es más, ¿cómo se había atrevido esta a enviar a su recadero para que, con toda seguridad, hablase con su esposo sin ser interceptado por ella?

Sus acciones tendrían consecuencias y quería hacerle daño a Minerva, y, ¿qué puede hacer más daño a una mujer?

Entrecerró los ojos y se decidió a seguir con su maquiavélico plan para conseguir sus propósitos, tener una familia feliz sin cargas del pasado.

El dolor más grande

Selter y Arthur jugaban, como siempre, en el jardín de la casa Miracle, que tenía una extensión suficiente como para que ambos pudieran dar rienda suelta a sus juegos.

No es que fuera muy grande, pero a ojos de un niño, era inmenso.

En él se sucedían las más intrincadas batallas bélicas inducidas por la gran imaginación de los pequeños.

Aquel día jugaban a luchar con unos palos de madera a modo de espadas.

Lucía los observaba desde la ventana de la cocina, mientras secaba la vajilla que había lavado después del desayuno.

Los escuchaba reír y jugar ajenos a todo lo que ocurría fuera de su pequeño mundo. Incluso se alegraba de que Arthur no estuviera tan apenado como ella por la muerte de su progenitor, al fin y al cabo, jamás se había mostrado especialmente cariñoso con el niño, en ocasiones, parecía que le sobraba, algo que a ella le dolía sobremanera.

Ahora William estaba muerto, muerto… todavía era incapaz de creerlo.

Las lágrimas acudían a sus ojos, sin poderlo remediar, varias veces al día y, de nuevo, aquella era una de esas ocasiones.

Se secó las lágrimas con el delantal y se sentó en una silla, ¿cuándo cesaría aquel sentimiento de culpa?

El duelo era algo que todos le decían que remitiría, sin embargo, ella había tenido que pasar por dos muertes en un corto periodo de tiempo. Primero, su madre, que había muerto sola, tras abandonar la casa donde ella vivía con William, por gritarle la verdad a la cara, verdad que ella no quería reconocer. Ahora sabía que su progenitora tenía razón, que Will no la amaba y que no había sido más que una concubina para él.

De pronto, se percató de que las risas y la algarabía de los pequeños Arthur y Selter ya no se oían, por el contrario, el trino de los pájaros y el sonido de la suave brisa era lo único que escuchaba.

Lucía salió al jardín e intentó localizar a los niños sin suerte. Un mal pálpito acudió a ella y

entró en la casa llamando a voces a Anne y a Minnie.

Estas acudieron al momento alertadas por los gritos de Lucía.

—¿Qué ocurre, muchacha? —preguntó Anne, que fue la primera en hacer acto de presencia en la cocina, con la mano en el pecho y la respiración agitada.

—Los niños, no están en el jardín —anunció Lucía con lágrimas en los ojos y la desesperación en su cansado rostro.

—Ya sabes cómo son, quizá te estén gastando una broma y se hayan escondido dentro de la casa —intentó tranquilizarla Minerva.

—No lo creo, estaban frente a la casa, jugando con unos palos que están ahí fuera, en el suelo. Además, los hubiera visto entrar, muy sigilosos tendrían que ser para que no los descubriera —argumentó Lucía.

Minerva comenzó a llamar a los pequeños y a buscar por la casa, Lucía y la señora Miracle hicieron lo mismo, mas no los hallaron en sitio alguno.

Las tres recorrieron el jardín y salieron a buscarlos por las inmediaciones, pero los niños no aparecían, se habían esfumado.

—No puede ser… —balbució Minerva—, se han escapado.

Lucía la miró con consternación, pues ella pensaba exactamente lo mismo. Los dos pequeños llevaban semanas muy descontentos con sus respectivas madres y quién sabe qué se les habría pasado por la cabeza.

Sus vecinos se unieron a la búsqueda en cuanto se enteraron de la desaparición de los niños, fue mucha la gente que se ofreció para colaborar, pero no había ni rastro de los chiquillos.

—Tenemos que avisar a la policía —anunció Anne.

Lucía y Minnie asintieron con la cabeza, ambas estaban aterradas.

De pronto, una voz demasiado conocida se coló por los oídos de Minerva. Era él, Lester.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó alertado por las palabras de la señora Miracle.

—Nuestro hijo, Lester, ha desaparecido —dijo Minnie con lágrimas en los ojos y el corazón desbocado.

—Los dos pequeños se han marchado juntos, creemos que se han escapado —apuntó la señora Miracle.

—¿Por qué harían algo así? —preguntó Lester sintiéndose estúpido por su pregunta.

Minerva le lanzó una mirada asesina, ella creía saber por qué el pequeño Selter había huido,

quizá en busca de su padre, ese padre que no lo visitó.

—Nos vamos —anunció Minerva agarrando el brazo de Lucía, que parecía ausente por el dolor y la preocupación que albergaba su alma.

—Yo os llevaré —sentenció Lester señalando su carruaje.

—No es necesario, ya no… —soltó Minerva, furiosa.

—No es momento de hacer uso del orgullo, querida —la reprendió Anne.

Tenía razón, claro que Anne la tenía, sin embargo, Minerva no podía dejar de culpar a Lester por su prolongada ausencia. No obstante, tenía que pensar con la cabeza fría y que Lester las llevara a su destino era la opción más rápida y coherente.

Minerva y Lucía se subieron al carruaje y los tres se pusieron en camino.

Cuando estuvieron ante el agente para denunciar la desaparición de los niños, este no pareció muy preocupado, es más, le quitó importancia al asunto, incluso llegó a mofarse de las dos madres, que estaban desesperadas por encontrar a sus hijos.

—Son muy pequeños, señor —espetó Minerva.

—Señora, seguro que es una travesura y cuando lleguen a casa los encuentran allí esperándolas, entiendan que hay asuntos más importantes que atender —señaló el policía, hastiado por los reclamos de las dos mujeres.

—Agente, como le ha dicho la señora Wallace, son muy pequeños. ¿Quién sabe qué ha podido ocurrir?, quizá alguien se los haya llevado contra su voluntad, entienda la desesperación de las damas, ¿o es que usted no tiene hijos? —preguntó Lester conteniéndose para no gritarle en la cara al policía lo que pensaba de él.

—Señor, como ya le he dicho a la señora, hay asuntos más importantes que atender. Vuelvan mañana si no aparecen durante la noche. Ahora, apártense, hay más gente esperando —espetó el policía con desprecio.

—¡¡Parece que no ha entendido la envergadura del asunto, agente!! ¡¡Dos niños pequeños han desaparecido, uno de ellos es mi hijo!! ¡¡Así que no me diga que espere una noche entera, no le pida eso a estas dos mujeres, porque es del todo cruel!! —bramó Lester perdiendo la paciencia.

—¡¡¡No me grite, señor, tenga respeto por la autoridad o usted pasará la noche encerrado en el calabozo!!! —gritó el policía, poniéndose rojo y señalando a Lester con un dedo inquisidor. Estaba fuera de sí.

—¿Qué ocurre aquí, Piest? —preguntó una voz autoritaria.

Piest, el policía que hasta hacía un momento estaba gritando y amenazando con meter a Lester en el calabozo, ahora balbucía incoherencias.

Lester le lanzó una mirada airada a Piest y se dirigió al hombre que tenía delante, que no era otro que el jefe de policía.

—Nuestros hijos han desaparecido —anunció, y luego añadió—: y este energúmeno nos dice que debemos esperar toda la noche.

—Vengan a mi despacho —dijo el superior de Piest con determinación.

Los tres siguieron al hombre por los intrincados pasillos del edificio hasta llegar a una puerta en la que se podía observar una placa, era ni más ni menos que el jefe de policía, David Peters.

Minerva estaba tan cegada por el pánico que le producía que su pequeño estuviera en las calles de la ciudad, sin su protección, que no había caído en la cuenta de quién era el hombre que los iba a atender.

Era un antiguo amigo de William, que había asistido a alguna de sus fiestas cuando Minerva estaba casada con él.

Peters era uno de los amigos del pasado de su difunto esposo, de los únicos que conservaba de cuando todavía era un muchacho lleno de ilusiones, sin posibles.

—¿Señora Vanderlight? —preguntó Peters entrecerrando los ojos.

Peters le aclaró a Minerva quién era y esta le rogó que los ayudase a encontrar a los niños, no tenía tiempo para molestarse en rememorar los momentos vividos con aquel hombre, solo necesitaba su ayuda incondicional.

—Haremos todo lo posible para encontrar a sus pequeños, me ocuparé personalmente de que así sea —anunció Peters.

Lucía y Minerva se abrazaron entre lágrimas, pero con una pequeña llama de esperanza en sus ojos.

La bruja con cara de ángel

El pequeño Selter lloraba desconsolado. Un secuaz de la bruja se lo había llevado, tapándole la boca y corriendo con él en brazos, para meterlo en su carruaje y desaparecer dejando una estela de polvo a su marcha.

Arthur, que observaba la escena, aterrado, corrió tras el hombre sin que este se percatase y se sentó en la parte de atrás del carro, en un pequeño saliente, agarrándose con todas sus fuerzas, para no caerse, a las compuertas traseras.

Selter no había ofrecido resistencia al ser secuestrado por aquel individuo, por el contrario, estaba lánguido, pues lo habían desarmado con cloroformo, que en principio lo dejó atontado y luego lo hizo caer en un sueño profundo.

Cuando despertó, se halló en un cobertizo oscuro y maloliente.

Llamó a su madre sin suerte, nadie…, nadie estaba allí con él. Se sentía solo por primera vez en su corta vida y tenía miedo, muchísimo miedo.

Comenzó a gritar y a llorar, aterrado, pero nadie le respondía, ¿qué estaba pasando?, ¿sería un castigo por haberse portado mal?

De pronto, la puerta se abrió y una voz que le era familiar le habló.

Era de noche y la luna iluminó el rostro de su captora. Era la bruja.

—Ya…, ya deja de llorar, ¿no te han dicho nunca que los hombres no lloran? —preguntó su secuestradora dedicándole una sonrisa ladina.

—¿Dónde está mi mamá? —preguntó Selter, aterrorizado.

—Tu mamá no te quiere, por eso estás aquí —contestó la horrible mujer.

—Mi mamá sí me quiere, sí me quiere. Vendrá y luchará contigo, mi mamá es una luchadora, todos lo dicen —dijo el pequeño entre llantos.

—Valiente luchadora…, ahora sabrá lo que implica incumplir un pacto —espetó Mary mientras se paseaba alrededor de Selter como si fuera una fiera a punto de abalanzarse sobre su presa.

—¡Sí lo es, mi mamá es buena, no es una bruja como tú! —exclamó el niño con la respiración entrecortada de tanto llorar.

—No, niño…, la bruja es tu madre. Es una mala mujer que quiere destrozar mi familia, comprenderás que deba tomar medidas para defenderla —dijo Mary mientras seguía con su paseo amenazante.

—Quiero irme a mi casa con mi mamá y con Anne, ellas sí son buenas, tú eres mala, muy mala —balbució el chiquillo entre hipidos.

—Dios, qué dolor de cabeza, ¿sabes qué?, creo que lo mejor será que duermas un rato, ya pensaré luego qué hago contigo —espetó Mary acercándose al niño y tapándole la boca de nuevo con un paño empapado en cloroformo.

El niño balbució palabras inconexas durante unos minutos, hasta que se quedó inconsciente.

∞∞∞

De vuelta a la casa Miracle, Minerva, Lucía, Lester y Anne se dispusieron a pasar una larga noche a la espera de noticias por parte del jefe de policía, que les prometió que haría todo lo que estuviera en su mano para localizar a los niños.

Minerva se resistía a volver a la casa, pero Lester la convenció de que así, si su pequeño regresaba, ella estaría allí para recibirlo.

—No puedo quedarme sentada esperando mientras mi hijo está solo quién sabe dónde y con quién —decía una y otra vez con desespero, estaba verdaderamente asustada.

Su intuición le decía que algo muy malo iba a suceder y no veía el momento de volver a abrazar a su pequeño. Prefería mantener la esperanza viva, no pensar en lo peor, pero su mente le jugaba malas pasadas y todo el tiempo visualizaba imágenes catastróficas que le helaban la sangre.

Lucía, por su parte, no dejaba de culparse por haberlos descuidado mientras se sumía en sus pensamientos más profundos, llevada por un sentimiento de culpa que no le pertenecía.

Lester se sentía como si le hubieran arrancado sus extremidades, pero intentaba dar una imagen de entereza, alguien debía hacerlo.

No había tenido contacto con su hijo más allá de verlo desde lejos o un momento el día que lo conoció y supo al instante que ese niño tenía un vínculo especial con él, era tan fuerte lo que sintió al verlo y tan evidente el parecido, que jamás dudó de su paternidad.

El reloj marcaba las horas con lentitud, cada tictac de aquel viejo artilugio se espaciaba en el tiempo y el nerviosismo crecía por segundos.

Anne convenció a Lucía para que se acostara, le hizo una tisana para que pudiera dormir, pues la muchacha estaba consumida por la ansiedad que le provocaba lo ocurrido. Arthur era lo único que tenía, además de un pedacito de William, el hombre que había amado más que a su propio esposo, incluso.

Lester y Minerva se quedaron solos en la sala, en un silencio solo quebrado por el maldito tictac. Fue Lester quien rompió este silencio.

—¿Qué crees que ha podido ocurrir? —le preguntó a Minerva cruzándose de brazos.

Minerva le dedicó una mirada que Lester no supo identificar y soltó:

—Le conté la verdad, que tenía un padre y que este iba a venir a verle.

»Por tus continuas visitas, pensé que no habría ningún problema, que Selter podría conocerte y tú a él.

»Pero dejaste de visitarnos y Selter no lo llevó bien, estaba tan ilusionado por conocer a su padre…

El corazón de Lester dio un vuelco, había estado tan preocupado por su esposa que se había olvidado del mundo. Sin embargo, de saber que al fin Minerva había aceptado que él se relacionara con su hijo, hubiera acudido, claro que lo hubiera hecho…

—¿Por qué no me lo comunicaste? —preguntó Lester sin poder evitar una expresión de reproche.

—Lo hice, Lester. Envié al chico de los recados para que te entregara personalmente una carta, pero fue Mary quien la recibió.

—¿Mary? —preguntó Lester, extrañado.

Minerva asintió con la cabeza.

—Al no recibir respuesta y movida por el disgusto de Selter, envié de nuevo al chico a tu casa, para que te esperara si era menester y te diera mi mensaje, pero ella lo echó de allí y lo amenazó con llamar a la policía —relató Minerva.

No quería llegar a eso, a acusar a Mary frente a Lester, pero estaba demasiado dolida por la desaparición de su hijo y nada le quitaba la idea de que ella tenía parte de culpa de la escapada de su hijo que, con toda probabilidad, habría sido provocada por la ausencia de ese padre que no se había dignado a venir a conocerlo.

Lester no podía creerlo, pero empezaba a entender la insistencia de Mary en hacer aquel maldito viaje. ¿Es que acaso no conocía a la mujer que había sido su esposa durante tanto

tiempo?, ella era dulce y buena, una persona entregada que solo le había dado alegría y sentido a su vida. ¿Quién era la verdadera Mary?, ¿la mujer con cara de ángel llena de bondad, o el diablo encubierto en una muñeca de porcelana?

Se había intentado quitar la vida por él, por sus desaires en las últimas semanas. Se sentía tan culpable que no podía calibrar la envergadura de los actos de su esposa.

Pero eran escalofriantes…, lo eran.

En llamas

Unos toques en la puerta principal alertaron a nuestros protagonistas, que seguían en la sala sumidos en la desesperación.

Anne se había pasado la mayor parte de la noche rezando, adoraba a los pequeños y por nada del mundo querría que les ocurriera nada malo. Eran lo más parecido a unos nietos que ella jamás pudo tener.

Minerva y Lester, tras su corta conversación, habían dejado de hablar si no era para intentar elucubrar cuál sería el paradero de los niños.

Volvamos al momento en que alguien llamó a la aldaba:

Minerva abrió los ojos, esperanzada, y corrió hacia la puerta, pero Doris ya se había encargado de abrirla.

Ante ellas, un hombre al que desconocían llevaba de la mano a uno de los chiquillos.

Una punzada de dolor cruzó el pecho de Minerva, solo habían encontrado a Arthur que, sucio y con la cara congestionada por haber llorado, se abalanzó sobre ella.

—¿Dónde está Selter? —fue solo capaz de preguntarle al chiquillo.

—Lo tiene la bruja, lo tiene la bruja, señora Wallace —balbució entre hipidos y llanto.

—No ha dejado de decir las mismas palabras desde que lo encontraron en un camino. Pedía ayuda y decía que una bruja se había llevado a su amigo, que necesitaba llegar a la casa Miracle.

—¡¡Dios mío, mi pequeño!! —exclamó Lucía que bajaba las escaleras con celeridad.

Se abrazó a su hijo con fuerza mientras repetía una y otra vez:

—No me lo vuelvas a hacer, ¿me oyes?, no vuelvas a desaparecer —le reprendió ella mientras besaba la cabeza de su hijo y lo apretaba contra su cuerpo.

—Parece que los niños no se han escapado, señora Sánchez —intervino Lester.

—¿Qué ha ocurrido?, ¿dónde está Selter? —preguntó Lucía, preocupada.

—Mamá, a Selter lo raptó un secuaz de la bruja, yo me subí al carruaje y me quedé allí para ver dónde se lo llevaban.

»Ahora Selter está con la bruja y lo tiene encerrado en un cobertizo.

»Quise ayudarlo, pero yo no podía abrir la puerta. Por eso busqué ayuda, esa mujer es muy mala y quiere hacerle daño a mi amigo —anunció el chiquillo.

—La bruja…, ¿quién es esa bruja, Arthur? —pregunto Lester agachándose delante del chiquillo, que todavía seguía abrazado a su madre.

—Es una mujer mala que vino hace días y le dijo a Selter cosas horribles que lo hicieron llorar.

—*¡Eres mala!, me lo ha dicho la bruja, que no tengo papá y que eres una mentirosa.*

Las palabras de Selter cruzaron la mente de Minerva que apretó los puños, furiosa.

—¡La bruja…, Lester, esa bruja de la que el niño habla es tu esposa, es Mary! —exclamó Minerva.

Lester, sorprendido, la observó con el entrecejo fruncido.

—No puede ser, Mary sería incapaz de dañar a un niño —dijo Lester negando con la cabeza.

—¡Llévame a tu casa, Lester Winterlove, llévame ahora mismo y más le vale a esa desgraciada no haberle tocado un pelo a mi hijo, de lo contrario acabaré con ella con mis propias manos! —bramó Minerva.

Lester asintió con la cabeza, todavía abrumado por todo lo que estaba descubriendo de Mary. Su Mary, aquella dulce mujer que siempre estaba junto a él en las duras y en las maduras.

—¿Cómo he podido estar tan ciego? —masculló sin percatarse de que lo había dicho en voz alta.

—Todos lo hemos estado, Lester, incluida yo. La comodidad nos vuelve ciegos, sordos y anula nuestra voluntad —sentenció Minerva.

Minerva se subió al carruaje de Lester y ambos se pusieron en marcha hacia la casa de este, si algo tenía claro Minerva es que lucharía con uñas y dientes por su hijo, aunque en el intento por protegerlo se dejara su propia vida.

Era cerca del mediodía cuando llegaron a la propiedad de Lester.

Catherine les dijo que Mary había salido esa mañana bien temprano y que no había dejado ninguna nota para él.

La sirvienta observaba extrañada a la mujer que acompañaba a su patrón. Estaba demasiado

nerviosa y no dejaba de apretar sus manos cerradas haciendo crujir sus nudillos.

La actitud de la empleada alertó a Minerva, que no quedó convencida con la excusa que esta le había dado y la encaró:

—Si sabe algo, no se lo calle. Mi hijo está en manos de esa mujer y tenemos que descubrir dónde lo tiene antes de que se le ocurra cometer una locura.

—Yo…, yo no sé nada. La señora salió esta mañana sin decir a dónde iba, ya se lo he dicho —se excusó la sirvienta.

—¿Está segura, Catherine? —preguntó Lester.

Catherine estaba cada vez más nerviosa y el tono rojizo de sus mejillas delataban su vergüenza.

—Te lo diré una vez más, si sabes algo, el momento de decirlo es este. La vida de un niño de tres años está en juego. Tres años, Catherine —intervino Minerva en un intento de que la sirvienta se ablandara.

—Yo no tengo la culpa, no la tengo. La señora me amenazó con despedirme y hacer que no volviera a trabajar en ningún sitio más, dijo que me arruinaría la vida si hablaba —confesó al fin Catherine.

—Hable ya, Catherine, ya tendrá tiempo de darme las explicaciones pertinentes —espetó Lester con decisión.

—Está en el cobertizo donde el antiguo guardés de la finca guardaba las herramientas —soltó sabiéndose sin otra opción.

Minerva y Lester le dieron la espalda y, a la carrera, salieron de la casa.

—Sígueme, es por aquí —ordenó Lester.

Minerva hizo lo propio, levantándose la falda para poder correr con facilidad por el mullido terreno arado que conducía al cobertizo.

De pronto, un nuevo revés les dio a ambos directamente en el corazón. El cobertizo estaba en llamas.

—¡¡Dios mío, Lester, nuestro hijo!! —exclamó Minerva mientras corría con todas sus fuerzas, su vestido y los incómodos zapatos no le facilitaban las cosas.

Lester se adelantó y cuando estuvo delante de la puerta del cobertizo, la derribó de una patada. En el interior, la imagen era desoladora.

—¡¡¿Selter, pequeño, estás ahí?!! —gritó fuera de sí antes de internarse en el infierno.

Minerva llegó a la puerta del cobertizo, pero solo veía llamas y tablones que caían calcinados

en el suelo. Ni rastro de su hijo ni de su amor.

Respiró hondo y se tapó la nariz y la boca con su falda antes de entrar al cobertizo en llamas, ¿qué no se haría por un hijo?, si la muerte los encontraba, quizá habría merecido la pena.

La muerte no tiene preferencias

Dentro del cobertizo el aire era irrespirable, Lester avanzaba buscando al pequeño Selter, pero no lograba localizarlo. Tras él, la voz de Minerva le anunciaba que ella también estaba junto a él en el infierno.

—¡Estoy aquí, Minerva! —exclamó él sintiendo que cada vez respiraba peor.

Minerva alcanzó a Lester y este la tomó de su mano.

—No permitiré que os pase nada a ninguno de los dos —dijo Lester con decisión y tiró de la mano de su amada para seguir buscando al niño.

No estaba, Selter no estaba allí, Minerva buscaba sin cesar, miraba cada tablón quemado en el suelo, cada rincón que era devorado por las llamas, pero solo veía sacos y más sacos; sacos que prendían al momento, porque estaban llenos de paja. Fue entonces cuando un pálpito cruzó su corazón y lo atravesó como si se tratara de una daga, pues en medio de todo aquel infierno había un saco, un saco tirado en el suelo, solitario, inmóvil, pero no con la forma redondeada del resto.

—¡¡Está ahí, Lester, en ese saco!! —ambos corrieron y se apresuraron a abrir el bulto que estaba atado con una soga, estaba demasiado apretada y Mary se había encargado de hacerle un nudo que parecía imposible de deshacer.

Selter sacó una navaja del bolsillo de su pantalón y comenzó a cortar la soga, hasta abrir el saco y ver a su morador, el pequeño Selter.

—¡¡Vamos, salgamos de aquí!! —exclamó Lester cargando al niño en un hombro y dándole de nuevo la mano a Minerva.

Pero ella estaba débil, mostraba los síntomas de la intoxicación del humo. Desfallecía, se apagaba por momentos.

—¡¡No podemos seguir aquí, moriremos los tres!! —dijo Lester, desesperado.

—No puedo, salva a mi pequeño, sálvalo —balbució Minerva antes de perder la consciencia.

Lester estaba desesperado, él también notaba los síntomas de la ingestión de humo y el niño también estaba inconsciente.

—No te dejaré aquí, no lo haré, ¿me oyes? —masculló mientras hacía un esfuerzo sobrehumano por cargar a Minerva en su otro hombro.

Como pudo y sintiéndose a punto de desfallecer en cualquier momento, Lester caminó hacia la salida, todavía podía pasar por la puerta si se daba prisa, un tablón estaba a punto de caer justo delante de esta.

—Puedo hacerlo, puedo hacerlo, voy a hacerlo —se decía a sí mismo para darse ánimos.

La puerta cada vez parecía estar más lejos, no lo lograría, no podría, el cobertizo se vendría abajo y los sepultaría allí a los tres.

De pronto, cayó al suelo y sintió que se quedaba sin aire, que su alma abandonaba su cuerpo y se veía ahí, tirado, junto a las personas que más le importaban en este mundo.

—Tienes que levantarte, tienes que hacerlo… ánimo, mi amor —susurró una voz en su oído.

Abrió los ojos y allí estaba Davina, insuflándole las fuerzas que le faltaban para continuar.

—Tu vida no acaba aquí, ni la de ellos dos tampoco. Sal del infierno y sé feliz de una vez —le dijo antes de desaparecer y de que Lester abriera de nuevo los ojos.

Como movido por una fuerza divina y descomunal, se echó de nuevo a ambos hombros a Minerva y a Selter y en un último esfuerzo, los sacó del cobertizo antes de que el tejado de este cediera y todo el edificio se desplomara.

Una vez en el exterior, Lester depositó a Selter y a Minerva en el suelo. Comprobó que ambos respiraban y sintió que las lágrimas de alegría se adueñaban de sus ojos. Los abrazó a ambos, como si fueran sus tesoros, pues lo eran.

De pronto, la imagen de Mary llorosa y enfurecida, se cruzó en su campo de visión. Tenía una pistola y apuntaba a la cabeza de Minerva.

—¿Qué estás haciendo, Mary?, ¿es que te has vuelto loca? —preguntó Lester intentando proteger a la mujer que amaba.

—¡No voy a permitir que esta ramera me quite lo que es mío! —espetó Mary.

—Tranquila, Mary, nadie te va a quitar nada, te lo prometo —dijo Lester con el fin de calmar a su mujer.

—No te creo, he visto cómo la miras a ella, a mí jamás me miraste así, ¿por qué no, Lester?, ¿qué tiene ella que me falta a mí? —preguntó Mary entre sollozos de rabia.

—No te preocupes, yo soy tu esposo, me quedaré a tu lado y haremos ese viaje que tanto deseas —dijo él en un intento de aplacar la furia de su esposa despechada.

—¿De verdad, Lester?, ¿de verdad lo harías por mí? —preguntó ella esperanzada.

—Sí, Mary, me quedaré a tu lado, vamos a ser padres, jamás huiría de mi responsabilidad contigo —dijo él, arrepintiéndose al momento de sus palabras, fruto del nerviosismo del momento.

—¿Así que es por eso?, por tu supuesto hijo. Me gustaría saber qué harías si supieras que no estoy encinta, si aún vendrías conmigo a Europa… —dijo ella desafiante.

Lester no se lo podía creer, Mary había llegado hasta el punto de fingir un embarazo para retenerlo a su lado.

Le apenaba haber vivido con una mujer con un alma tan negra y no haberse percatado, ¿cómo había podido estar tan ciego?, se preguntaba una y otra vez.

A Mary se le había caído la máscara de dulzura que se había puesto desde que se conocieron, le parecía terrible que una persona pudiera ser capaz de fingir tan bien, porque a él, sin duda, lo había engañado.

—Me iré contigo igualmente, sabes que lo haré —dijo él aterrado por que a Mary se le ocurriera dispararle a Minerva o a su hijo.

—Sigo sin creerte, quizá lo haga si me demuestras que eres digno de mi confianza —dijo ella sin dejar de apuntar a la cabeza de Minerva.

—Dime, entonces, ¿qué puedo hacer para convencerte de que digo la verdad?

—Mátalos —dijo ella con dureza.

—Está bien, lo haré —aceptó Lester tragando saliva, y luego añadió—: pero dame la pistola.

Pensó que así, desarmada, podría reducirla y salir de allí con Minerva y Selter. Pero Mary no era en absoluto tonta, no iba a morder su anzuelo.

—Hazlo con tu navaja, sé que siempre la llevas. Un corte certero en el cuello de cada uno de ellos y estarán muertos, además, ni siquiera sufrirán, ya que están inconscientes.

El miedo se apoderó de Lester, ya no sabía qué hacer para que su esposa dejara en paz a los suyos, a su familia, a la verdadera que debería haber sido y no pudo ser.

—Dejémoslos aquí y vayámonos los dos, si los matamos nos meterán en la cárcel a ambos —dijo él en un último intento por disuadir a Mary.

—No si nos deshacemos de sus cuerpos lejos de aquí, nadie conseguirá relacionarlos contigo, ¿cierto? —masculló ella luciendo una amplia y tenebrosa sonrisa que jamás le había visto.

«Dios mío, es un monstruo», pensó Lester.

De repente, una voz hizo que Lester volviera a respirar con normalidad. Era David Peters, el jefe de policía junto a sus hombres.

—¡¡Señora Winterlove, tire el arma!! —exclamó el policía apuntándola por la espalda.

Mary negó con la cabeza.

—No, Lester, no dejaré que vivas para disfrutar junto a ellos, ¡¡¡no lo permitiré!!! —gritó antes de dispararle.

Valentía y coraje

Una mano, solo una, fue lo que desvió la bala que iba directa a la cabeza de Lester. Minerva había despertado y observaba la escena con pavor. Estaba débil, muy débil. Sentía sus pulmones acorchados y respiraba con mucha dificultad. Apenas tenía fuerza, pero no iba a permitir que aquella mujer se saliera con la suya, no dejaría que destrozara la felicidad de su pequeño por tener al fin a un padre, a ese padre que tanto anhelaba.

Oyó la voz del jefe de policía que ordenaba a Mary que tirara el arma, sin embargo, ella no dio su brazo a torcer, se lo jugó todo a una carta, aun a sabiendas de que podía perder la vida en su temeraria causa.

—No, Lester, no dejaré que vivas para disfrutar junto a ellos, ¡¡¡no lo permitiré!!! — oyó gritar a Mary.

Justo después disparó, pero una fuerza superior se había adueñado de Minnie y se había levantado del suelo justo a tiempo como para agarrar el brazo de Mary con su mano y evitar así que disparara a Lester en la frente.

La bala se perdió y Mary la observó con furia, antes de pensar qué podía hacer para escapar de aquella situación que era del todo complicada con la policía rodeándola.

Lo tuvo claro, nadie le dispararía si se llevaba al pequeño con ella, ya pensaría después qué haría con él, por lo pronto, apuntando de nuevo a Minerva y a Lester, se agachó y agarro al niño con un brazo, de malas maneras, para posteriormente salir corriendo, ante las súplicas de sus padres y las voces del jefe de policía ordenándole que se detuviera.

Corrió todo lo que pudo con el chiquillo en brazos, pero tras ella, las voces no cesaban, le estaban pisando los talones.

No podía continuar con el niño a cuestas, pesaba demasiado. Siguió adelante moviéndose en zigzag por el bosque, con el pensamiento fijo de que así lograría despistar a sus persecutores. Y lo logró, porque ya no oía las voces.

Llegó junto a un riachuelo y depositó al niño en el suelo, era el momento que tanto había esperado, aquel mocoso se había librado una vez de la muerte, no la esquivaría dos veces.

Apuntó al niño con la pistola, directamente en la cabeza, como había hecho con Lester.

—No se puede negar que eres hijo de tu padre, malnacido —dijo con una voz áspera que aterrorizaría a cualquiera en su sano juicio.

El pequeño abrió los ojos, ambarinos como los de su progenitor.

—¡No me mires! —exclamó ella.

No, no podía matar a un niño, no era capaz de dispararle si este la miraba directamente a los ojos.

Se llevó una mano a la cabeza, tenía una jaqueca horrible.

—He de hacerlo, tengo que armarme de valor y quitar de en medio a este bastardo, al fin y al cabo, ya lo he perdido todo. No puedo permitir que Lester viva feliz con Minerva y con el niñito del demonio.

Mary caminaba de un lado al otro, hablando sola y gesticulando con la pistola.

Selter estaba paralizado por la visión de la bruja, que discutía consigo misma y hablaba mal de él.

Era muy pequeño, pero había aprendido el significado de la palabra «matar», ella misma lo había dicho antes de meterlo en un saco y prender fuego al cobertizo.

Debía escapar, y esta vez nada se lo impedía.

En un momento en que la bruja se hallaba de espaldas maldiciendo a su madre, Selter aprovechó para levantarse y correr como nunca lo había hecho, aun sintiéndose tan débil que le parecía improbable poder llegar muy lejos.

Corrió lo suficiente como para encontrar un buen escondite en el hueco de un árbol. Una vez allí, rezó todo lo que le había enseñado Anne, mientras la bruja lo buscaba por los alrededores.

—¿Dónde estás, maldito bastardo? —preguntaba sin alzar la voz en demasía para no ser descubierta por sus percutores.

Selter, muerto de miedo, pero con el coraje y la valentía del que quiere sobrevivir, se mantuvo en silencio, mientras rezaba sin emitir sonido alguno.

Tenía ganas de llorar y anhelaba los brazos de su madre más que en toda su vida, no obstante, la razón, a tan corta edad, estuvo de su parte y consiguió que la bruja no lo encontrara, o al menos, eso creyó él. Por ello, cuando ya no la escuchó, salió de aquel tronco como alma que lleva el diablo.

—Te tengo, engendro del demonio —masculló Mary antes de dispararle al niño.

No acertó y eso la llenó de ira.

Corrió tras el niño blasfemando y prometiéndole que no vería el próximo amanecer, pero él era más pequeño y flexible, los terrenos escarpados del bosque eran más sencillos de abordar para él que para ella, con sus botas de tacón.

El pequeño trepó por un pequeño barranco, pero una de las piedras de este cedió y el niño se deslizó hacia abajo, haciéndose raspones en ambas rodillas.

No quería llorar, mas no pudo evitarlo esta vez, tan solo tenía tres años y mucho dolor en sus pequeñas rodillas.

De pronto, la sonrisa de la bruja se alzó triunfante ante él.

—Ahora sí, maldito bastardo, ahora sí que te tengo —espetó antes de encañonarlo y apuntarle directamente a la frente.

Un alarido sonó cercano, era el grito de Minerva que, junto a Lester y la policía, habían dado con ella.

Mary sonrió con malicia y se disponía a disparar, sin embargo, no estaba de suerte, pues un agujero en su corazón hizo que cayera al suelo, como si de una muñeca sin mano que la sujete se tratara.

Mary, que había soltado la pistola, se llevó ambas manos a su aparatosa herida, mientras balbucía una y otra vez.

—Lo siento, madre.

Su último pensamiento fue para Myriam, recordó su desafortunada conversación y cómo ella había muerto poco después. Ahora podrían tener aquellas palabras que quedaron pendientes, podría pedirle perdón a su progenitora, estarían juntas por toda la eternidad.

Fue el jefe de policía quien la había abatido, su acto podría haber terminado de una manera trágica, ya que Mary estaba a punto de disparar al niño, fue el grito de Minerva lo que le hizo ganar tiempo, pues Mary se recreó mirándola para demostrarle que había perdido y que le iba a quitar lo que más quería, tal y como Minerva había hecho con ella.

Tuvo suerte y, en aquel momento, Minerva, Lester y el pequeño Selter se fundían en un abrazo. El abrazo cálido que solo una familia que te quiere puede brindarte.

Peters sonrió, se sentía dichoso por haber conseguido salvar a aquel niño, por el contrario, Mary le daba lástima. ¿Cómo una mujer a todas luces respetable había podido llegar a aquel extremo por un hombre?, porque no era amor, era imposible que aquello lo fuera.

Dicen que en el amor y en la guerra todo se vale, pero hasta cierto punto.

El amor verdadero estaba en los brazos de aquella familia, tres personas que estaban destinadas a estar juntas, aunque las circunstancias de la vida no se lo hubieran puesto fácil a ninguno de ellos, allí estaba, inquebrantable.

Epílogo

Primavera de 1882

Dos años habían pasado desde que la familia con la que toda la vida había soñado Minerva se había dado una oportunidad. La oportunidad de ser felices y de vivir sin pensar en los fantasmas del pasado.

Tras la muerte de Mary, Lester abandonó la casa que habían compartido durante su matrimonio. Se afanó en desalojarla para no volver jamás, la última vez que pisó el suelo del que creyó su hogar, no pudo evitar acordarse del día que él y Mary se casaron y atravesaron el umbral de aquella casa. Aquello parecía tan lejano…

Realmente llegó a adorar a su esposa, la creyó una buena persona digna de tener lo mejor de él. Se sentía tan culpable por no poder corresponder a sus sentimientos, que la culpa, mala consejera, lo cegó y no le dejó ver a quién tenía delante en realidad.

Cerró la casa y se dirigió a La Quinta Avenida, al domicilio de su tía Caroline.

Cuando Lester le puso las llaves encima de la mesita donde les habían servido el té, su tía lo miró extrañada.

—La casa es tuya, no tienes que devolverme las llaves —dijo ella entrecerrando los ojos.

—No, tía, es más, en cuanto te ponga al tanto de mis planes, tú misma me las quitarás, prefiero ahorrarme el mal trago —declaró Lester con aplomo.

—Te vas con ella y con el niño, ¿cierto? —preguntó cruzándose de brazos.

—Sí, tía. Hace mucho tiempo que debería haberlo hecho, me he perdido muchos de los mejores momentos de mi pequeño, no quiero seguir al margen, es mi hijo y lo daría todo por él —argumentó Lester.

—Si lo haces por el niño, no tengo ningún problema en aceptarlo, al fin y al cabo, es un Winterlove, aunque su sangre esté manchada con la sangre de esa…, de esa… —masculló sin encontrar una palabra lo suficientemente despectiva para definir a Minerva.

—Esa es mi mujer, y lo será por el resto de mi vida. La amo, tía, ¿o es que no conoces ese

sentimiento? —preguntó Lester retando a Caroline que se había casado con su primo hermano para mantener el apellido Winterlove a buen recaudo.

—¿Por qué, de todas las mujeres que hay en esta ciudad, tuviste que elegirla?, conocías mi aversión hacia ella.

—Porque el amor, tía, tiene sus propios planes, y no sabes lo feliz que soy de que esos planes coincidieran con los míos. Minerva es la mujer de mi vida.

Lester renunció a su herencia, a la asignación mensual de su tía, a todo lo que le impidiera estar con la mujer que amaba y con su pequeño.

Se instaló en la casa Miracle con Minerva y con Selter. Durante los primeros meses de su relación vivieron allí, hasta el día que se unieron en matrimonio, cuando ya tenían suficientes recursos como para irse a vivir solos a una casa que Anne había negociado a un precio inmejorable. Además, estaba muy cerca de la casa de la mujer que se había convertido en un gran pilar para Minerva.

Lester dejó atrás sus ansias por inventar artilugios pretenciosos y se colocó en una oficina, donde se pasaba el día entre documentos que no conseguía controlar, era imposible mantener un orden sin algo que los sujetara y, un día, mientras jugaba con un pequeño alambre, lo moldeó de un modo que le hizo pensar al instante en la utilidad que podía darle a aquel pequeño objeto.

Al día siguiente lo probó en la oficina, agrupando varios documentos y sujetándolos con aquel trocito de alambre al que llamó sujetapapeles.

Ya existían los clips por aquel entonces, pero, por alguna razón, no había nadie en la zona que los fabricara y pensó que él podría hacerlo.

Por ello dejó de inventar para dedicarse a fabricar inventos ya patentados por otros, mejorándolos y dándoles su toque personal.

En poco tiempo era proveedor de material de oficina que creaba en el granero de su casa, que había reconvertido en una fábrica, donde tenía incluso un operario que le ayudaba. Con el dinero que ganó con sus pequeños clips, grapas y demás, comenzó a adquirir material ya acabado, para vendérselo a los negocios de la ciudad.

Su negocio creció rápidamente y pudo rentar un local céntrico que ayudó a que su empresa se consolidara.

Se sentía pleno y ya no cargaba con el sentimiento de culpa que tantos quebraderos de cabeza y pérdidas le ocasionó, pues se había convertido en un hombre de ganancias, un hombre de bien.

El pequeño Selter iba a la escuela con Arthur, y dada la cercanía de sus domicilios, siguieron con su amistad. Los niños eran prácticamente como hermanos.

Con respecto a Lucía, no volvió a casarse, tampoco se sentía abierta a una relación, estaba demasiado desengañada con el amor, aunque todos a su alrededor le dijeran que el amor podía

ser equivalente a felicidad y no a sufrimiento.

La pérdida de Will todavía la mantenía sumida en la tristeza, aunque delante de los demás enseñara su sonrisa más esplendorosa.

Sin embargo, había algo que la impulsaba a levantarse cada mañana, algo, o más bien alguien, por quien merecía la pena vivir, su hijo. Por él abrazaba la vida.

Anne siguió con sus sesiones en las que los espíritus tomaban su cuerpo y ella se tornaba una vaina vacía. Lucía la ayudaba a ello y un día, fue el espíritu de William quien se presentó pidiéndole perdón a la madre de su hijo.

A partir de ese día, Lucía vio la vida de otro modo y dejó de llorar en silencio.

Y Minerva, nuestra heroína, esa mujer que vivía en la abundancia para compensar su falta de amor, esa mujer que se había desprendido de todo para crecer, esa mujer de la que todos habían hablado alguna vez, bien o mal, ¿qué fue de ella?

Está claro que Minnie vivía con Lester y con su pequeño, que los tres eran felices, que se había terminado el sufrimiento, pero ¿y ella?, ella como único individuo, sin Lester, sin su hijo, Minerva, solo Minerva…

Minerva sentía inquietud, se preguntaba una y otra vez por qué las mujeres eran seres inferiores frente al hombre.

Lo veía cada día en las calles de Nueva York, en los comercios, en los discursos de los políticos cuando asistía a alguno. ¿Dónde estaban las mujeres?, ¿por qué no podían votar?

En aquel momento, dos años después de los acontecimientos que hicieron que Minerva y Lester se volvieran a encontrar, todavía se hacía únicamente preguntas, pero con los años se unió al movimiento sufragista y fue una pieza importante para conseguir derechos para el mal llamado sexo débil.

Pero esa es otra historia…

Ahora volvamos a la primavera de 1880, en la que nuestra protagonista paseaba con su esposo e hijo por Central Park.

El pequeño Selter arrancó a correr y Lester dijo:

—Creo que este es uno de los únicos momentos que nuestro pequeño nos deja a solas.

—Es incansable nuestro Selter. Tan enérgico e inquieto como su padre —intervino Minerva.

—Y tan cabezota como su madre —respondió Lester, haciendo que su esposa se detuviera y atrayéndola hacia él.

—¿Qué haces?, nos van a ver —masculló Minerva entre risas.

—Lamento decirte, mi niña caprichosa, que no me importa lo que opinen los demás, yo solo sé que te quiero y que si no te beso ahora, me arrepentiré de no haberlo hecho, más que nada, porque nuestro hijo emite ruidos desagradables cada vez que nos ve juntar nuestros labios.

Ambos rieron y como dos chiquillos que hacen una travesura, se fundieron en un largo beso.

—¡Puaj, qué asco! —oyeron de fondo.

Los dos miraron al pequeño Selter que los observaba de brazos cruzados.

—Bien, esto es lo que significa ser padre —dijo Lester encogiéndose de hombros.

Lester y Minerva se miraron de manera cómplice, ya encontrarían un momento para ellos, pues el tiempo es lo único que sobra cuando eres feliz.

Lester alzó al pequeño y lo sentó en sus hombros, le dio la mano a Minerva y así, los tres juntos, siguieron con su paseo, un paseo eterno llamado vida.

NOTA DE LA AUTORA

Aunque Minerva Vanderlight es un personaje de ficción, encontré la inspiración en un personaje real; Alva Vanderbilt y su conocida rivalidad con Caroline Astor, quien me inspiró para crear a Caroline Winterlove.

Ambas mujeres fueron importantes en la sociedad neoyorquina en el último cuarto del siglo XIX.

Caroline, por ser una *socialité* (lo que ahora podríamos llamar *influencer*) y por intentar mantener a la alta sociedad en la posición que ella quería, dominada por los ricos originales y alejada de los nuevos ricos.

Mi novela es fruto de la imaginación, pero hay coincidencias con la realidad, como el gran yate Alva, que era enorme, en aquel momento, el más grande del mundo y con el que Alva y su esposo hacían viajes en buena compañía. Solo que este yate, por los datos que he encontrado, fue construido años más tarde.

Los Elegidos que muestro en la novela eran en realidad «Los Cuatrocientos», la élite de la alta sociedad de Nueva York.

Alva era una mujer caprichosa como Minerva, pero inteligente como ella, también se casó dos veces. Sus orígenes no eran humildes, ni tampoco fue la sirvienta de los padres de su esposo.

William Vanderbilt, el marido de Alva, es en quien me inspiré para crear al esposo de Minerva, era infiel como mi personaje.

Lester Winterlove no está inspirado en nadie en particular. Es un personaje de mi entera invención, quizá por ello lo hice inventor, cosas del subconsciente…

En la novela, Caroline no tiene más familia que Lester, eso en realidad no fue así, pues la señora Astor tuvo descendencia. También digo que Caroline se casó con su primo hermano, tampoco es cierto, pues ella tomó el apellido Astor de su marido, el suyo de soltera era otro.

En fin, hay una inspiración principal, mezclada con lo que me dictaba mi cabecita. Yo solo sé que he disfrutado muchísimo con la escritura de esta novela y me encantaría que vosotros, queridos lectores, la disfrutéis como yo.

He intentado reflejar la Edad Dorada de Estados Unidos y le he dado mi toque, eso se traduce

en licencias. Por ello, pido perdón si a algunos lectores les puede parecer que hay datos que no se corresponden con la época, como digo, he intentado ser fiel, pero hay momentos en los que la historia te pide esas pequeñas distorsiones, para su agilidad y por la trama, más que nada.

Muchas gracias por leerme.

Lisbeth Cavey